

EL SUEÑO DE *Silvia*



Aitor Ferrer



EL SUEÑO
DE
Silvia

El sueño de Silvia

Aitor Ferrer

Todos los derechos reservados.

1ª Edición: Mayo, 2020

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.

Capítulo 1

Tumbada en la camilla de aquella moderna y minimalista consulta, pensé que quien la hubiera decorado tenía un gusto exquisito. Moderna, pulcra y despejada, la clave residía en que me resultaba muy cómoda.

No en vano, sus colores claros y suaves suponían para mí un sinónimo de serenidad...Y serenidad era lo que me había propuesto sentir en esa delicada etapa de mi vida.

Mi sueño había sido desde siempre convertirme en madre y abrazar en mi regazo a una tierna criatura en la que volcar el mucho amor que tenía para repartir. A mis treinta años y saboreando las mieles del amor gracias a mi relación con Raúl, consideré que era el momento ideal para encargarle a la cigüeña el que habría de convertirse en el gran regalo de nuestras vidas.

Atento y cariñoso como era, Raúl opinó que la relación que nos unía estaba en un punto extraordinario para afrontar la gran aventura de nuestras existencias; la de convertirnos en padres de una personita que no podía ser más deseada.

“Deseada” qué gran ironía, porque justo de deseo fue de lo que me habló mi chico cuando estaba embarazada de tres meses y me anunció, sin contemplaciones, que deseaba hacer su vida al lado de Sonia. Ella era la última de las incorporaciones del área de fiestas del ayuntamiento, en la que él trabajaba.

Se notaba a la legua que ambos se mostraban muy entregados en sus puestos, porque una fiesta fue justamente la que se montaron antes de decidir tirar sus anteriores vidas por la borda e irse a vivir juntos.

Para más inri, de la noche a la mañana sufrí el dolor de comprobar que Raúl pasaba olímpicamente de mi embarazo y de nuestro hijo; y se dedicaba en cuerpo y alma a criar a los dos retoños de su nuevo amorcito. Vivir para ver.

Así las cosas, no tuve más remedio que revestirme de una coraza y tirar para adelante más sola que la una. Una mezcla contenida de alegría por la inminente llegada de mi bebé, y de rabia por la cobarde huida de su padre, se apoderó de mí. Y es que el hecho de que él hubiera corrido tras las faldas de Sonia no implicaba olvidarse de su hijo; pero Raúl debió perderse el capítulo de Barrio Sésamo en el que lo explicaban.

A mis seis meses de embarazo, no había vuelto a recibir ni un miserable WhatsApp por su parte y, así las cosas, yo también tenía un deseo; el de que se lo tragara la tierra y no volviera a aparecer por nuestras vidas jamás. Y

por nuestras me refiero a la de mi pequeño Adrián, que así iba a llamarse mi bebé, y a la mía.

Por suerte, mi trabajo de enfermera me llenaba al máximo y hasta aquel momento, mi sexto mes de embarazo, lo había desempeñado con ahínco y devoción. No obstante, mi panzota indicaba que bueno estaba lo bueno y mi baja maternal era un hecho desde hacía unos días.

Me costaban los cambios, no puedo negarlo. Creo que soy un animal de costumbres y sentí mucho que una repentina enfermedad hubiera forzado la jubilación prematura del Dr. Roncero, mi ginecólogo de toda la vida, y quien comenzó a atender mi embarazo.

Mi amiga y compañera Rita, que se estrenó como madre hacía unos meses, fue quien me recomendó que acudiera a la consulta de Iker León; un ginecólogo de la nueva escuela, a quien me encontraba esperando en ese momento.

—Buenos días, Silvia, soy Iker—me dijo al entrar en la consulta, con una sonrisa tan amplia que se ganó mi confianza en segundos.

—Hola, Iker, tengo muy buenas referencias de ti por Rita, mi compañera—le contesté con voz pausada.

—Sí, me dijo que vendrías. Por tu peso veo que tú haces mejor los deberes que ella. —Se refería a que Rita había ganado veinte kilazos durante su embarazo, que después le había costado Dios y ayuda perder.

—Yo para el peso soy muy disciplinada, bueno, creo que para todo; en realidad, pienso que demasiado—le confesé un poco al tun tun.

—Eso es bueno, si haces bien las cosas y sigues mis indicaciones, tienes el noventa por ciento de posibilidades de disfrutar de un parto natural exento de complicaciones.

—¿Dónde hay que firmar para eso? —Le sonreí, prometiéndome que sus palabras no caerían en saco roto.

Para mí, el cuidado del físico era importante. Y lo era por la sencilla razón de que había pasado mi adolescencia un tanto acomplejada por ser la chica más alta de la clase y un tanto desgarbada. En resumidas cuentas, yo me veía pavisosa en lo que al aspecto se refiere y eso me hizo ser un poco retraída con los chicos.

Años después, me ocurrió un poco lo que al patito feo, y terminó eclosionando el cisne que había en mí; en parte porque me lo curré a tope en el gym y logré una figura de la que ahora me sentía más que orgullosa. Y no encontraba ningún motivo para que mi ansiado embarazo me privara de ella.

—Veamos cómo está el pequeño, ¿tiene ya nombre?

—Sí, Adrián. Se va a llamar Adrián, como mi abuelo.

—Bonito nombre. Pues vamos al lío, ¿Adrián estás ahí? Respóndenos algo, hombre. —De simpático, me resultaba casi cómico.

—Mira que si te contesta...—Me eché las manos a la cabeza mientras miraba con emoción el monitor.

—Pues me ha escuchado, observa cómo mueve las manitas, yo diría que está tocando las palmas.

—¿Tocando las palmas? Pero si parece que tiene cara de mal genio—observé.

—Es un efecto de las ecografías a estas alturas del embarazo, todos la tienen igual, no te preocupes que seguro que es risueño como su mamá. —

Me tranquilizó.

—Bueno, eso según se mire, que últimamente tengo las hormonas subidas en una montaña rusa y estoy más tonta que la mar...

—También es habitual, todo forma parte del proceso de ser mamá, ya pasará...

—Eso espero, porque me entran unas lloreras de padre y muy señor mío, sobre todo cuando veo las pelis esas de Antena 3 de los mediodías.

¿Por qué le acababa de contar eso? Noté un repentino calor en la cara que sin duda tiñó mis mejillas.

—Mujer, pero es que esas deberían estar prohibidas durante el embarazo. No son sanas en esta etapa y mira que te lo dice un entendido, no solo en el embarazo, sino en esas pelis.

—Es una trola, ¿verdad? No conozco a ningún hombre en su sano juicio al que le gusten esas películas. Es más, siempre he pensado que son exclusivas para mujeres.

—Pues te equivocas por completo. He aquí un raro ejemplar de adicto a ellas.

Me dejó ojiplática, aunque cuando abrí bien, bien, los ojos fue cuando Adrián me regaló una patada para recordarme que estaba ahí. Y con ganas de dar guerra.

—¿La has notado? —le pregunté a Iker, tan ilusionada como cada vez que las sentía.

—¿Bromeas? Creí que era un terremoto, debe haber movido la consulta entera. —Su exageración sacó mi risa.

—Es muy dado él a hacerse notar. Y sobre todo por las noches, en lo que al sueño se refiere, vamos a pie cambiado.

—Bueno, bueno, iba a decir que tenemos aquí a un digno sucesor de Messi, pero lo que me cuentas me hace también pensar que estamos ante un juerguista de cuidado.

—¿Un juerguista? Mira que voy ya sacando mi vena de guardia civil, hasta ahí podía llegar la broma.

—Espera, no puede ser...—Justo en ese momento se fue la visión del monitor.

—No vayas a decir que lo ha apagado mi niño, que él no ha hecho nada...
—Me sentía cómoda y relajada, con ganas de decir disparates, incluso.

—No, mucho me temo que esto ha sido más cosa de la tecnología. Es un equipo de última generación, pero casi lo estamos estrenando y me da que tiene un fallo. Avisaré ahora mismo a la empresa suministradora.

—¿Y eso quiere decir que la ecografía ha llegado a su fin?

—Sintiéndolo mucho, eso parece. Sin embargo, y como no está terminada, si te parece mi enfermera te dará hora para el lunes, dado que hoy ya es viernes. Naturalmente, no tienes que abonarme nada, la finalizaremos ese día y te irás tranquila sabiendo que Adrián está perfecto.

—De acuerdo, así lo haré. Y me tomaré una tila antes de venir, a ver si la fierecilla viene más apaciguada.

—Ponle música clásica, eso da buen resultado. Háblale y anima a tu pareja a que lo haga también.

—No hay pareja, esta es una aventura en solitario—repuse.

—Lo siento, no sé, me ha salido solo. No suelo ser indiscreto ni dar nada por sentado en estos casos.

—No tiene importancia, ya es prueba superada.

La amabilidad con la que me atendió Iker hizo que yo quitara toda la importancia a un comentario que, no obstante, sí me había dolido. Y es que, por muchos esfuerzos que hiciera por dejar a Raúl en el pasado, todavía me seguía escociendo. ¿Despecho? Las primeras semanas sí, pero pasadas estas, más bien tenía que ver con el dolor que me producía que se hubiera olvidado de Adrián.

Salí a la calle con ganas de sol. Y es que en mi Toledo natal aquel día lucía con ganas. Para mí el azul del cielo, en sintonía con los rayos del astro rey, suponían una especie de carburante que atrapar a raudales. Aquella sensación logró que me olvidara del regustillo amargo que me dejó el comentario de Iker sobre mi supuesta pareja.

Con las pilas cargadas y dispuesta a dar un paseo, se me dibujó una sonrisilla pensando en aquello de que a nadie le amarga un dulce y que Iker estaba cañón. Vamos que era la antítesis del Dr. Roncero, hasta el punto de que me costaba trabajo creer que ambos individuos pertenecieran a la misma especie.

Me estaba pasando un poco, pero es que mientras mi antiguo ginecólogo era todo bondad, pero concentrada en un retaquito gordo de persona, además calva; la cabellera de Iker, rubia y un poco larga, con aquellos ojos claros resaltados por el moreno de su piel lo situaba al siguiente nivel en hombre. Por no hablar de su figura alta y atlética, con un torso ancho sobre el que habría mucho que divagar, entre otras cosas...

Bien mirado, lo mismo es que Rita me había querido obsequiar aconsejándome a semejante maromo para traer mi bebé al mundo. Ella era

muy sentida y yo la había visto llorar de rabia tras la marcha de Raúl, por aquello de que decía que no me lo merecía.

En cualquier caso, el mal ya estaba hecho y la propuesta de mi amiga no podía haber sido mejor; Iker era un muñeco, pero por encima de eso parecía un profesional preparado y sensible con el que me sentía en buenas manos.

Con tan positivo pensamiento en la cabeza, se me antojó un chocolate con churros y no dudé sobre que era hora de darle un gusto al cuerpo. Su dulzor me supo a gloria y, relajada como pocas veces en mi vida, me dediqué a degustar aquellos manjares mañaneros con la vista puesta en las muchas personas que paseaban por la ciudad. Algunas de ellas, como no podía ser de otra manera, eran recién estrenadas mamás que tiraban del carrito de su bebé con orgullo. En tres meses yo formaría parte de ese feliz colectivo y, pese a todo lo ocurrido, aquella noticia me hacía sentir dichosa a no poder más.

A la hora del almuerzo, y después de haber pasado por el mercado para comprar algo de pescado que prepararme a la plancha, llegué al descansillo de mi escalera y me encontré a mi hermana Selena. ¿Qué estaba haciendo allí?

Capítulo 2

Selena y yo éramos como la noche y el día. Con solo dos años de diferencia, y siendo ella la mayor, no es que hubiera sido precisamente protectora conmigo; más bien era yo quien había cuidado de ella de pequeñas.

Desde que ambas no levantábamos un palmo del suelo, yo había sido la responsable del binomio. En cuanto a ella, su impresionante afición por el teatro hizo que siempre viviera a caballo entre este mundo y uno ficticio que tenía en la cabeza. A resultas de aquello, a Selena se le iba la pinza que era un gusto.

Cuando nuestra madre falleció, contando yo con quince años y ella con diecisiete, mi hermana pareció encontrar refugio en ese otro mundo, quizá para olvidarse del profundo dolor que le producía la marcha de la persona que había sido el pilar de nuestras vidas. Fue entonces cuando empezó a madurar la idea de ingresar en una compañía de teatro de esas que recorrían toda la geografía española ofreciendo sus funciones de pueblo en pueblo.

Tan pronto alcanzó la mayoría de edad, se subió al carronato del mundo farandulero y me dijo adiós, dejándome con un padre que comenzó a mostrar unas exageradas inclinaciones hacia el género femenino. En mi interior, yo sabía que paliar el daño que le producía la muerte de mi madre era el motivo, pero de poco me servía.

De no haber sido por la presencia en casa de mi abuelo paterno, Adrián, que se trasladó a vivir con nosotros para poner algo de cordura en aquella situación, me hubiera sentido rematadamente sola.

Mi abuelo se convirtió, de la noche a la mañana, en la persona más importante de mi vida, de ahí que yo fuera a ponerle su nombre a mi niño. Cualquier tributo me parecía poco para homenajear al hombre que, con su tesón, paciencia y entrega, logró volver a unir a aquella familia desestructurada, a la que Selena se sumaba en los cortos períodos que su trayectoria como actriz le permitían.

Mientras mi hermana se subía a los escenarios y todos le deseábamos “mucho mierda”, yo me matriculé en la Facultad de Enfermería e hice realidad mi sueño de parecerme a aquellas personas que con tanta dedicación cuidaron a mi madre hasta su último suspiro.

Años después, comencé a trabajar en el hospital donde seguía teniendo plaza y Selena continuó la estela de un modesto director de teatro francés al que conoció en una gira, trasladándose a vivir con él a Toulouse.

—¿Selena, eres tú? —Llevaba como un año sin verla y la abracé con todas mis fuerzas.

—Bueno, igual vengo un poco demacrada, ¿pero no reconoces a tu hermana?

—¡Cómo no voy a reconocerte, petarda! No sabes lo que me alegra verte.

—Y a mí y ver esta barrigota donde está mi sobrino. He venido para quedarme y sí, es una amenaza.

—¿¿Qué dices?? —Apenas daba crédito a sus palabras.

—Sí, sí, no me mires con esa cara. A no ser que te niegues a darle asilo político a tu hermana, en cuyo caso te perderías mis dotes como cocinera. Mira que ahora me he especializado en platos franceses.

A Selena siempre se le dio genial la cocina. Muchos de los mejores momentos de la infancia atesorados en mi memoria los pasamos ella y yo, con mi madre; que también era una estupenda cocinera y repostera, preparando postres y platos mientras hablábamos de cosas de chicas y escuchábamos música.

—¿Cómo no voy a querer? Pero ¿qué ha pasado con Antoine?

—Digamos que está fuera de mi vida, dejémoslo ahí.

—¿Por cuánto tiempo? Que te conozco y te da por levantar el campo otra vez en dos días e ir a buscarlo.

Al contario que la mía, la vida amorosa de mi hermana Selena estaba compuesta por muchos, muchos nombres, algunos de los cuales habían ido y venido por etapas.

—Esta vez no. —Extendió el brazo y el moretón que me enseñó me puso los pelos como escarpas.

—¡¡Selena!! —chillé pensando que me dolía más a mí que a ella.

—Ha cambiado un poco últimamente. O, mejor dicho, la que ha cambiado ha sido mi percepción hacia él.

—Nunca me dio buena espina y lo sabes, pero jamás pude imaginar esto. —Ya había abierto la puerta de mi casa y ella metido las pocas pertenencias que traía consigo.

—¿Dónde está el resto? —le pregunté con intención de saber cuánto hueco habría de dejarle.

—No hay resto. Es todo lo que pude salvar. Cuando esa bestia parda se percató de que volvía para España se aseguró de tirármelo todo.

Yo también me hubiera tirado, pero a la yugular del tío que había tratado así a mi hermana. Pese a que el temprano fallecimiento de mi madre nos hubiese separado un poco, yo me sentía muy unida a ella. Daba igual la distancia, a mí me bastaba con escucharla para saber cuándo las cosas iban mal y viceversa; aunque parecía que esta vez había conseguido mantener su oscuro secreto a salvo.

—Selena...—Los ojos se me llenaron de lágrimas, escucharla era lo único que me faltaba para que mis hormonas volvieran a revolucionarse.

—No pasa nada, hermanita. También le he dejado un bonito regalo de despedida en forma de denuncia, no creas que se ha ido de rositas.

Aunque noté una especie de patada en el estómago, que en esta ocasión nada tenía que ver con Adrián, me reconfortó saber que ella había huido a tiempo de esa pesadilla.

—Tranquila, que yo tengo ropa de sobra. Y que, por cierto, no puedo ponerme, ¿has visto que estoy como un ballenato? —Quitó hierro al asunto, señalando a mi barriga.

—¿Qué dices, tonta? Estás estupenda. De hecho, de espaldas, nadie diría que estás embarazada. Te van a contratar para una portada de esas de revistas de madres.

Selena me veía con muy buenos ojos, aunque, a decir verdad, se notaba que yo me había cuidado desde que el Predictor se tiñó de rosa en mi cuarto de baño, como cantaba Sergio Dalma. Bueno, y que Raúl pusiera pies en polvorosa sin previo aviso también había ayudado, pues noticias así te dejan como una sílfide.

Eso sí, por buscarle una parte buena al asunto, su marcha me permitía disfrutar de todo el piso para mí, habida cuenta de que yo lo había comprado sobre plano antes de conocerlo. Aquella inversión había sido un gran acierto y aunque me quedaban muchos años de hipoteca por delante, mi piso nuevo y flamante era mi bien máspreciado.

Mi amiga Rita me había propuesto que alquilara una habitación cuando me quedé sola, pero, dado que no lo necesitaba a nivel económico, deseché rápidamente una idea que suponía perder parte de mi intimidad.

Tal decisión me permitía ahora ofrecerle a Selena el dormitorio de invitados, pues el tercero ya llevaba impreso el nombre de Adrián, la personita que estaba por llegar para alumbrar mis días.

—Tengo que enseñarte algo. —La tomé de las manos.

—¡Es increíble, es totalmente tú, Silvia! —Selena se llevó las manos a la cara cuando entró en aquel rincón mágico que para mí suponía el dormitorio de mi niño.

—¿Te gusta? —La abracé.

—¿Me lo preguntas en serio? Muero, vaya cucada...

A pocos meses de la llegada del nuevo integrante de mi familia, yo había derrochado mi vena artística (que no solo la tenía Selena) y había pintado un mural para la pared más destacada de la habitación del bebé. En conseguir su alegre aspecto final empleé largas horas que me sirvieron de válvula de escape para olvidarme de la traición de Raúl.

El cuarto infantil de mi hijo era el que yo siempre había soñado. Soles, nubes y estrellas sonrientes, de diversos colores, aparecían pintadas y suponían el agradable toque a un ambiente funcional, pero cien por cien decorativo. El dosel que colgaba del techo y caía sobre la cuna nos envolvió mientras mi hermana y yo dábamos alegres vueltas por aquella original estancia en la que Adrián conciliaría el más agradable de los sueños.

—Bueno, creo que ya hemos hecho bastante el ganso y he fardado de mi obra maestra, ¿tienes hambre? —le pregunté.

—Hombre que sí, te voy a dejar la nevera temblando, espero que la tengas bien provista—me advirtió mi hermana, que siempre había tenido muy buen comer.

—Pescadito es lo que había traído, ¡vamos al lío!

Compartir almuerzo con ella en mi terraza me hizo inmensamente feliz. Y más aún saber que contaría con su compañía durante un tiempo indeterminado...

—¿Qué piensas hacer ahora con tu vida, cariño? —Le acaricié la mano mientras comíamos.

—No lo tengo demasiado claro, ¿sabes una cosa? —Aquello olía a confesión.

—No me vayas a decir que te has hartado de ir de allá para acá porque me dejas muerta en la piedra, vaya.

—Pues algo de eso hay, Silvia, que soy un culillo inquieto, pero llega un momento en que una quiere poner el huevo en un sitio y ya.

—¿Y ya? No me lo creo, ¿quién te ha visto y quién te ve!

—Es que son muchos años yendo de allá para acá y todo cansa.

—Pero actuar es tu mundo—repuse.

Me impresionó ver que, por primera vez en la vida, mi hermana parecía estar agotada. Pero el suyo no parecía un agotamiento físico, más bien era el alma el que parecía pesarle.

—Lo sé y no podría apartarme de él, pero me gustaría hacerlo de un modo más tranquilo, dando clases de interpretación o similares.

—¿Tú la escuchas, Adrián? —me llevé la mano al vientre—, no sé a quién quiere engañar. Dice que es la tía Selena, pero es una burda impostora. A robar va a venir a la cárcel...

—No, en serio, Silvia. He estado pensando mucho últimamente...

—¿Y a qué conclusión has llegado, cabeza de chorlito? —Me levanté para servir el postre.

—A la de que te dejé demasiado sola cuando mamá murió. Solo miré por mí, salvé mi culo yéndome lejos y no parando en casa. Y tú, que eras la peque, te quedaste con todo el marrón.

—¿Qué dices de la peque, si he sido siempre la que te ha cuidado? —En el fondo me emocionaron mucho sus palabras y preferí bromear al respecto.

—Lo sé y ahora me toca a mí. Me gustaría devolverte el favor y cuidar de ti y de mi sobri.

—¿Tú te has propuesto que yo abra el grifo? —Señalé a mis ojos que ya se estaban enrojeciendo y notaba las lágrimas dispuestas a desfilar por mis mejillas.

—No, no, a mí no me amenes...—Se repanchingó en su silla y noté que se sentía alegre.

—¿Sabes? Vengo del ginecólogo.

—¿Sí? ¿Sigues yendo al mismo que iba mamá? Debe ser un carcamal.

—No era tan mayor, bruta, pero se ha tenido que jubilar por problemas de salud. Rita me ha recomendado a un bombón de licor que acabo de conocer hace un rato.

—¿Un bombón? Espera que ajusto las antenas, que esos están en peligro de extinción.

—Y más como este, que encima es amable, divertido y, por lo que he creído entender de sus gustos, romántico.

—Pero bueno, ¿tú has ido a la consulta del ginecólogo o a una cita a ciegas?

—A la consulta, no me seas animal. Y, por cierto, tengo que volver el lunes porque se le ha estropeado el monitor.

—¿Se le ha estropeado o lo ha apagado aposta?

—¡Malpensada! Anda ya, que ha sido casualidad.

—Vale, vale, pero el lunes voy yo a conocer la cara de mi sobri. Y de paso la del hombretón ese que lo va a traer al mundo, alegrándole la vista a mi hermana.

—En ese justo instante, no creo que me alegre mucho nada. Ya he empezado con las clases de preparación al parto y un poco cagadilla sí que estoy, no lo voy a negar.

—Todo va a salir bien, cariño.

Cuando escuché a Selena decir esas palabras comprendí que llevaba demasiado tiempo de refilón en mi vida. En mi fuero interno, yo la había necesitado muchas veces, pero procuraba ponerme el mundo por montera y obviar una posibilidad que hasta aquel día no me parecía real; la de tenerla permanentemente conmigo.

—Repítelo otra vez, porfi, que suena muy bien...

Capítulo 3

—¿No tienes nada menos pijo? Vaya tela, Silvia, parece que vayamos a tomar el té con el Duque de Feria y su mujer.

—Y te quejarás, si te quedan monísimos esos pantalones. Mírame, al saber cuándo me volverán a cerrar a mí.

—Pues en cuanto des a luz, pelmaza, si ya te he dicho que estás estupenda.

—¿Estupenda? Fíjate en mis manos, tengo los dedos hinchados a tope, no me puedo ni poner un anillo.

—Bueno, visto así es verdad que parecen un catálogo de chorizos de Cantimpalos, pero eso es porque es primera hora de la mañana, ya verás luego.

—Verás, luego se hincharán más—me quejé.

—Por respeto a mi sobrino no te echo un chorrito de algo que te alegre el café, porque te has despertado que eres un cañonazo de alegría, vamos.

Ciertamente impertinente. Así es como me había levantado, tenía ella toda la razón; pero que es mis hormonas ya volvían a hacer de las suyas y parecían estar ensayando el doble salto mortal con tirabuzón.

—Venga, termínate el desayuno que te voy a maquillar un poco, anda.

—¿A maquillarme? ¿Con qué fin u objeto? —No lo entendía.

—Porque vamos a ver al bombón viviente ese y no creo que te agrade que te vea con el color de Miércoles Adams que me llevas en la cara. Que igual ligas, atontada.

—Tú estás chalada, no me creo que esa monada no esté cogida y atada en corto por su mujercita.

—¿Y qué te hace pensar eso? ¿O es simple autosabotaje?

—Tiene un marco de fotos en su mesa. Todos los casados lo tienen, seguro que es una imagen de ambos cogidos de la mano, con la Torre Eiffel al fondo y...

—Y una sonrisa Profident de esas que dan un montón de envidia, pero de la mala, ¿no?

—Justo, yo no lo hubiera dicho mejor.

—Tú no eres más tonta porque todavía no te has presentado a una competición, ¿por qué no le preguntas?

—¿Si está casado? ¿A mi ginecólogo y la segunda vez que lo veo? Oye que el hecho de enseñarle mis partes nobles obedece a una necesidad, no te confundas...

—Mujer, no te digo que se lo preguntes a bocajarro y en sustitución del saludo sino de una forma sutil...

—No empieces a enredar, ¿eh? Que te conozco y me entra el tembleque de pensar de lo que eres capaz.

—Tú déjame a mí que a veces no sé si te corre sangre u horchata por las venas.

—Sangre, sangre y lo que me parece mentira es que pueda ser la misma que la tuya, ¿cómo podemos ser tan distintas?

—Tonterías, soy de la opinión de que él te sacaría esa información de forma subrepticia, sin que te dieras cuenta. Y tú pensando que hacer lo mismo es poco menos que publicar su vida en la portada de la revista “Hola”, anda y vete a freír espárragos.

—Él ya tiene esa información. —Caí en la cuenta de inmediato.

—¿Cómo? Por Dios, sacaría las palomitas si no fuera la hora del desayuno, que esto se pone interesante.

—Deja las conspiraciones paranoicas, que te veo venir y en este caso no hay donde rascar. Fue casualidad pura. Me comentó que era bueno que tanto mi pareja como yo le habláramos al niño, y yo le dije que no tenía pareja.

—¡Toma yaaaaaaa! Y es casualidad, claro... ¿Estás tontita? Madre mía que yo creía que los niños tiraban de las reservas de calcio de sus madres y resulta que van directamente a las de las neuronas.

—¿Por eso tú no quieres ser madre? —bromeé.

—Pues sí, porque entre que tengo pocas y que patinan que da gusto, me voy a quedar lela del todo si mengua la reserva. —Me tuve que reír porque ocurrente era un rato largo.

—En serio hermanita, no veas fantasmas donde no los hay, hazme el favor...

—Bueno tú déjame que eche un vistazo y ya te daré mi parecer, que eres un poco negativa.

¿Lo era? Pues quizás un poquitín sí que me estuviera volviendo. Al fin y al cabo, la abrupta salida de Raúl de mi vida me había dejado una herida que todavía sangraba. Si lo analizaba bien, ya no era tanto por haberlo perdido, pues él había demostrado no valer ni para estar escondido, sino por el recelo que había provocado en mi persona hacia el género masculino.

A lo largo de mi vida yo había sido una romántica empedernida, esa era la única verdad. Para mí, el enamoramiento era una especie de estado ideal en el que te salían alas y te sentías volar, envuelta en una infinita felicidad en la que el amor llevaba la voz cantante. El problema residía en que la cornamenta que mi ex había tenido a bien ponerme en la cabeza había representado para mí un corte de dichas alas y un aterrizaje sin ruedas en el suelo, a resultas del cual mi alma había quedado desgarradoramente dañada.

Pasados los primeros meses, que se me habían antojado como un verdadero suplicio, por fin me encontraba mejor y creía en parte superado un duelo en el que las lágrimas y la desesperación se afanaron en ser mis compañeras de piso. Una vez pude desahuciarlas, lo que menos pretendía era que volvieran. Y pensar en la posibilidad de empezar algo con alguien representaba abrir la puerta a que de nuevo me baldaran en lo emocional. O lo que era lo mismo, un riesgo que no estaba dispuesta a correr.

Ante semejante panorama, la máxima concesión que yo podía hacerle a un integrante del género masculino era echarle una ojeada y reconocer para mis adentros que estaba de toma pan y moja, que para eso alegrarse la vista es gratis. Una especie de “se mira, pero no se toca” que me mantuviera a salvo del peligro que los hombres constituían para mi destrozado corazón. Fin del cuento.

—Tenías razón, el tío está para tumbarse aquí y rodar una peli porno en vivo y en directo—me soltó Selena en cuanto Iker salió en busca de mi expediente.

—Cállate, que te pueden escuchar y me muero del bochorno.

—Sí, mujer, habrán colocado una docena de micros en la sala para escuchar eso de “mira lo gorda que estoy” o “hace dos meses que ya no me veo los pies”. Es lógico, ¿qué sería del CNI sin esa información?

—Tú vienes con muchas ganas de guasa, cómo se nota que no eres la que está aquí enseñando sus cositas...—suspiré.

—¿Cómo vas, Silvia? Me alegra que hoy vengas acompañada—comentó Iker según volvió a entrar en la sala.

—Claro, si es que ya le decía yo que no tenía por qué venir sola. Me llamo Selena y soy la tía del fenómeno Adrián, ese que está ahí escondido. Ya sabes, estoy loquita con mi sobrino, nada como la familia...

—Sí, eso es cierto—comentó mientras conectaba el monitor.

—¿Tú tienes hijos? —le preguntó Selena, sin anestesiarlo y sin nada.

—Sí, una niña. —Una leve sonrisa se esbozó en su cara.

Lo que yo esperaba, tendría hija, mujer y otra legión de peques esperando ser engendrados por unos padres que debían hacer una pareja de cine. En cualquier caso, a Selena le había faltado el tiempo y yo quería ponerle un tapón en la boca para que no continuara con un interrogatorio que podía inducir a que Iker pensara que una de las dos estábamos interesadas en él.

—Tu mujer debe estar encantada, un 2x1, tú haces el niño y tú ayudas a traerlo al mundo—le soltó a renglón seguido.

Desde la punta del pelo hasta la del dedo gordo del pie me recorrió un escalofrío y quise hacerme invisible, sin lograrlo, como era de esperar.

¿Era posible que Selena hubiera soltado por la boca semejante disparate? Con ella nada era descartable y yo me había jugado el pellejo llevándola a la consulta de un ginecólogo que a buen seguro nos iba a tomar por locas a partir de ese instante.

Inconscientemente, creo que me hice la muerta, pero Adrián debió percatarse y el instinto de supervivencia propició que me asestara tal patadón que me senté de golpe en la camilla.

—¿Dónde vas, mujer? Tranquila que parece que te han dado corriente. Me has dado un susto que voy a tener que ir a por agua —Iker sonrió y yo pensé que meter los dedos en el enchufe hubiera supuesto para mí un impacto menor que lo que estaba sucediendo en aquella agitada consulta.

—Y a mí, a mí. Con lo tranquilita que estaba yo aquí —añadió Selena. Así era ella y la culpa iba a ser mía. Mi hermana se había quedado a gustito y al final era a mí a la que iban a tomar por perturbada mental.

—Pues mira, si vas a por agua, tráeme un vasito, por favor—le comentó sonriéndome.

Venga, marchando una de agua para todos...

—¿Le sonsaco más? Es que vaya si has sido oportuna dando el saltito ese, no le has dado ni la oportunidad de contestar, nos hemos quedado a medias —me preguntó tal como lo vio salir de la sala.

—¿Te falta un tornillo? Nos va a tomar por dos perturbadas, una palabra más y me da un infarto, te lo advierto.

—Ya será menos—sonrió—, y mira por ahí viene el agua fresquita.

De haber podido, yo me habría metido entre pecho y espalda una docena de *gin tonics* para olvidar lo sucedido, pero a lo sumo me tendría que conformar con un batido de vainilla de esos con nata y sirope a la salida.

Mientras rogaba al universo que no hubiera más sobresaltos, Iker siguió con la ecografía.

—Mirad, aquí está el campeón, en posición para darle otra patadita a mamá. —Se veía claramente que le gustaban las pelotas, debía ser por lo que también se vislumbraba que le colgaba de la entrepierna a mi chiquitín.

—Ay, ¡qué cosita! Silvia, yo creo que se parece a ti. —El regocijo de mi hermana nos iba a salpicar.

—Pero Selena, ¿dónde le ves tú el parecido?

Huelga decir que yo moría de amor por mi Adrián y que no veía la hora de contemplar su carita. Pero de ahí a que, a los seis meses de concebido, momento en el que todos se parecen a E.T. el extraterrestre, mi hermana le viera similitud conmigo, iba un abismo.

—En todo mira, que tiene dos ojitos, dos orejitas, una nariz...

Iker se reía de forma proporcional a la que yo me iba desesperando.

—Selená, solo faltaba, bonita. Gracias al cielo, pero eso era de esperar, que tu sobrino es un niño, no un pollo.

—Ahí tienes razón, qué misterio esto de la vida, ¿verdad, Iker? —le preguntó y ahí ya causó sus carcajadas.

—No le hagas mucho caso, es que se dio un golpe de pequeña con la pila bautismal y así se nos ha quedado—me excusé.

—No, no, si yo estoy encantado. Mira Silvia, hoy vamos a poder verlo a la perfección, hasta parece que está saludando a la cámara.

Con el corazón en un puño centré la mirada en el monitor que me ofrecía la imagen de aquel renacuajo que me tenía nublado el sentido. Al margen de las elucubraciones de mi hermana, lo que para mí constituía un verdadero misterio era cómo se podía querer tanto a una personita a la que todavía no conocía.

Capítulo 4

Salí de la consulta enflechada a por aquel batido helado con el que estaba soñando. La satisfacción de saber que mi niño se desarrollaba correctamente y que parecía tener una enorme vitalidad se reflejaba en mi rostro.

—Te doy mi palabra de que a punto he estado de chocar con su mesa y tirarle el marquito para ver la foto. —Reía Selená y yo pensaba que hubiera sido el colmo de los colmos.

—Como no te comportes, no vienes más. No te digo nada y te lo digo todo —le advertí con el dedo.

—De eso nada, monada. No me pienso perder ni una consulta y también te voy a acompañar a las clases de preparación al parto, que lo sepas.

—Mira ahí reconozco que me va a venir bien tu compañía, no lo niego.

—Convenida. —Se sentó en la mesa de una terraza cercana donde ponían unos batidos helados de esos que tienes por fuerza que fotografiar y subir al Facebook.

—Un poco, pero es que ahí es un poco triste ir sin nadie y además que hay ejercicios que es importante hacer entre dos—suspiré.

—Tonta, si no tengo nada mejor que hacer. Con el verano a las puertas va a ser muy complicado que me contraten en ninguna parte para dar clases, tendré que esperar a septiembre. Mientras tiraré de ahorrillos...

—No me digas eso que me da sentimiento, que ya te he dicho que estoy muy sensible. No tienes que gastar nada, me has caído como agua de mayo y yo cuento con mi sueldo intacto.

—Pues procura ahorrar también porque vas a alucinar con la cantidad de pañales que gastan los micos esos. Como inversión no son lo mejor, eso ya te lo adelanto.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Llevo ya gastado un pastizal con todo lo que le tengo preparado. Pero es que me hace tanta ilusión... ¿Sabes? Lo que me da pena es que mamá no pueda conocerlo. —Me salió la lagrimilla.

—Ains, no te pongas así, que también estoy muy susceptible. Y, además, te digo yo que ella lo está viendo desde cualquier resquicio del cielo, no se va a perder la carita de su primer nieto, no seas boba. —Noté que tuvo que contener la emoción.

En esas vi venir la bandeja con los elaborados batidos artesanales y se me hizo la boca agua. Selfi al canto y fotaca para el recuerdo. Por mucho que me quemara la sangre, hasta ponérmela a hervir en ciertos momentos, la compañía de mi hermana me venía de perilla y yo me sentía infinitamente más contenta desde que ella había vuelto.

De hecho, el fin de semana lo habíamos pasado de maravilla, organizando la casa, dando largos paseos, tapeando y poniéndonos al día de cómo estaban nuestras cabecitas. Poca duda me cabía de que juntas iban a sanar mucho antes que por separado. Y en ese orden de cosas me quedaba un tema peliagudo que tratar.

—Selena, ¿y si vamos a almorzar a casa de papá? —le propuse.

Mi hermana y mi padre habían discutido la última vez que ella estuvo en casa y desde entonces no habían hablado más.

—¿Y si lo dejamos para otro día? —Ya sabía yo que la idea no le iba a hacer ni pizca de gracia.

—Tenéis que solucionarlo, no seas así. Él tiene un pronto muy fuerte, pero luego no es nadie y lo sabes.

—Un orgulloso es lo que es tu padre.

—No es mi padre, es nuestro padre. Y no te digo que no, pero tú tienes también la cabeza como el marmolillo de dura y más orgullo que Don Rodrigo en la horca, vaya dos estáis hechos.

—Sí, ¿no dicen que “dichosa la ramita que al tronco sale”? Pues ahí lo lleva.

—Selena, yo sé que él no hizo las cosas bien cuando faltó mamá, pero a su modo nos quiere.

—Un modo un poquito particular tiene, y poquitas ganas de demostrarlo, ya de paso.

—No seas así, con el tema del niño está muy contento. Y el abuelo Adrián ni te cuento, ese muere con su bisnieto. Hazlo, aunque sea por él, se va a volver loco cuando se entere de tu regreso.

—A él sí estoy deseando abrazarlo, venga tú ganas, vamos...

Aproveché que acababa de dar su brazo a torcer para telefonar a mi padre, quien se mostró complacido por nuestra visita.

—Entonces no tienes que volver a la consulta hasta dentro de un mes, según le he escuchado a Iker. ¿Y si te dijera que estoy segura de que te pone ojitos? —me comentó mi hermana camino de la casa paterna.

—Te diría que Dios te conserve el oído, porque la vista la tienes fatal.

—No, bonita, que yo sé lo que he visto. Había una corriente muy chula entre vosotros. Más que en una consulta, parecía que estábamos en una reunión de amigos, que se respiraba un buen rollo...

—Salvo por el pequeño detalle de que yo en las reuniones de amigos no me bajo las bragas, guapa. —Reí y provoqué su risa.

—Tú me entiendes, yo te digo que le haces tilín a ese chico, fíjate.

—Tú estás fatal... Y yo no me bajo del burro, segurito que está casado, ya has escuchado lo de su niña.

—¿Y los divorciados no tienen niños? Por esa regla de tres simple...

—¿Tú le ves cara de divorciado? —le pregunté.

—Hombre, dicho así, no sé yo qué cara tiene un divorciado, anda que no me lo estás poniendo difícil. Si te place, saco la bola de cristal y hacemos aquí una consulta rapidita.

—No, mujer, a lo que me refiero es a que no creo que ninguna haya sido tan tonta de dejar escapar a ese monumento, ¿no te parece?

—En eso te doy la razón. Pero hay gente para todo, hermanita. A ver, obvio que, si fuera a mí a la que me hubiera puesto un anillo en el dedo, lo iba a tener la mar de entretenido para que no le quedaran ganas de irse con nadie. Vamos, que ese iba a tener jolgorio hasta en la sopa, tú ya me entiendes...

—Te entiendo, te entiendo y haz el favor de no mentar la soga en casa del ahorcado, que no veas si estoy faltita...

—Ya te digo, ¿nos compramos un *Satisfyer*? —soltó como si se tratara de un chicle.

—¿Hay promociones de 2x1? —Me animé de repente.

A pesar de las bromas que nos gastamos por el camino, llegué a casa de mi padre con el alma en vilo. En algún momento teníamos que pasar el mal trago, que yo esperaba que fuera corto. Por fortuna no me equivoqué. Por una vez, el hombre dejó sus prejuicios a un lado y sacó su vena más tierna, abrazando a mi hermana con fuerza. Por mi parte, respeté el momento y después les recordé que eran dos alcornoques y que aquello no podía volver a pasar.

—¿Quién es, Manuel? —le preguntó el abuelo Adrián desde el salón.

—Es una visita que llevas mucho tiempo esperando, papá.

Entramos y el verde de los ojos de mi abuelo se volvió vidrioso al ver a su nieta mayor.

—Selena, hija, ¿eres tú?

—Abuelo, soy yo, ¿no te habías operado de las cataratas? —bromeó ella.

—Sí, hija, si te veo, lo que pasa es que me cuesta creerlo. Y además, vienes guapísima, como siempre, pareces una modelo.

—Abuelo, me tienes que recomendar a tu oftalmólogo porque ahí ya te has colado un poco, ¿cómo estás? —Se fundió con él en un interminable abrazo.

—No hija, tengo las nietas más bonitas del mundo. Por fuera y por dentro.

—Y hablando de por dentro abuelo, ¿qué te parece el relleno que nos lleva ahí la hermana?

—Ay, hija. Ese niño me tiene a mí embelesado. Tanto que tengo muy claro que yo no me voy de este mundo hasta conocerlo, ya lo sabe ella.

—¿Qué te vas a ir adónde, abuelo? Con lo a gustito que estás aquí, tú a ese niño lo vas a ver casarse, te lo digo yo.

—Hija mía, pero si yo ya tengo un pie aquí y el otro en el barrio de enfrente...

—Paparruchas, abuelo, estás sensacional. Ya firmaba yo por cumplir los noventa como tú. Seguro que te sigues haciendo tu caminata diaria y todo, ¿o me equivoco? —Se interesaba ella.

—Sí, mi vueltecita me doy todos los días. Algunos se viene tu hermana Silvia conmigo y luego nos tomamos el vermut en una terracita, ¿vendrás algún día? Aunque igual te vas enseguida, que tú no paras quieta...

—No abuelo, esta vez he venido para quedarme—le dijo.

—¿Para quedarte? —La sorpresa de mi padre, que no pudo evitar intervenir, fue mayúscula.

—Sí, papá. Creo que ya he huido demasiado tiempo. —Bajó la cabeza y él le besó la frente.

—Hoy es un día grande y ahora mismo os voy a invitar a comer un cochifrito en la calle que no se lo va a saltar un galgo—sugirió el abuelo.

Nos pareció una magnífica idea. Hacía demasiado tiempo que no compartíamos una comida familiar y eso era algo que me pesaba. En ese momento noté una patadita de Adrián que interpreté como que él también aprobaba la moción del cochifrito, que era uno de mis platos favoritos.

En el fondo de mi corazón, quería pensar que aquel niño iba a propiciar la unión familiar que yo tanto había echado en falta en los últimos tiempos.

—Hija, tengo que contarte una cosa. —Me cogió el abuelo del brazo y me apartó cuando salimos a la calle.

—¿Qué? Dime que no le has abierto al niño la cartilla esa que tenías en mente. Mira que no le hace falta, abuelo. Yo quiero que te guardes tu dinero para disfrutar.

—Sí, hija, pero anda que estoy ya como para dar la vuelta al mundo. Si ya no soy el mismo, no voy ni a la puerta de la calle sin este—señaló su bastón—, pero no es eso solo lo que quería decirte.

—O sea, que sí lo has hecho, lo de la cartilla digo. —Negué con la cabeza. El abuelo era un auténtico amor y sentía verdadera devoción por el bebé que estaba en camino.

—Sí, sí, no me digas nada. Lo he hecho esta mañana. Y me encontré allí al soplagaitas de Raúl, mira tú si no es casualidad. Ganas me dieron de arrearle un bastonazo. —Me reí porque lo creía capaz y capataz de ello.

—¿Y qué pasó abuelito? —Yo ponía la mano en el fuego porque no se había callado.

—Huy hija, que lo he vestido de limpio. Le he dicho de todo, después me he tenido que tomar una pastilla de la tensión de lo mucho que me he soliviantado, pero ahí lo lleva...

—Abuelo, que yo no quiero que te sofoques, y menos por mí.

—Por ti me sofoco y lo que haga falta, Silvia. Entre tú y yo, sabes que siempre has sido mi ojito derecho, y lo que ha hecho ese canalla de dejarte en la estacada con una criatura no se lo perdono ni en la hora de mi muerte, fíjate lo que te digo.

Mi abuelo ya se estaba sofocando de nuevo y es que él con su bisnieto no partía peras.

—Venga abuelito, no te preocupes. Ese no se merecía el título de padre y a nuestro niño no le va a faltar cariño. ¿Sabes que ya le he dicho a mi hermana que se va a llamar como tú?

—Ay, y yo se lo he dicho a toda la gente de la peña a la que voy a jugar a las cartas, no sabes lo que supone para mí.

En realidad, sí que lo sabía. Antes de nacer mi padre, mis abuelos tuvieron un primer hijo que se llamó así y que falleció a las dos semanas de vida. Por esa razón, mi abuela ya no quiso ponerle el mismo nombre a mi padre, y mi abuelo siempre añoró tener un hijo que se llamara como él. Después vimos la luz las de la siguiente generación, que fuimos chicas. Y por fin estaba a punto de llegar al mundo el pequeñín que iba a hacer sus delicias.

Capítulo 5

—¿En serio eso es un coche de capota? —Se frotó los ojos Selena—. Por favor, pero si parece una nave espacial.

—Pues bien chulo que es—seguía captando toda mi atención—, espera que voy a entrar a preguntar.

—Sí, sí, a preguntar, como si no te conociera, a otro perro con ese hueso. — Selena me siguió y yo pensé que me conocía demasiado bien.

En lo tocante a las compras siempre había sido muy impulsiva, y si eran para Adrián, como que había poco que pensar. Es que aquel carro molaba mucho y una no era de piedra.

—Además trae un montón de extras y está rebajado en un 10%, yo de ti no me lo pensaba. —La chica de la tienda sabía vender muy bien.

—Ni yo tampoco, ¿te lo puedo dejar apartado y venir por él en unas horas? —le pregunté.

—Por supuesto, no te vas a arrepentir. Acabas de hacer una gran compra.

Salimos de la tienda y la risilla irónica no se borraba de la boca de Selena.

—Un poco estrafalario lo veo, tan alto y rarito. —Lo terminó soltando.

—Original y sofisticado, así es. A ver si te creías que yo iba a escoger para tu sobrino un modelo de esos antiguos que hace falta llamar al cochero de

Drácula para conducirlo... Este es una cucada aerodinámica.

—Bueno, bueno, tú verás. Más te vale porque te deben haber dejado la cuenta temblando hermanita, pero si es el que te gusta...

—Es, es, tiene una línea que es una chulada. —El carrito era la única gran compra que me quedaba por hacer para el niño y me sentí de lo más satisfecha con mi elección.

Jueves y me disponía a asistir a mi segunda clase de preparación al parto, esta vez en buena compañía. Desde que había llegado, Selena estaba de mejor talante que nunca, pues tenía que retroceder muchos años, a nuestra adolescencia, para recordarla en aquel estado de relax y calma.

—Mira que si nos toman por lesbianas...—Rio.

—Pues nada, que piensen lo que quieran, yo no me iba a dar patadas en el culo por desmentir nada, qué quieres que te diga—observé.

—¿Cómo? No, no, tú canta, ¿eh? No vaya a ser que perdamos oportunidades porque piensen lo que no es, que la vida es breve.

—Pero ¿qué oportunidades vas a perder en ese curso? Si ahí los únicos hombres que hay son los futuros papás, no me taladres, que te temo más que a un vendaval.

—Ahí lo has clavado, oye vaya plan que tenemos. Bueno, tú todavía quizás tengas posibilidades con el Doctor Macizorro, pero yo me veo a pan y agua una buena temporadita, ¿tú sabes si eso se atrofia por falta de uso o algo?

—Tú sí que tienes las neuronas atrofiadas, y aquí estás tan campante, anda que Dios te lo manda. Eres de lo que no hay, hermanita. Y sí, mi doctorcito, entre que estará casado y que lo veo una vez de higos a brevas, representa el

colmo de las oportunidades. Además, ¿a ti quién te ha dicho que yo busque nada?

—Yo que sé, chica, tú sabes que en mi caso siempre estoy buscando a mi futuro ex, creía que era el estado natural de las personas.

—¿El estado natural? Majara es lo que estás hermanita. Y otra cosa, en las clases no me vayas a liar ninguna, ¿eh? Ahora te presentaré a Ana, la matrona que las imparte, que es un encanto de mujer.

Llegamos y, en un clima de lo más distendido, nos dispusimos a disfrutar de un par de horas de formación que para mí no tenían desperdicio.

—Buenas tardes a todo—dijo Ana—, hoy vamos a dedicar la clase a transmitir a los futuros papás información relativa al desarrollo de esa personita que ya se ha convertido en el centro de atención de vuestras vidas, y eso que todavía no ha llegado. Ya os habéis enterado, ¿verdad? Pues no, no es cierto. Os vais a enterar cuando comience a llorar por la noche y comprobéis con frustración que viene sin libro de instrucciones ni botón de “off”.

Ana era de lo más simpática y estábamos acostumbrados a que nos gastara bromas al respecto.

—¿No hay prácticas, entonces? —le preguntó Vero, otra de las futuras mamás a la que había conocido allí la semana anterior.

—No, lo hemos estructurado así porque deseamos aprovechar la presencia de un prestigioso ginecólogo que ha tenido a bien participar en nuestro curso. Él podrá contestar con total veracidad vuestras dudas sobre el mencionado desarrollo fetal y también sobre cuestiones tan interesantes como la forma de interpretar las señales que vuestro bebé os envía desde el útero, cuáles son las distintas fases del parto, etc. Ya sabéis que me enrolló como las persianas, así que si no queréis que cenemos hoy aquí os dejo con el doctor Iker León.

Al escuchar su nombre, instintivamente busqué los ojos de mi hermana, a la que seguro que le había llamado tanto la atención como a mí saber que Iker estaría allí. No obstante, lo que encontré fue su codo, que vino a buscar al mío con tal ímpetu que di un chillido.

—¿Estás bien, Silvia? —me preguntó sobre la marcha Iker, que acababa de entrar en la sala en ese instante, pues por lo visto había tenido problemas de última hora y llegó muy justo de tiempo.

—¿La conoces? —le preguntó Ana.

—Sí, es una de mis pacientes. También conozco al futbolista que lleva dentro, que se va a llamar Adrián, y a su tía Selena. —Mi hermana levantó la mano a modo de saludo y yo pensé que se avecinaba un nuevo sainete.

—Hola, Iker. Estoy bien gracias. —Acerté a decir, con el codo dolorido y con todas las miradas puestas en mí, cosa que odiaba.

—Por lo menos ya no van a pensar que somos lesbianas, tonta. —Me sonrió por los bajinis Selena y terminó por llamar a mi sonrisa.

Ya estábamos todos. Después de la consulta del lunes, lo último que esperaba era volver a ver a Iker esa misma semana. Aquella había sido una casualidad y de las gordas. Por cierto, que muy placentera.

A juzgar por la acogida que tuvo su charla, pude comprobar que no solo era cosa mía; Iker tenía don de gentes y todos los asistentes se mostraron atentos y encantados durante las casi dos horas que permaneció con nosotros.

—Entonces ¿qué nos recomiendas para poder disfrutar de un parto más dulce? —le preguntó Sara, otra de las asistentes, que era puro amor.

—Bueno, mujer, siempre puedes probar a comerte una onza de chocolate antes, que eso nunca viene mal. No, venga, en serio, que esa ha sido muy mala. Vosotras tranquilas, lo único que tenéis que pensar es que cuanto más control de la situación tengáis y más relajadas estéis, más ayudaréis al peque. En última instancia, él también tiene su propia faena en el parto y recordad que juega con desventaja; él no sabe adónde va ni lo que se va a encontrar.

—Y nosotros, los padres, ¿qué podemos hacer, Iker? —le preguntó uno de los futuros papás.

—Vosotros, por favor, tomaos una tila doble antes de entrar en paritorio, que a veces estáis más nerviosos que ellas. Y si alguno cree que se va a desmayar, que avise con tiempo, que luego son los sustos. No, lo mismo, chicos, la cuestión es demostrar que sois un buen equipo. Ver nacer a un hijo no consiste en filmar un vídeo que se haga viral, sino en apoyar a vuestras compañeras. Nada de añadir más nervios al asunto, yo soy inflexible en eso.

Cuando terminó su intervención, todos le ovacionamos. A continuación, quien más y quien menos con cierta dificultad, nos levantamos de las alfombrillas en las que estábamos sentados, escuchándolo.

En mí, Iker ejercía un efecto calmante que casi rozaba lo hipnotizante. Escucharle hablar con tanta naturalidad de aquellos temas que como madre primeriza me inquietaban tanto, me hacía pensar que todo iba a salir fenomenal y que tener a Adrián en brazos iba a ser coser y cantar. Bueno, no tanto, pero que de traumatizante iba a tener poco. Dejémoslo ahí.

—Bueno, Silvia, qué bueno verte por aquí, ¿cómo lo llevas? —Me sorprendió ver que me esperaba al salir.

—Bien, bien, un poco más hinchada cada día, pero son gajes del oficio...

—Pues sí, en cualquier caso, yo te veo estupenda, no te obsesiones. —Me sonrió y parecía que hubieran encendido todas las luces de golpe.

—Eso le digo yo, pero ella erre que erre, que es muy perfeccionista. Lo mismo pensaba que iba a llevar al niño en un canasto en vez de en la tripa —puntualizó Selenia, que no sabía tener la boca cerrada.

—¿Es eso verdad? Mira que te llevas la bronca ahora mismo. —Rio.

—Ni se te ocurra hacerle caso, lo que pasa es que Selenia es actriz y le echa a todo mucho teatro. —Le saqué la lengua a mi hermana, que ya me estaba dejando en evidencia delante de él.

—No, no, hazme caso a mí que soy quien la sufre cada día, ¿por qué no te tomas un café con ella y le haces un poco de bálsamo? Bueno, perdona, que igual te esperan en casa. Es que yo soy así... —Tanteó el terreno sin pensar en las consecuencias.

En erupción así noté mis mejillas después de que mi hermana soltara esa bomba sin ton ni son. Y encima se quedaba más ancha que panocha.

—No hace falta, Iker, perdónala, es que ya te digo que no las piensa. —Las palabras se amontonaban en la punta de mi lengua con intención de salir y yo era incapaz de darles un orden.

—No pasa nada, si de hecho me parece una idea excelente. No me espera nadie en casa, tranquila. Vivo solo.

“Vivo solo”, sí, yo no estaba trastornada. O al menos no tanto como para no saber lo que había escuchado. No era solo que nadie lo esperaba aquella noche, sino que había lanzado aquellas dos palabras que daban al traste con mi teoría de que aquella escultura andante estuviera casada.

—¿Sí? —murmuré y de nuevo constaté que no iba a dar pie con bola, que los nervios me estaban jugando una mala pasada.

En momentos como esos notaba que la vil maniobra traicionera de Raúl me había dejado tocada y hundida. Y es que yo no me tenía por una Matahari precisamente, pero ahora es que me costaba la misma vida mantener la conversación con un ejemplar masculino tan interesante como Iker sin que cientos de cuestiones me bombardearan la cabeza.

—Claro, mujer, os invito a lo que os apetezca, ¿buscamos una terraza para tomar algo?

—Huy, a mí me encantaría, pero va a tener que ser otro día—soltó Selena mirándose la muñeca y lo mejor es que no llevaba reloj.

—¿Qué miras insensata? —le pregunté entre dientes pensando que lo suyo no tenía arreglo.

—¿No te dije? Quedé con el abuelo en acompañarle a la peña donde juega. Les ha dicho a sus compis que su nieta es actriz y se han debido pensar que soy Clara Lago, vamos que me veo firmando autógrafos y todo, en plan diva.

—Bueno mujer, eso está bien. Si los haces felices un rato, el karma te lo agradecerá—repuso Iker.

—Mira que yo al karma no le tengo mucha fe, aunque supongo que entre todos es que lo tenemos demasiado atareado. Pero tomo nota, a ver si hay suerte y me da un bono para que me pase algo bueno.

¿Algo bueno? Yo la iba a fusilar en cuanto llegara a casa. ¿Qué decía de acompañar al abuelo? Primera noticia que tenía y me jugaba cualquier cosa a que se lo acababa de inventar. No en vano, la capacidad de improvisar de

mi hermana era algo sobrehumano y desde pequeña había salido de más de un lío haciéndolo con total naturalidad.

—Bueno, pues siendo así, te robo un rato a Silvia, si estás de acuerdo.

—Totalmente, por mí como si te la quedas, que es muy pesadita—bromeó y terminó haciéndonos reír al voltear los ojos por completo.

Como si llevara patines en lugar de zapatos, salió de allí a toda mecha y nos dejó a Iker y a mí en la puerta de la calle.

—¡¡No!! —exclamé, acababa de recordar que tenía que recoger el carrito.

—¿Pasa algo? —Iker pareció preocuparse.

—Bueno, que antes de ir a tomar algo debería recoger una cosita de la tienda de puericultura. Si quieres lo dejamos para otro día.

Pese a mis iniciales y cobardes reticencias, me apetecía mucho ir con él, pero yo era más cumplida que un luto y le había dicho a la chica de la tienda que pasaría en un rato.

—¿Es algo que yo no pueda ver? No creo que me asuste nada que huela a niño, por razones obvias. Podría acompañarte, si no te molesta.

—¿De veras? Tú lo has querido y bajo tu responsabilidad...

Capítulo 6

La escena era de traca. La primera vez que empujaba el carrito de Adrián por la calle y lo hacía con Iker al lado. ¡Vaya estampa familiar!

—Seguro que esta no era tu idea de tomar un café, pero es que no quería que la chica pensara que se lo iba a dejar ahí plantado, cogiéndole sitio...

—¿Y hay algún problema? La tarde está sensacional, la compañía es perfecta y el carrito... El carrito no sabría cómo definirlo. —Rio y lo sonoro de su risa me invitó a hacerlo también con total soltura.

—¿Otro como mi hermana? Mira que no admito ni una crítica más, el carrito es de lo más moderno, no me seáis carrozas.

—Ahí te doy la razón, moderno sí que es. Por lo menos del siglo XXII, diría yo...

—¡Alaa! Anda ya, es una monería, no vayas a decir que no...

—Bueno, corramos un tupido velo, ¿qué te apetece hacer cuando soltemos la monería?

—Pues no sé ni qué hora es, igual un café o...

—Para café ya igual se ha hecho un poco tarde, que después me venís las futuras mamis con los desvelos. ¿Vamos a picotear algo? —sugirió.

—Me parece bien—le contesté.

En el fondo algo en mí saltaba a la comba ante tal ofrecimiento, esperaba que no fuera mi corazón. En cualquier caso, ya mandaría yo la comba al quinto pino, porque a mí no me iba a camelar ninguna sonrisa bonita por tomar unas tapas.

Miré al frente y comprobé que se iba a mascar la tragedia. La señora Elisa, mi vecina del cuarto, a la que le gustaba más un cotilleo que a un tonto un globo, nos miraba con los ojos chispeantes.

—Pero Silvia, ¿ya ha nacido la criatura? —Metió la cabeza en el carro de tal forma que si Adrián estuviera dentro se lo hubiera comido.

—No, mujer, que faltan todavía tres meses.

—Ay hija, yo qué sé, como te veo ya con el carro por la calle y en tan buena compañía... —Le hizo una radiografía completa a Iker de una sola pasada, eso era habilidad y lo demás tonterías.

—Vengo de la tienda, solo es eso, Elisa. ¿Y tu marido qué tal? —Quise desviar el tema preguntándole por la pierna del hombre, que se la había partido hacía unas semanas. Puestos a pensar mal, quizás huyendo de ella, reí para mí.

—Huy, está bien. Demasiado bien diría yo, los hombres en las casas son un estorbo, hija. Bueno tú ya no lo sufres, aunque quizás este mozalbete...— Volvió a mirarlo y pensé que era hora de ponerle punto final a una conversación que se estaba tornando de lo más incómoda.

—Este hombre—carraspeé— es mi ginecólogo, no te hagas películas Elisa.
—Ya me había tocado la moral aquella metomentodo e Iker lo notó.

—Ay, chica, es que no sabía yo que ahora hacen servicios a domicilio los ginecólogos, pues sí que tienen que estar mal las cosas para eso—añadió.

—Obviamente no, señora—intervino él—. Únicamente se trata de que Silvia es una persona especial, como usted habrá podido comprobar, y es un placer acompañarla. —El retintín estuvo presente en sus palabras.

—Bueno, bueno, os dejo entonces, tortolitos. —No perdió la oportunidad de volver a meter baza antes de marcharse.

—Perdona, qué situación tan absurda. De veras que no sé ni qué decir. —El apuro aparecía en mi cara.

—Silvia, si ha sido de lo más divertido. —El rictus serio con el que contestó a Elisa volvía a transformarse en una de esas sonrisas cautivadoras que me dedicaba.

—Madre mía, mañana hasta el portero va a pensar que tengo novio, ya lo verás...

—Pues que piensen lo que quieran, ¿o tú le debes algo a alguien?

—Tienes razón. Si Selena me escuchara me las daría todas en el mismo lado...

Llegué a mi portal y saqué las llaves. Novata de mí, dos segundos más tarde observé con total incredulidad cómo Iker salía corriendo. ¿Tan pronto se había asustado? Vale que a los hombres el compromiso como que les daba alergia, pero solo se trataba de un tapeo.

—¡Señora, tengo cuidado! —gritó Iker y yo me quedé sin oxígeno en los pulmones.

—¡Hijo, esto ha sido un atentado en toda regla! Hay que tener más cuidado. Claro, vais tonteando el uno con el otro y a los demás que nos den—se quejó Elisa, que acababa de ser atropellada por el carrito.

Sí, sí, atropellada. *Mea culpa*, pues no había caído en echarle el freno, propiciando no que corriera, sino que volara, calle abajo. Y encima había sido certero, dándole un buen topetazo a la cotilla oficial del barrio.

—Oye, si te habías quedado con ganas de decirle algo más, haberte despachado, pero tanto como darle un carrazo a traición me parece demasiado. No veas cómo te las gastas, yo mejor me voy. —Iker parecía venir molesto con el carro y a mí me faltaba oxígeno para contestarle.

—Yo, no he pretendido, créeme...

—Mujer, ¡que es broma! —exclamó y el aire entró de golpe en mis pulmones.

—Ains, es que no te tengo cogido el punto, todavía. —Volví a quedarme automáticamente cortada. No le había cogido el punto, ni nada, que en ese caso me acordaría.

—Discúlpame, soy muy bromista e irónico, ya me irás conociendo. Aunque reconozco que ha merecido la pena por ver tu cara. Y otra cosa; garantizado, al carro le funcionan muy bien las ruedas, buena compra. — Me lo entregó.

—Vale, vale, tomo nota. —Negué con la cabeza y abrí la puerta.

A decir verdad, todo aquello estaba resultando de lo más extraño. De ver a Iker solo en la consulta, ahora lo tenía hasta en la sopa. Y no ya solo porque fuésemos a cenar, sino porque estaba en la mismísima puerta de mi portal y no sabía muy bien ni qué decirle.

—Te espero aquí, no te preocupes. —Se adelantó a decir, percatándose de que dudaba sobre cómo actuar.

—¿Sí? Bueno, no tardo nada...

Mi casa estaba en perfecto estado de revista y limpia como la patena, pues menuda era yo para eso, pero aun así me resultaba ciertamente violento decirle que subiera. Y menos mal que lo hicimos así, porque fue entrar y encontrarme a la cabeza hueca de mi hermana en el sofá.

—Así qué con el abuelo, ¿no? —Te cogía y no sé lo que te hacía.

—Vamos, vas a decir que no ha estado de lujo mi excusa. ¿Y qué haces aquí con el carro?, ¿dónde has dejado aparcado al maromo?

—Está abajo, me voy ya, que no sé ni qué estamos haciendo.

—¿Pasarlo bien? Tira ya, hombre, que te voy a cerrar la puerta. Disfruta de tu romántica velada.

—¿Romántica? No sabes lo que dices, anda...

—Aprovecha, que ya has escuchado que está libre como el viento, ¡ataca!
—gruñó y sacó las uñas.

—Jo, que me has asustado, pareces una leona. —Me fui riéndome.

—¿Sí? Pues acostúmbrate, que para eso vas a salir con Iker León, para mí que ese hace honor a su apellido, fíjate...

Bueno, bueno, el que no corría, volaba. Aunque para volar, lo que había hecho el carro.

—¿Lista? —me preguntó Iker cuando bajé.

—Sí, es que me he entretenido un momento...—Me paré justo a tiempo, casi le suelto que estaba mi hermana en casa.

—¿En...? —me preguntó.

—En beber agua, en beber agua, que me he quedado seca del susto. —Salí del paso como pude.

—Oye, me voy a terminar creyendo que lo nuestro es de miedo, cada vez que nos vemos alguien sale acojonado.

“¿De miedo?” De película sería si yo estuviera un poco más receptiva, pero iba a ser que no.

—¿Tienes alguna preferencia? —me preguntó.

—Bueno, me daba igual, con que estuviera sanito me conformaba. —Activé el modo madre y contesté sin pensar.

—Me refería al tapeo, pero bueno es saberlo. —De nuevo esa sonrisa que le atravesaba la cara de lado a lado.

—Ah, perdona, se me ha ido el santo al cielo. —Pensé que tenía que ir cambiando el chip o me iba a parecer a una de esas madres monotemáticas que solo hablaban de sus hijos.

—Nada, nada. Eso es porque estás un poco sugestionada por el curso y tal. Se me ocurre que vayamos a una tappería que inauguró hace un par de semanas mi primo Sergio, ¿cómo lo ves? Así la conozco, que todavía no he pasado por allí.

¡Qué mono! Con pensamiento de llevarme donde su primo y todo. Lo cierto es que era un primor.

—Venga, no se diga más. Aparte, si está empezando, le echamos un cable...

—Dirás le hecho, porque te he invitado yo y solo faltaba. Me quito de en medio ahora mismo como sigas por ahí, que lo sepas...

Mono y caballeroso. Cinco puntos más para él. Y yo con antojo de nachos y pensando que él era el queso fundido... Irresistible. Procuré limpiar mi mente, que luego me daban los sofocos y me centré en contestarle.

—Vale, vale, no hace falta que te pongas así, me doy por invitada. —Le hice burla y de nuevo su sonora risa me envolvió.

Su primo nos sirvió un impresionante surtido de pinchos en su bonito local, situado cerca de la catedral. Con aire vintage, resultaba de lo más acogedor, y se notaba que estaba teniendo una magnífica aceptación.

—Se parece mucho a ti y es muy simpático también—le comenté después de que insistiera en ponernos una segunda bandeja de pinchos que rehusamos amablemente, ya que corríamos el riesgo de reventar.

—¿Entonces yo te parezco simpático? —Apoyó los brazos sobre la mesa y enmarcó su cara entre sus manos.

—Hombre sí, tengo que reconocer que el Dr. Roncero era un encanto, pero a la antigua usanza. —Al lado de Iker venía a ser algo así como Matusalén.

—O sea, que él no te invitaba a tapas...

—No claro. —Pensé que, gracias al cielo, porque no había color...

—Aclarado, entonces. ¿Y qué hay de ti, qué puedes contarme? Sé que eres enfermera porque lo leí en tu expediente, pero poco más.

—Pues sí, ¿y qué quieres saber exactamente? — Aquello se me iba un poco de las manos, pues trascendía en mucho a la típica relación doctor-paciente.

—Pues me encantaría escuchar lo que te apeteciera contarme. No sé, gustos, aficiones, qué te ha impulsado a tener un hijo o por qué has querido emprender esta aventura en solitario. Esa decisión denota valentía, si me lo permites.

—Bueno, digamos que no era la idea inicial. Dejémoslo en que su padre, Raúl, echó a volar después de concebirlo. Igual es que tenía complejo de pajarito y yo no lo sabía. Ya sabes, la vida te da sorpresas...—le confesé.

—Algo de pájaro sí debía tener. De veras que no puedo entender a ese tipo de hombres. Para mí es inconcebible que, por el hecho de no llevar a tu hijo dentro, te desligues de él como si nada. —Parecía haber sinceridad en sus palabras.

—Pues ya ves que sí—resoplé, pues tener aquella conversación con él sí que me resultaba algo molesto.

—¿Y qué hay de tu hija? —Cambié el tercio.

—¿De Clara? Es una muñeca con cuatro añitos que hace que se me caiga la baba, aunque no la tengo precisamente cerca.

—¿Y eso? —Aquello sí que me extrañó.

—Su madre es una militar estadounidense, la conocí un verano que bajé a Rota, en Cádiz, y nos casamos al año siguiente.

—¿Estabas muy enamorado? —Me sorprendí haciéndole aquella pregunta, pero me salió sola.

—Eso pensaba. Me explico, me enamoré de la persona que yo creía que era, solo que pronto me di cuenta de que todo había sido producto de mi imaginación. —Sonrió, pero con un cierto resquemor en sus ojos.

—¿Y entonces? —Indagué todavía un poco más.

—Entonces, lo bueno nos duró un suspiro. Para cuando comprobé que era egoísta y manipuladora, ya estaba embarazada. Seis meses después de nacer Clara las cosas entre nosotros iban de mal en peor. Yo no sabía cómo contentarla y un día ella me lo dejó claro; su deseo era volver a Estados Unidos con su familia y se llevó a la niña sin más.

—¿Y no has vuelto a verla? Es muy complicado eso que me cuentas.

—Sí, viajo allí cada seis meses y puedo tenerla conmigo una semana. Como comprenderás, me sabe no a poco, sino a poquísimo; pero la distancia es tal que poco más puedo hacer. Aparte, la llamo por teléfono todos los días, para escuchar su voz. Y también solemos hacer un par de videoconferencias a la semana en la que yo le hablo mientras ella corre de un lado para otro.

—No lo entiendo, yo no sé qué le pasa al destino, que parece que siempre le da pañuelo a quien no tiene nariz. Raúl, mi expareja, que podía disfrutar de su hijo, se ha desentendido de él por completo. Y tú, que quieres ejercer de padre, te encuentras con que se llevan a tu hija al otro lado del mundo.

—Pues sí, parece que se ha empeñado en ponérselo difícil a todos, supongo que es una especie de prueba de esas para fortalecernos, pero ya le vale.

—Pues a este paso, nos va a hacer de acero, por lo menos. ¿La echas mucho de menos? —le pregunté un tanto consternada.

Me pareció que lo mío al lado de lo de él era un chiste. No podía ni imaginarme lo que sería tener a Adrián a miles de kilómetros el día de mañana.

—Mucho, nunca pierdo la esperanza de que algún día vuelva a vivir aquí en España. Mira, mi primo puede decirte cómo es la enana.

Sergio venía con unos chupitos para que echáramos hacia abajo la barbaridad que nos había servido.

—Después de zampar toca pimpliar, chicos. A los chupitos invita la casa.

—Solo te lo acepto si te tomas uno con nosotros, primo. Debes estar exhausto.

—Un poco sí, esto va viento en popa, no me quejo. ¿Qué decías de tu enana, ya estás presumiendo? No hagas caso, es una fea como el padre—bromeó.

—Imagino. —Eran un par de guasones de tomo y lomo.

—En serio, parece una muñeca. Y es súper salada... Que te enseñe fotos, vas a flipar con los ojazos que tiene...

Algunos clientes se acercaron a saludarle y entendimos que tenía que levantarse en breve. Por suerte para él, su local había tenido una gran acogida y la terraza estaba a reventar.

—Primo, el deber me reclama, pero antes brindemos por tu preciosa amiga, ¿tú no tendrás una hermana o una prima o algún apaño para mí? —me preguntó Sergio, que era también de lo más extrovertido, además de guapo.

—¿Otro del club single? —le respondí mientras brindábamos.

—Uno de los socios fundadores es lo que soy yo, voy a empezar a jugar, porque en el amor no es que me vaya precisamente bien. Y ya se sabe que “afortunado en el juego, desafortunado en amores”. —Su risa era muy parecida a la de Iker.

—Pues no creas, primo, que aquí la señorita tiene cierta hermana que puede hacer muy buen juego contigo. Mira que os veo...

—¿Selena? —le pregunté degustando el dulce de aquel chupito, que a mí me había servido sin alcohol por razones evidentes.

—¿Es que tienes otra? Porque si es así, le hacemos una lista, pero me refiero a Selena, sí.

—Hombre, con mi hermana no te ibas a aburrir, eso te lo digo... ¿Te gusta el teatro? Es que ella es actriz.

—Me fascina y si no fuera así, ya haría porque me gustara. Te lo aseguro, si es un bellezón como tú, ya estás tardando en presentármela.

De nuevo no sabía si lo mío eran mejillas o un volcán, pero ardían que daba gusto. Iker me dedicó una sonrisa de medio lado y yo tomé un segundo chupito que me eché a pecho sin pensarlo.

—Si te gustan, te traigo la botella. —El espontáneo y gracioso ofrecimiento de Sergio me dejó atónita.

—No, no, gracias, estoy servida.

—Venga mujer, uno más, que no tiene alcohol. —La sugerencia de Iker me dio a entender que él tenía tan pocas ganas como yo de que nos despidiéramos.

—No se diga más, ahora mismo vengo. —Sergio se levantó y enseguida volvió con otra ronda.

—Es muy simpático, nos está tratando a cuerpo de rey, así da gusto—le comenté tan pronto se fue.

—Sí, para mí es como mi hermano. Lo ha pasado fatal después de que su mujer lo abandonara, saliendo del armario por la puerta grande, con su jefa.

—¡¡¡No!!! —Espera por Dios que esa historia merece otro chupito, es mucho más fuerte que las nuestras.

—Como te lo cuento. Ya hace un año y otro se habría quedado tocado del ala. El pobre se ha volcado en su trabajo, pero también necesita alguien con quien echar unas risas.

—Pues si es por eso, no te preocupes, se lo decimos a Selenita que se pinta sola; donde llega, se hace la reina en un plis.

Me pareció una idea estupenda. Mi hermana se lo echaba todo a la espalda, pero eso no evitaba que la procesión fuera por dentro y que lo hubiera pasado jodidamente mal con el desgraciado de Antoine.

—Pues podíamos quedar un día los cuatro, ¿cómo lo ves?

¿Me estaba tirando la caña a la chita callando? Pese a que aquella velada me estuviera resultando realmente deliciosa, yo pensaba que no lo volvería a ver hasta nueva orden, esto es, hasta la siguiente ecografía. Sin embargo, él parecía tener otros planes; unos planes que me incluían y que, además, me apetecían demasiado.

—¿Un helado? —Ya nos habíamos despedido de Sergio y pensé que ahí nos despediríamos nosotros también.

—¿Me lo permite mi doctor? Mira que luego no quiero broncas por el peso.

—Sabes que te lo puedes permitir, estás perfecta de peso... y de todo. —Se dejó caer, pero bien, y los colores volvieron a acudir a mis mejillas a marchas forzadas.

—Bueno, pues si es así... ¿quién dijo miedo?

—¡Me lo tienes que contar todo! —Selena le untaba mermelada a su tostada cuando yo entré en la cocina con más hambre que Carpanta.

—Sí, anoche pensé que estarías despierta y presta para el cotilleo, pero te escuché roncar desde la entrada. —La hice rabiarse un poco.

—Sabes que no es cierto. Es verdad que estaba en los siete sueños, pero yo no ronco, no me toques la moral. Así me vas a vender mañana, zopenca—se quejó.

—Eso es solo de puertas para adentro, de cara a la galería te vendo fenomenal, tontina.

—Eso tendría yo que verlo. —Me sacó la lengua.

—Tú estate atenta al móvil que igual tienes una sorpresa.

—¿Una sorpresa? Muero, cuenta, ¿de qué va esto?

—Pues que le he pasado tu teléfono a Iker, para que se lo pase a su primo, Sergio, para que te envíe un WhatsApp.

—¿Qué dices? No me digas que has estado conspirando a mis espaldas y yo sin enterarme.

—Para muestra un botón, así comprobarás que te vendo bien. Quiero una tostada de esas, por favor, que me está apeteciendo. —La señalé mientras me relamía.

—Tómala que me ha entrado miedo, has puesto cara de psicópata; para mí que me ibas a morder y te ibas a llevar la mano y todo.

—Haces bien en no comprobarlo.

—Suelta entonces, ¿cómo fue todo anoche? Aunque a juzgar por tus palabras juraría que alguien ligó.

—Algo así, pero que ya sabes que yo no quiero pareja. Ahora, como amigo especial no te diría yo que no...

—Sí, sí, por ahí se empieza. ¿Y el primo cómo está? Quiero una descripción minuciosa, de pies a cabeza.

—Pues, en resumidas cuentas, como Iker. —Me comí media tostada de un bocado, claro que no era mi culpa; siempre es bueno podérsela echar a mis hormonas.

—Es decir, de rechupete. ¿Y tienen truco estos chicos o qué? A ver si es que por una vez estamos en racha.

—Reconozco que ayer te hubiera estrangulado con mis propias manos por liar la pita hasta conseguirme esa cita con Iker, pero...

—Pero al final me lo agradeciste tela... Si es que soy una joyita y como casamentera tengo un ojo divino. No sabes la de parejas que he unido en el mundillo del teatro. Hermanita, yo donde pongo el ojo, pongo la bala...

—No cantes victoria tan rapidito y mira tu móvil, que igual ya tienes algo. Eso sí, te tengo que contar, a Sergio lo tienes que tratar bien que es material sensible...

Una hora después, mientras estaba aplicándome una generosa dosis de crema en la panza, el significativo gritito que dio Selena me puso sobre la pista.

—¡¡¡¡Wow!!!! —chilló desde su dormitorio y salió con el móvil en alto, bailando una especie de danza zulú alrededor de mí.

—Mira, Adrián, es tu tía Selena, no te asustes, está un poco loca, pero es todo corazón. Tendrás que acostumbrarte a sus chillidos, a sus bailes, a sus manías, a lo chinchosa y a lo movida que es, pero te lo vas a pasar de lujo con ella.

Como si me hubiera escuchado, Adrián pareció dar una vuelta completa en mi interior, porque noté un movimiento casi sísmico.

—¿Qué te pasa? —Selena se paró preocupada.

—Nada, que el mono este va a ser un marchoso total, como tú.

—Ah bueno, pues si es eso, bienvenido al club.

—Trae el teléfono, el bailecito es porque te ha escrito, ¿o me equivoco?

—Míralo tú misma. —Lo tomé en la mano.

“Los rumores cuentan que vuestra belleza es de familia. Si eres Selena, aquí tienes un Sergio deseando conocerte. ¿Cuándo quedamos los cuatro?”

—Pues sí que se ha dado prisa el muchacho—observé.

—Pues claro, hermanita, que para mañana es tarde. Selena había sido la viva imagen de la impaciencia desde el día en que vino al mundo.

—Déjame meditarlo, que yo tampoco quiero que piensen que estamos desesperadas, mujer...

—¿Y no lo estamos? —preguntó apresuradamente.

—¡¡No!! O al menos no deberíamos mostrarlo. Si te digo la verdad, me cago un poco de miedo con todo esto.

Sí, sí, que yo le había echado mucho valor y grandes dosis de humor la noche anterior, pero con la vista retrospectiva ya me estaban entrando los siete males.

—Oye, tú, fuera traumas, ¿eh? Que no ha nacido quien nos deje a nosotras traumatizadas, hermanita.

La fortaleza de Selen era de alabar. Ni siquiera una experiencia como la que acababa de vivir, con maltrato incluido, la hacía retroceder cuando de pasarlo bien y conocer gente nueva se trataba.

—Vale, ahí llevas razón.

—Yo ya le he contestado que en cuanto os pongáis de acuerdo vosotros. — Era cierto, lo acababa de escribir, por su cuenta y riesgo—. Así que no me seáis lacios, que la pelota está en vuestro tejado.

—¿Mañana por la noche, te parece? Pero en plan amigos, unas tapas, unas risas, buena onda y a la cama. Te lo advierto.

—¿Pero a la cama solas o acompañadas? —Selen era especialista en sacarle punta a todo—. Y eso contando con que a Iker también le parezca bien.

—No, yo creo que a él le va a disgustar mucho la idea, no te fastidia. Escríbele ya, que es lo que tienes que hacer, antes de que lo haga yo en tu nombre.

Tremenda, mi hermana tenía siempre las pilas a tope y no conocía el no por respuesta. Sería mejor seguirle el juego, y probablemente, más divertido.

Al mediodía, antes de que le diera un ataque de nervios como a las mujeres de la mítica película de Almodóvar, le escribí a Iker y me contestó como las balas, diciéndome que le parecía una idea excelente.

—Esta tarde nos vamos de shopping, que no hacemos cosas divertidas las dos juntas desde hace un siglo—me comentó mientras comíamos en la terraza de mi casa.

—Por una vez has tenido una idea brillante—bromeé—. Necesitas ropa, aunque me da a mí que a Sergio le vas a gustar, aunque llegues envuelta en papel de periódico.

—De eso no tengo duda. —Una de las aficiones preferidas de Selenita era alardear de guay, aunque en el fondo era lo más sencillo del mundo—. Pero una cosita te voy a contar; no voy, vamos a comprar trapitos las dos, tú no te escapas.

—¿Pero tú me has visto bien? —me señalé la panzota.

—Sí, sí, y ahora sé lo que viene, el capítulo ese de que estás como una morsa marina del *National Geographic* y todas las tonterías que quieras decir, pero tú estrenas como Selenita que me llamo.

Cualquiera le llevaba la contraria, ya me imaginaba sepultada por una montaña de bolsas de ropa. Más me valdría tomarme un cafelete de postre porque la tarde pintaba intensa.

Una hora después, salimos a la calle cogidas del brazo, y por primera vez en mucho tiempo tuve la sensación de que éramos dos quinceañeras. Sin duda que la reaparición estelar de Selenita en mi vida estaba constituyendo un soplo de aire fresco que me venía sensacional. Y a buen seguro, a ella también.

—¿Cómo me queda esta falda? —Hizo un rápido pase de modelos en el vestidor.

—¿Pues cómo te va a quedar? De impresión, vas a dejar a Sergio loco cuando te vea.

Las largas y bien torneadas piernas de Selena, que siempre habían sido la envidia del resto de las chicas, se veían especialmente favorecidas por aquella mini acampanada que realzaba también su cinturilla de avispa.

—Oye, que yo primero me arreglo para mí, y luego, sí sobra, para los chicos—bromeó, aunque en cierto modo era cierto, que para eso no paraba ella de leer libros de autoayuda.

—Pues, aunque sobre poco, le vamos a tener que poner a Sergio un babero, se ve venir.

—Entonces, listo, falda para la cesta, ahora un top que le combine bien y...

—Y unas sandalias que te pienso regalar yo por mucho que te resistas. Es una orden y si no la acatas te dan morcillas y mañana no salgo.

Se pusiera como se pusiera, yo estaba en mejor posición económica que ella y me apetecía mucho hacerle algún regalito.

—Bueno, vale, porque en realidad casi solo tengo deportivas y como que no le van mucho...

—Menos mal que entras en razón, *alehop*, a por el top...

—Y tú, ¿qué? Mira que estoy ojo avizor y no me vas a dar coba. Ni siquiera tiene que ser ropa de embarazada, si lo único que tienes es un poco de tripita...

—¿Un poco? — La enmarqué con mis manos. Realmente, no le faltaba razón. Por mucho que yo me sintiera pesada, aparte de la barriga no había engordado ni un gramo.

—Claro, tonta. Podemos buscar un vestidín de punto así gracioso, que ahora te recoja la barriga y que después te sirva igual, pero poniéndole un cinturón.

Esa era otra de las virtudes de mi hermanita, que tenía mucha mano con la ropa y con tres cositas te creaba diez *looks* distintos.

—Si tú lo dices...

—Ya verás que sí, vamos a mirar en aquella sección.—Salió corriendo y pensé que hacía mucho que no la veía tan entusiasmada.

—¿No es muy cantoso? —le pregunté cuando, decidida, la vi avanzar hacia mí con aquel vestido suelto amarillo intenso.

—Ni cantoso, ni leches, no me vengas con gaitas. Te lo vas a probar ahora mismo, tienes un bolso y unas esparto camel que le van como anillo al dedo y mañana te voy a hacer un semirrecogido con una trenza francesa que vas a marcar tendencia, te lo digo yo...

—No, si al final me veo en la portada de una revista premamá gracias a ti, ya lo verás.

—Pues claro, estás guapísima y solo tienes que sacarte un poco más de partido, pero para eso ha llegado tu estilista particular...

Lo mejor del caso es que tenía razón. De haber ido sola, no hubiera reparado en ese vestido, al no haberme parecido de mi estilo. Sin embargo, al probármelo, me vi de lo más favorecida y me animé un montón. Selena

siempre había ejercido sobre mí ese efecto positivo y contar con ella en una etapa tan delicada de mi vida, a las puertas de dar la bienvenida a Adrián, me parecía un tesoro.

—Me rindo, me rindo, tienes razón, nos lo llevamos—asentí mientras me desvestía.

—Venga, pues ahora a por mi top y mis sandalias, que sé que hasta que no te acepte el regalo vas a estar ahí pico pala, que eres muy cansina, hermanita.

En realidad, para mí el regalo era ella y verla tan contenta, los fuegos artificiales. A fin de cuentas, iba a tener que claudicar y darles la razón a esos que dicen que cuando la vida te cierra una puerta, es porque te va a abrir una ventana. Tendría que ser así porque yo ya notaba la brisa que entraba por esa ventana, a pesar de que el portazo que me había llevado meses atrás en toda la jeta había sido monumental.

Capítulo 8

—Tú dirás misa, pero la carita esa con la que te has levantado no tiene nada que ver con la que tenías el día que llegué. Te estás colgando de Iker y lo sabes. —Selenia pretendía someterme a un tercer grado de buena mañana y yo solo tenía un hambre atroz.

—Tu sobrino dice que me prepares unas tostadas de esas que son propias de las “Crónicas Carnívoras” y te calles un poco anda, que taladras mucho y es

muy temprano.

—Madre mía, pues sí que te levantas con hambre. Procuraremos tener la nevera llena, no sea que un día falte algo y decidas comerme por los pies.

—Por los pies no, que estoy muy sensible a los olores. —Ya volvía a meterme con ella, en el fondo disfrutaba buscándola y, claro, la encontraba.

—¿También vas a decir que me huelen los pinreles? Mira que por ahí no paso, ¿eh?

—No, no, mujer, si el problema no es tuyo, es mío...

—El problema lo vas a tener como sigas por ahí, que embarazada y todo, te voy a arrear. —No había nada que la pusiera de peor talante que decirle que le olían los pies, cosa que no era cierta, pero con la que yo la chinchaba desde niña.

—Huy, huy, se respira cierta hostilidad en esta cocina y eso no es sano. —Volví un poquito a la carga.

—Sano va a dejar de ser como me sigas sacando de mis casillas, mira que soy capaz de vengarme cuando tenga al doctorcito delante, que ya me conoces...

—No, no, clemencia, que esto es entre nosotras. —Podía esperar cualquier cosa de ella porque no conocía la vergüenza.

—Pues entonces, tengamos la fiesta en paz. Hoy va a ser día de tratamientos de belleza caseros, ¿cómo lo ves?

—Pues fabuloso, ¿cómo lo voy a ver? Dime lo que tengo que hacer, que seré tu *Padawan*.

—Tú nada, poner tu cuerpo serrano y disfrutar. A eso se reduce todo...

¡Qué relax! No nos faltó ni un perejil ese día; limpieza profunda de rostro con aceite limpiador, exfoliante, mascarilla purificante, baño relajante por aquello de liberar tensiones y, cómo no, manicura y pedicura.

Después de semejantes tratamientos, salimos a la calle como dos pinceles y los chicos ya nos estaban recogiendo en la puerta.

—Esta es Selena, Sergio. —Se la presenté y su carilla pícara lo decía todo.

—Vamos a ver, primo, ¿en qué momento se ha abierto la veda y los ángeles han salido del cielo?

—A mí no me preguntes, que tampoco tengo ni idea. —Iker se acercó y me dio dos cariñosos besos en las mejillas mientras alababa mi vestido y peinado.

—Vamos donde queráis, menos a mi tapería, ¿eh? Esa te la enseño otro día Selena, pero por allí no me ven el pelo o al final voy a acabar currando como un condenado.

—Nada, nada, ni loco. Apaga el móvil y olvídate del mundo.

—Para eso no tengo más que fijarme en tus ojos; para olvidarme del mundo, digo.

—Pues mira qué bien, tú vienes muy sueltecito, ¿no? —le preguntó risueña.

—Un poco, es que ya ni sabía lo que era una noche libre y mucho menos en tan buena compañía, pero que, a una orden tuya, me corto—bromeó.

—No, no, ¿qué dices? Si estoy falta de que me regalen el oído, tú aplícate a fondo.

—Me parece que estos dos son tal para cual, Silvia, ¿tú qué crees? —me preguntó Iker, invitándome a ocupar el asiento del copiloto.

—Que yo no lo habría dicho mejor, ¡vaya par!

Si hasta iban haciendo juegos de manos en el asiento trasero. Lo de Selena y Sergio parecía ser un flechazo en toda regla y las risas de mi hermana empezaron a resonar con fuerza en el interior de aquel deportivo que conducía Iker, quien, por cierto, también venía para chillarle de guapo.

—Ni que lo digas. ¿Tenéis alguna preferencia para la cena?

—Yo tengo un antojo—solté y los tres me miraron al unísono como si fuera a hacer una predicción o algo.

—Pues ya estamos volando a complacerte. —La sonrisa de Iker parecía todavía más atractiva aquella noche, por imposible que pareciera.

Había dicho “un antojo” y de una manera inconsciente. Al hacerlo caí en que esa palabra no había salido de mi boca en todo el embarazo. A lo mejor la razón era que Adrián se había percatado de la fuga de su padre, apiadándose de mí, por aquello de que no estaría bonito que yo misma tuviera que correr de madrugada a una gasolinera por helado, por ejemplo. Sin embargo, aquella noche tenía antojo de pizza y no dudé en comentarlo.

—Entonces, vamos a esa pizzería del centro que huele a dos calles de distancia, que ya me parece percibir el olorcito ese de la de anchoas.

—¿Te gustan las anchoas? A mí también, eres una copiona—me dijo Iker.

—No, no, el copión serás tú, a mi hermana le gustan las anchoas más que a nadie en el mundo. Por Dios bendito, si lleva toda la vida pidiendo triple de anchoas en lugar de ninguna otra especialidad de pizza.

—¿Triple de anchoas? —Iker me miró un tanto alucinado.

—Sí, sí, es que ella es así. Como le dé por algo, va a muerte, ya te lo digo yo, que la conozco bien.

—¿Pero es solo con la comida o va por todo? —le preguntó Iker, con doble sentido que los demás pillamos.

Lava ardiente en las mejillas, eso fue lo que sentí y corrí a dirigirla una mirada fulminante a Selena antes de que ella dijera algo de lo que yo me pudiera arrepentir. Sí, sí, porque a ella le encantaba hablar abiertamente, pero yo podía perecer del corte.

—Con todo, con todo, Silvia es así, una mujer decidida, con carácter; una joyita, te lo digo yo...

Todavía detecté algo de diplomacia en sus palabras pues, conociéndola, podía haber sido mucho peor.

—Ya, ya, en lo de la joyita te doy toda la razón. —Se apresuró a contestar él.

—Sí, sí, yo podría contarte un montón de cosas, pero me tiene amenazada de muerte con la mirada. Mírala, si lleva en los ojos eso de “habla y te corto el cuello...” —Los tres rompieron a reír y yo me quedé con la boca tan abierta que parecía un buzón. Si no la liaba, no era ella...

Llegamos a aquella pizzería que era mi preferida y caí en la cuenta de que ya llevaba lo de Raúl mejor de lo que yo creía. Desde su marcha, yo no había vuelto a poner los pies allí, porque era uno de los sitios a los que

solíamos acudir los fines de semana. Sin embargo, no lo eché de menos al entrar, ni mucho menos.

—¡Cuánto tiempo, Silvia! —me dijo María, la encargada, cuando me vio aparecer, si bien yo noté inquietud en sus ojos.

—¡Hola, María! Mira cómo va ya el muchacho...—Me toqué la barriguita.

—¿Va a ser un niño? Y seguro que tan bonito como su mamá.

Ella era un encanto, pero yo no acababa de acertar qué quería transmitirme con su mirada. No obstante, lo descubrí al girar sobre mis talones para encarar la única mesa vacía que quedaba en el local.

—¡Es Raúl! —exclamó Selena.

—¿Quién es Raúl? —preguntó Sergio, que caminaba a su lado.

—¿Tu Raúl? —Iker se quedó un tanto consternado.

¡Maldición! Tenía que haberlo previsto, pues también seguía siendo uno de los lugares predilectos de aquel crápula. La imagen familiar que pretendían dar me provocó súbitas arcadas. Sentado junto a Sonia, servía la pizza a sus dos niños, como si le fueran a dar el título al padre del año.

—No, de mi Raúl nada, que a esa persona ya no la conozco.

Derecha como una vela y sin dedicarle una sola mirada, ni siquiera de asco, pasé junto a él con Iker a mi lado y los chicos detrás.

—¿Quieres que nos vayamos? Lo único que pretendo es que pases una buena noche. —Iker me sonrió y su sonrisa me tranquilizó.

—Pues entonces lo mismo que yo, ¿y sabes lo que te digo? Que de aquí no nos movemos, aquí sirven la pizza que más me gusta y me pienso poner ciega esta noche. Si mi doctor me lo permite, claro. —Hice una especie de graciosa reverencia que arrancó sus risas.

Creo que Raúl hubiera imaginado que, ante una situación así, me habría ido. Nada más lejos de mi pensamiento y, puestos a ser mala, me reconfortaba el hecho de que me hubiera visto en tan espléndida compañía.

—Pues yo lo mismo hermanita. —Selena intervino para romper el hielo—. Y lo siento mucho por ti, pero me pienso pimplar una botella de Lambrusco, aviso.

—¿Tú sola? —Volteé los ojos.

—No hombre, que alguien me ayudará, digo yo. —Miró a los chicos.

—Yo no soy mucho de Lambrusco, pero mi primo le pega a todo—le contestó Iker.

—Genial, me has dejado como si viniera de la reunión de “Alcohólicos Anónimos”, primo.

—Es verdad, he hecho gala de un talento especial. No, que la locura de mi primo es de nacimiento, no tiene nada que ver con el alcohol—bromeó.

—No le hagas caso, Selena, que el tarado de la familia es él, lo que pasa es que el título de doctor viste mucho y hace que pase desapercibido.

—No, no, si a mí me da igual que estés tarado, así nos compenetrarnos mejor, yo también tengo algún tornillo flojo—le respondió ella.

—Pues será lo único que tengas flojo, guapa, porque yo te veo más prieta que los tornillos de un submarino.

La naturalidad con la que soltó aquello Sergio hizo que cuando llegó María para tomarnos nota no pudiéramos parar de reír.

—¡Ay, madre! Y yo que estaba apurada. —Teníamos bastante confianza y la pobre me habló con franqueza.

—¿Qué dices de apuro? Todo controlado, ponnos un buen Lambrusco, anda —Selena carcajeaba y hablaba a la vez.

—¿Tú también le vas a dar a eso? —Me miró extrañada.

—No, no, a mí ponme un zumito de piña—le contesté, de lo más formal.

—Para el niño y la niña, marchando. Pero vamos que a mí me habéis dado la noche, yo me voy a servir un copazo ya como Dios pintó a Perico.

Mientras María se alejaba, vimos cómo la familia feliz se marchaba también a la velocidad de la luz. Ni los postres habían tomado.

—Mamá, yo quiero un helado—le dijo el más pequeño a Sonia.

—Te lo compro en la calle, hijo, vámonos ya.

Vaya, ¡cómo cambiaban las tornas! Yo llevaba meses temiendo aquel encuentro y, cuando por fin se producía, era ella la que se sentía mal.

Mientras se dirigían a pagar, vi que Raúl me miraba. Por suerte, la mirada de aquella vil comadreja ya no me inspiraba nada que no fuera rechazo.

—¿De verdad que estás bien? —me preguntó Iker y, por encima del mantel, su mano rozó la mía.

—No podría estar mejor. —Lo dije de corazón y no por despecho. No cambiaba ni la compañía ni el momento por ningún otro.

Un rato después, llegaron las pizzas y Selena derrochó ingenio, copita en mano.

—Dios, yo no recordaba que eran como plazas de toros, ¡qué barbaridad!

—Anda ya, tonta, si la masa es súper finita y esto entra solo, tanto tiempo con los gabachos te ha dejado el sentido a la virulé...

—¿Qué sentido? Si yo nunca he usado de eso. —Nuevas risas contagiosas como prolegómeno de una noche que se vislumbraba fantástica.

—Entonces eres de las mías. —Sergio no perdía la ocasión de arrimar el ascua a su sardina.

Nos estábamos riendo tanto que hasta Adrián parecía hacerlo, pues era viernes y su cuerpo debía saberlo.

—Me estáis revolucionando hasta al niño, menuda paliza me está dando...

—No, no, que ese sale a su tía, viene ya revolucionado de serie. No vayas a querer buscarle los tres pies al gato—añadió mi hermana para a continuación quejarse porque se había quemado la lengua.

—Si es que eres muy impaciente, te lo tengo dicho.

—¿Impaciente? Yo también. —Allá iba Sergio, que parecía estar al quite.

—Oye guapo, ¿hay algo en lo que no nos parezcamos tú y yo? —Selena lo miró y volvió a romper a reír.

—Eso espero, porque como todo lo tengamos igual, me voy a llevar un susto de miedo—. Sergio si no la ganaba, la empataba.

Capítulo 9

—Me muero del dolor de ciática, no me mires así. —Selena me miraba como si estuviera viendo a un alien o algo parecido.

—Ah, vale, ya me quedo más tranquila, creía que te habías reencarnado en Chiquito de la Calzada, solo te falta decir “*noor*” —soltó y comenzó a imitarlo, sacando su vena artística.

Donde las dan, las toman. Yo llevaba dos mañanas riéndome de ella; que si roncaba, que si le olían los pies a queso y ahora me había levantado como una alcayata.

—Muy graciosa, mis tostadas, anda, que me voy a tomar algo para este dolor.

—¿Quiere algo más su majestad? —contestó.

Yo lo había dicho sin maldad, pero bien visto, era cierto que debió sonar de lo más imperativo. Y es que ya estaban mis neuronas haciendo de las suyas. Cuando yo pensaba en ellas las imaginaba bizcas, con la lengua fuera y chocando unas con otras. Así era como creía que funcionaba el tema, a juzgar por mis cambios de humor en el embarazo.

—Perdona, sí, un café también. Voy a mirar qué tengo para este dolor, que me está matando.

—Vale, pero deberías consultar si puedes o no tomar algo, que las medicinas y el embarazo yo creo que casan regular.

—¿Y dónde consulto yo eso hoy? Si es domingo, besuga.

—Claro, ni que conocieras tú a un ginecólogo ni nada, ¡vaya cosas que tengo! —Se dio un golpe en la frente e hizo como que la cabeza se le movía sola de lado a lado. Otra que estaba como mis neuronas.

—Pues es verdad, se lo voy a comentar a Iker, anda que estoy fina yo...

—Pues claro, mujer, que además parte de culpa tiene de esa lumbalgia, yo no sé lo que pudisteis bailar anoche, menos mal que iban a ser unas tapitas y a la cama...

—Sí, sí, no como vosotros, que estabais de lo más retraídos y aburridos los dos...

—Ya ves, sí que lo pasamos bien, bailando y...

—Y lo que no era bailando, que os vimos dándoos el lote en el rincón, que igual tu sobri está tirando de mis neuronas, pero no de mi vista...

—Pues sí que la tienes buena, porque el rincón estaba oscuro como la boca de un lobo, pero bueno...

—En la boca del lobo es donde creo que te estabas metiendo tú, yo pensé que os ibais al catre del tirón, porque estabais generando más calor que una sopa de tomate, guapita. Si creo que hasta tuvieron que subir el aire por vuestra culpa...

—Tú dale a la lengua que es gratis, siempre es bueno tener a una hermana mayor a quien echarle las culpas, anda que tampoco saltaban chispas entre vosotros, ¿o lo vas a negar?

—No, no puedo negarlo. Yo creo que entre los cuatro hemos empeorado esta noche el calentamiento global, lo que pasa es que Iker es un...

—No vayas a decir que es un caballero, porque Sergio también. Lo que me da la impresión es que ese tiene mucha psicología y sabe que tú estás en plan “stop maromos” y el pobre debe temer que le hagas una cobra como se lance.

—¿Te imaginas? —Me eché a reír mientras me zampaba media tostada de un bocado.

—Y suerte que no ha visto ese mordisco, que si no da una estampida y no lo vuelves a ver. ¿Te he dicho ya que algunas veces me das miedito desde que he vuelto?

—Tira ya, anda, y tráeme mi móvil que voy a preguntarle.

—¡A la orden! —Me hizo un saludo militar y fue a mi dormitorio por él.

—No es por nada, pero esto estaba vibrando cuando lo he cogido. Dale, a ver si tienes noticias del doctor...—me comentó con mi móvil en la mano.

—Anda ya, ¿tú crees que no tiene nada más en qué pensar? —suspiré.

Siendo sincera, me hubiera gustado que me diera los buenos días, de la forma que creyera conveniente, pero seguro que no iba a ser el caso.

Lo desbloqueé y, ¡toma ya! Mensaje de Iker.

—“¿Cómo te has levantado hoy, preciosa? Espero que genial. ¿Te hace un plan tranqui de domingo?”

Pestañeeé varias veces y Selena chilló.

—¡Eres una suertuda! Te ha escrito...

—Eso parece. —Me quedé estupefacta, tipo dibujito animado inmóvil.

—Mírala, y ni se inmuta. Haz algo; chilla, salta, grita...

Pero no, yo no grité, lo hizo ella porque en ese mismo instante también recibió un mensaje de Sergio en los mismos términos.

—Se ve que la suerte es contagiosa, ¿ves? — Me alegré de verla tan contenta y noté que tiraba de mí para que la acompañara en uno de sus bailecitos.

—No seas burra, que te estrangulo, no sabes lo que me duele.

—Pues ya le estás preguntando a Iker y enmendándote, que nos vamos con ellos. Venga, ¿a qué esperas?

Siguiendo las instrucciones que él me dio y con una buena ducha calentita en los riñones, conseguí erguirme lo suficiente para ponerme mona y salir a la calle.

—Aprovechemos el día, *baby*, que esta noche tengo que currar sí o sí. — Entre Selena y Sergio había ya un rollito que se respiraba a kilómetros.

—Pues vamos a exprimir el día, entonces. —Cómo se notaba que a ella no le dolía, pues se subió en el coche saltando como un gamo.

—¿Y tú estás mejor, bonita? No te preocupes que son gajes del oficio de mamá, en unas horas estarás más recuperada. —Iker no podía ser más atento.

—Sí, ahora por lo menos ya puedo ir derechita, que no sabes el plan cuando me he levantado.

—Sí, era un numerito, yo creí que iba a tener que atarla a un palo para poder sacarla derecha a la calle, pero mírala, le has escrito tú y se le ha quitado todo. Lo mismo era hasta un poco de cuento—soltó Selena y tuvo que resguardarse detrás de Sergio en el asiento trasero, porque casi la cojo por el cuello.

Cuando por fin logramos tranquilizarnos, pues se respiraba euforia por parte de los cuatro en el ambiente, tocaba hacer plan.

—¿Dónde queréis ir? El coche va solo, no hace falta que nos quedemos hoy en la capital—nos preguntó Iker con el agrado que le caracterizaba.

—Bua, pues le vas a dar a mi hermana en el cantito del gusto, porque esta es muy de salir por ahí al aire libre al monte con las cabras, yo soy más urbanita—le contestó Selena.

—¿Sí? Cuéntame qué te gusta de los alrededores y enfilados para allá que vamos—me sugirió.

¡Menuda preguntita! Yo soy una enamorada de mi tierra y no hay pueblo, joya natural, castillo, molino o historia que no conozca, por lo que no sabía ni qué contestar.

—Pero a ver, cara de acelga—miré a Selen—, hoy no venimos muy para hacer el café por los montes.

—Es verdad, que nos hemos puesto muy monas y además mi hermanita anda medio lisiada, ¿y si vamos a pasar el día a Ocaña?

—Por mí, genial, ahí le has dado, de vez en cuando hasta tienes una buena idea. —Me pareció una elección formidable.

—Por nosotros fantástico, también—nos contestaron los chicos al unísono, poniendo rumbo a ese destino.

—“*Cara de nena buena, pero la maldad le corre por las venas*”, cantaba Selen, presa del entusiasmo, dejándose caer con un perreito de esos que tanto le gustaban.

—¿Tú no eres una nena buena? —le preguntó Sergio, al que no se le iba ni una.

—Según se mire...

Estar juntos los cuatro era sinónimo de risas garantizadas. Selen no paró de hacer el payasete hasta que llegamos a Ocaña, con Sergio secundándola y siguiéndole la corriente en todo.

—Con estos dos no nos vamos a aburrir, ¿eh? —me preguntaba Iker mientras conducía.

—No, qué va, si hasta me están disparatando otra vez al niño, lo tengo bailando como si no hubiera un mañana ahí dentro. —Reí.

—¿Puedo? —Me derretí, Iker me estaba pidiendo permiso para tocarme la barriga y me pareció un gesto hipertierno.

—Claro. —Soltó por un instante su mano derecha del volante y la puso sobre mi vientre.

—Un guerrero, se ve venir, este no va a parar quieto. Menudas ganas de marcha que tiene. —Su sonrisa indicaba la pasión que sentía por los niños, que por algo la elección de su trabajo no había sido fortuita, sino vocacional.

—A este lo va a entrenar su tía y va a ganar un concurso de esos de talentos infantiles bailando perreo con dos años, ¿qué os apostáis? —nos preguntó Selena.

—¿Y no será mejor idea que te dediques a llevarlo al parque como a los demás niños? —añadí, pues era un caso perdido mi hermana.

—Paparruchas, ya le preguntaremos a él lo que le gusta...

Negando con la cabeza, pensé que menudo equipo formábamos y que cuánta dicha me proporcionaba que mi Adrián se criara cerca de mi hermana, que era la alegría a chorros e iba a contribuir a que su infancia fuera de lo más feliz.

Entre pitos y flautas, llegamos a Ocaña ya al mediodía, por lo que nos fuimos directos a la Plaza Mayor con unas ganas extraordinarias de tomar una caña fresquita y tapear. Bueno, las ganas de caña las llevábamos todos, pero yo me iba a quedar con ellas...

—Yo me solidarizo contigo y tomo refresco, que para eso tengo que conducir luego. — Iker se había percatado de la carita con la que yo miraba las cervecitas de las otras mesas.

—Eso, eso, hermanita, yo lo siento, pero es que una buena caña me puede. Doctor, tú invítala luego a un helado, que con eso se le pasan todos los males. Te lo digo yo que la conozco bien...

Entre tapitas de deliciosa tortilla de patatas, crujientes puntas de calamar fritas, sabroso bonito en aceite con pepinillo y cómo no, anchoas con pimiento rojo, esas que tanto me gustaban; fue transcurriendo un estupendo rato en el que también saboreamos un picante queso manchego y unas sardinillas con tomate cherry que deleitaron nuestros paladares.

Después del paseíto, fuimos a tomar ese helado, para lo que pasamos por delante del mirador de la Fuente Grande, donde nos hicimos unas fotos, igual que habíamos hecho mientras almorzábamos.

Selena, siguiendo su estela farandulera, comenzó a hacer como que lavaba la ropa en la fuente, recreando la escena de lo que allí ocurría muchos años atrás, momento que Sergio inmortalizó mientras todos nos reíamos con su ocurrencia.

También pasamos por la puerta del Teatro Lope de Vega, donde los chicos nos fotografiaron a ambas haciendo las oportunas reverencias al público, como si acabáramos de actuar.

—¿No echas de menos el escenario? —le pregunté cuando salimos andando.

—A ver, hermanita, lo de actuar es un gusanillo que se te mete en el cuerpo y ya no se te va en toda la vida, pero enseñar también va a molar mucho. Incluso podré tener un papel en las representaciones de mis alumnos y actuar de otras maneras.

—Eso, eso, de una manera que no te lleve muy lejos de aquí. —Sergio volvía al ataque para dejar constancia de que quería algo con ella.

—Tú siempre tan disimulado, primito. —Iker le echó el hombro por encima.

—¿Y para qué disimular? Si este bellezón sabe que me ha conquistado en tiempo récord, ¿o no? —La miró, buscando su aprobación.

—Y tan récord, ¿cuánto hace que nos conocemos? Y ya te tengo en el bote y eso que pensaba que igual estaba perdiendo facultades...

Les encantaba jugar a ver quién decía el disparate mayor. En esos momentos, Iker me miraba como dándome a entender que nosotros también éramos una bonita pareja. Y entonces era cuando yo me sentía halagada-asustada.

Sobre las ocho de la tarde, los chicos nos dejaron en casa. Sergio volvía a trabajar esa noche e Iker también debía madrugar al día siguiente. Se notaba a la legua que a los cuatro nos costaba despedirnos. Cada uno en su línea, Sergio le espetó un sonoro beso en todos los morros a Selena, mientras que Iker me hizo una carantoña y depositó en mis mejillas dos calurosos besos que hicieron subir mi temperatura varios grados.

—Nada de esperar al finde que viene, primo, te las traes a la tapería mañana o pasado a más tardar, ¿eh? —Sergio era otro impaciente como Selena y se notaba que no quería que la cosa se enfriara.

—¿Cómo lo veis, chicas? —nos preguntó Iker.

—Que mañana mismo está bien—contestó Serena con total agilidad, tampoco estaba dispuesta a que aquello perdiera fuelle.

—Pues ya lo han dicho ellos todo, ¿estás de acuerdo? —me preguntó Iker.

—¡Qué remedio! —contesté, aunque en el fondo estaba encantada.

Capítulo 10

¿Qué hora era? Por Dios, si no debían estar puestas ni las calles y ya sonaba el teléfono. Me costó tomar conciencia de en qué mundo estaba hasta que por fin lo descolgué.

—¿Papá? —Que me hubiera llamado a esas horas no podía significar nada bueno.

—¿Silvia? No quiero que te asustes, y menos en tu estado, pero el abuelo Adrián ha sufrido un pequeño percance y estamos en el hospital.

—¿Un pequeño percance? Papá, sí me estoy asustando, sé más explícito por favor.

—No hija, no es nada grave, se ha caído al ir por el pan. Ya sabes que a las seis de la mañana está en planta y es el primero cuando abre la panadería. El caso es que por lo visto se le han ido los ojos detrás de una señora y no ha visto un plástico que había en el suelo. Total, que se ha dado una buena leche.

—Ahora mismo vamos...

—Selena, corre, que el abuelo se ha caído y está en el hospital...

—¿Qué dices? Eso lo has soñado tú, que dicen que durante el embarazo se sueña mucho, déjame dormir...

—Que no lo he soñado, ¡o te bajas de la cama o te bajo a tortas!

Yo sentía auténtica adoración por el abuelo y no me imaginaba el día en el que él faltara. Mucho menos antes de conocer a Adrián, con lo ilusionadísimo que el hombre estaba.

—¿Es en serio? ¿Qué le ha pasado?

—Pues nada, que por lo que dice papá estaba mirando a una señora y...

—Por Dios bendito, ¿el abuelo también? Es que en esta familia se nos va la pinza cuando nos mola alguien...

—Pues sí, el abuelo también, que es mayor, pero para eso le han operado de cataratas...

—Ya lo veo, otro al que no se le va ni una. ¡Qué trajín! —Las dos nos pusimos cualquier cosa y salimos disparadas para el hospital.

Llegamos al parking del mismo casi sin mediar palabra, preocupadas por el abuelo y con más sueño que un gatito chico.

—¿Silvia? —Escuché la voz de Iker y pensé que el cansancio estaba haciendo mella en mí.

—¿Pues no creía haber escuchado a...? — le pregunté a Selena cuando aquella voz me interrumpió de nuevo, mientras me disponía a seguir en dirección a la puerta.

—¿Al pesado de Iker? El mismo que viste y calza. Soy yo. —Allí estaban él y su sonrisa.

—No, hombre, ¡cómo vas a ser pesado! —No me apetecía que tuviera esa idea de sí mismo y se apartara un poco de mí.

—Dime por favor que estás bien y el niño también. Aunque creo que sobra confianza para que me hubieras llamado de no ser así...

—Sí, hombre, claro. No, es mi abuelo, que se ha caído hace un rato.

—Pues sí que madruga tu abuelo. —Eran las ocho en punto—. ¿Y sabes cómo está?

—Mi padre dice que no es grave...

—Ok, yo vengo porque una paciente acaba de ingresar para dar a luz. Por favor, no te vayas sin decirme cómo está.

—Así lo haré...

—Bueno, bueno, verás tú que el doctor se va a convertir en tu ángel de la guarda, Silvia. Menudo encuentro que hemos tenido.

—Sí, yo tampoco lo esperaba, pero corre.

Entramos en urgencias y, para mi alivio, pronto comprobé que el buen hombre solo estaba un poco magullado, pero incluso con ganas de hacer bromas a las enfermeras.

—Pero bueno granujilla, qué susto nos has dado, ¿es verdad eso de que estabas mirando a una señora? —Le di un beso cuando nos dejaron pasar a la sala de observación donde lo tenían.

—Hija, es que mirar es gratis, y la señora estaba de muy buen ver. La culpa ha sido del guarro que ha tirado el plástico al suelo y del bastón, que no me ha sostenido.

—¡Vaya sobresalto, abuelito! Y de buena mañana, ¿cómo se te ocurre? —El pobre estaba que parecía un cromo, pues se había magullado por todos lados.

—Tú tranquila, que yo te he dicho que voy a conocer a mi niño Adrián y a llevarlo al parque y todo eso. Y no te creas que me voy a ir al otro barrio sin cumplir mi promesa.

—Es que ni se te ocurra, vamos...—Le di un abrazo y comprobé que no llevaba dientes.

—Abuelo, ¿qué te ha pasado en los piños? —le preguntó Selenia, muerta de la risa.

—Hija mía, que me han quitado la dentadura postiza en la ambulancia, han debido pensar que aquí solo iba a comer sopa y no la iba a necesitar...

Su buen humor nos hizo reír a todos, incluido a mi padre, que ya se sentía más arropado con nuestra presencia. Y es que con el abuelo había que morir, y ahora también con aquella sonrisa desdentada que mostraba...

—¿Puedo pasar? —Para mi sorpresa, de nuevo la voz de Iker resonaba detrás de mí.

—Claro, pero ¿tú no tenías que atender un parto?

—Falsa alarma, me temo. Era primeriza y ha debido confundir gases con parto.

—Pues vaya tino, esa muchacha tiene menos sentido que yo, y eso que a veces ya no sé ni dónde estoy de pie... Cuando no voy a parar al suelo, claro... ¿Quién es este zagal, Silvia? —me preguntó el abuelo.

—Es mi ginecólogo y...un buen amigo también. —Le sonreí y vi aparecer la esplendorosa sonrisa de Iker conforme pronunciaba esas últimas palabras.

—Pues tiene muy buen porte, con aspecto gallardo y...

—Abuelo...—interrumpí con miedo de que dijera algo fuera de lugar, que de casta le venía al galgo, de ahí lo inoportuna que era Selenia a veces.

—Hija, si yo no iba a decir nada, solo que hacéis muy buena pareja...

Menos mal que no iba a decir nada, pues si hubiera tenido intención de darle a la sin hueso yo no sé por dónde habríamos salido, pero al menos por peteneras. De nuevo mis mejillas al rojo vivo...

—Perdona Iker. Este es mi abuelo, Adrián y él es mi padre, Manuel.

—Tanto gusto, señores. Y nada que perdonar. —La sonrisita pícaro de Iker me daba a entender que le había congratulado el comentario.

—Lo mismo te digo y gracias por interesarte por su salud. —Se acercó a él mi padre y le estrechó la mano.

—Es lo menos, no hay de qué.

—Yo también me levantaré, chaval, pero estoy un poco pocho, parece que me han baldado a escobazos. He tenido días mejores...—añadió el abuelo.

—Por favor, ni se le ocurra levantarse, yo me acerco. —Acudió solícito.

—Y nada, yo también te doy las gracias por venir, aunque si vamos a ser familia te veré pronto...—El abuelo iba sin frenos.

—Abuelo, ¿qué dices? —resoplé.

Él solía ser bastante más comedido, pero parecía que el golpe le había soltado la lengua. Yo no daba crédito y, encima, la ternura de su sonrisa me ganaba. Me refiero a la del abuelo, porque en lo tocante a la de Iker, esa me cautivaba.

—Te acompaño hasta la puerta—le sugerí, azorada hasta decir basta, mientras que el abuelo se encogía de hombros como si lo que hubiera soltado por la boca fuera de lo más normal.

—Me alegro mucho de que lo de tu abuelo no sea nada, bonita—me dijo una vez fuera.

—Y discúlpale porque no sé lo que se ha pensado, cosas de las personas mayores, ya sabes...

—Por supuesto, disfrútalas todas, incluso esas. Yo ya no tengo abuelos. Y, en cualquier caso, ¿qué es eso tan grave que ha dicho? —me guiñó el ojo.

—Anda, tira. —De nuevo mis mejillas a estallar.

—¿Os recojo esta noche y vamos donde Sergio? A tu abuelo le van a dar el alta ya mismo, ese está mejor que tú y que yo juntos...

—Hecho. —Me dio dos besos, todavía más calurosos que los de la noche anterior, y se montó en su coche.

Un rato después, al abuelo le dieron el pasaporte y les acompañamos a casa.

—Abuelo, vamos a pasar el día aquí con vosotros y así nos aseguramos de que no te vas otra vez a una excursión de esas tuyas de alto riesgo—le comenté cuando llegamos.

—Fíjate, hija, debían creerse que me había roto la cadera, porque un poco sí que me dolía. Bueno, me dolía mucho, que me he hecho un moretón para presentarlo a concurso.

—Ay, abuelito, de eso nada, que tú vas a ser el que corra detrás de Adrián con el andador...

—Ya veremos hija, que a este paso lo que le voy a echar son carreras con el tacatá, cada uno con el suyo...

—Abuelo, pues yo me cojo otro y participo, que eso no me lo pierdo. —Mi hermana se apuntaba a un bombardeo.

Selena empezó a parodiar la situación, con el tacatá a toda leche, haciendo el ruidito con la boca, como si estuviera en una carrera de Fórmula 1.

—Qué bien te viene tener a tu hermana contigo, y ahora también estoy más contento de ver que tienes a ese mozalbete, qué calladito te lo tenías—me espetó el abuelo.

—Abuelo, que no, que solo es un amigo.

Selena carraspeó y los tres se echaron a reír, mientras yo fruncía el ceño. Para colmo, la muy jodida de ella comenzó a tararear la marcha nupcial.

—Sí, sí, un amigo, que no me chupo el dedo, hija. O por lo menos todavía, igual mañana compito también en eso con mi bisnieto. Que yo he visto cómo te mira ese muchacho y no es como un amigo...

—¿Entonces cómo me mira, abuelo?

—Pues como miraba él esta mañana a la señora esa antes de darse la madre de todas las hostias, hermanita, que no te enteras, ¿a que sí, abuelo? —le preguntó Selena.

—Así, mismamente, hija...

Mientras mi padre preparaba el almuerzo, centré todos mis esfuerzos en que dejaran el temita y le pregunté cómo había ocurrido el percance.

—Yo no vi nada, hija, se me puso todo oscuro y solo noté el costalazo que me di en el suelo, que parecía que me había desmotado. Total, que cerré los ojos y le pedí a Nuestra Señora del Sagrario que me pudiera enmendar de aquella, con los ojos cerrados, que me dio un sopor y todo...

—Ains, abuelito, menos mal que te escuchó...

—Sí, sí, que me escuchó. Y también un montón de gente, porque los escuchaba venir y pensé que a ver si me confundían con una cuchara y me pisaban, que uno ya ha menguado mucho... Por eso abrí los ojos y empecé a chillar, que las cucarachas no hablan. O yo no las oigo, aunque un poco sordete estoy últimamente.

—Abuelito, ¡qué cosas se te ocurren! —lo abracé.

—No ha nacido el que te pise a ti, abuelo—añadió Selena, abrazándolo también.

Mirad, a Adrián también le ha hecho gracia, porque no para de moverse. — Lo notaba de lo más inquieto en mi interior.

Ambos pusieron las manos sobre mi vientre y el bebé parecía disfrutar siendo el centro de atención, porque más se movía, el jodido. Nuestras risas

alertaron a mi padre, que salió de la cocina, y se unió al grupo. Viéndolos a todos cerrar filas en torno a Adrián, comprendí que mi familia volvía a ser una piña y eso era lo mejor que mi niño podía haber traído debajo del brazo, que de poner el pan ya me encargaría yo.

Capítulo 11

—Pero bueno, no veía el momento de tener tanta belleza en mi tapería, chicas, ¿cómo está vuestro abuelo? —Sergio ya estaba al corriente por Iker.

—Está estupendo, se ha pasado el día comiendo, charlando y durmiendo— le respondió Selena.

—Qué envidia, porque encima seguro que habéis estado todo el tiempo con él. Yo me voy a caer también, a ver si me das mimos, guapísima—le sugirió él y ambos se besaron.

Imitando su gesto de un rato antes, en ese momento fui yo quien les canté a ellos la marcha nupcial, y Sergio bromeó hincando rodilla como si le fuera a pedir matrimonio.

El caso es que, algunos de los clientes que miraron, pensaron que iba en serio y rompieron a aplaudir, a lo que mi hermana levantó los brazos y lanzó un teatrero, ¡sí, cariño, me caso contigo!

Cierto que eran los dos de lo que no había y ya se llevaron toda la noche hablando en broma de una supuesta boda que yo pensaba que eran capaces de celebrar en no demasiado tiempo, porque se habían quedado pillados, pero bien.

Una vez la cosa se quedó un poco más tranquila de clientes, Sergio les indicó a sus camareros que se iba a sentar un rato con nosotros, para que ellos se encargaran de seguir atendiendo.

—Cuéntales, cuéntales a los chicos la que armaste aquella vez que también me habían pedido supuestamente matrimonio, anda—me sugirió Selenia.

—Un poco bocachancla sí que fui ese día, pero la culpa es tuya por actuar tan bien—le respondí, en mi defensa.

—Venga, venga, que ya estoy intrigado. —A Sergio todo lo que tuviera que ver con Selenia le molaba.

—Venga, que yo también. —Iker me miraba con intriga.

—Pues nada, que Selenia estaba con su primera compañía de teatro y yo fui a verla entre bambalinas. El caso es que yo llego y escucho a un tío que

podía ser su padre, declarándose con un pasteleo de lo más empalagoso y ella echándose en sus brazos, con ojos vidriosos y diciéndole que moría de amor y que casarse con él era la culminación de un sueño...

—Más bien de una pesadilla, con ese carcamal. —Rio Selena.

—Sí, sí, pero yo que no sabía nada, salgo al patio de butacas y se lo digo a mi padre y a mi abuelo. Mi padre se queda atónito cuando le comento que su yerno va a ser un tío de su quinta y se va a buscarlo para enseñarle su puño...

—¿Y se lo enseñó? —Los chicos se desternillaban de risa escuchando mi relato y viendo la carita de Selena al respecto.

—Pues de milagro no, porque el tío, que era el prota, logró convencer a mi padre de que era un fragmento de la obra que estaban ensayando y salió ileso...

—Sí, sí, pero mi padre le dijo que iba a estar bien atento a escucharlo durante la representación y que como fuera una trola no iba a tener piedra bajo la que esconderse—añadió Selena.

—Y el otro lo chillaría, llegado el momento, pues se estaba rifando una buena leche y llevaba todas las papeletas, claro—repuso Sergio.

—Sí, sí, yo estaba sentada al lado de mi padre y noté que suspiró aliviado cuando escuchó la pedida de mano sobre el escenario, aunque todavía le preguntaba a mi abuelo si no lo habría improvisado sobre la marcha—maticé.

—Es que bueno, en favor de vuestro padre diré que como padre de niña me pongo un poco de su parte. Si mi Clara de jovencita me viene con un vejstorio de la mano, no sé cómo lo gestionaría...

—Yo tampoco sé cómo lo harías primo, pero lo más normal es que el tío tuviera que ir a por dientes nuevos. —Sergio era menos sutil y nos hizo reír a carcajadas.

—Y, por cierto, ¿qué tal Clara? —le pregunté por su niña y se le iluminó la cara.

—Hecha un caramelo. Hoy me ha estado cantando, en inglés claro, la canción que están ensayando para el fin de curso y, como estábamos en videoconferencia, la veía bailar también. Está hecho un primor...

—Enrique, el babero para mi primo...—Sergio miró hacia uno de sus camareros que se rio.

—Ya está tu primo hablando de su niña, ¿no? Si me ha salpicado hasta a mí.

Enrique, según nos contaron, era amigo de Sergio de toda la vida y conocía bien la pasión de Iker por Clara.

—¿Y no te la puedes traer una temporada ahora en verano? Jolines, que la teniente O'Neil no tiene contrato de exclusividad con la peque, primo— señaló Sergio.

—Ya sabes que me pone todas las trabas del mundo para viajar con ella. No será porque no tenga ganas, me la llevaría a la playa y a hacer mil cosas... Piensa que mis padres ni siquiera han vuelto a verla, primo. Tengo que buscar alguna solución para el tema...

—Ya, y mira que la tita Encarna y el tito Ambrosio tienen pasión con su nieta. Mal rayo parta a la teniente, que tiene una mala baba...

Los derroteros que estaban tomando la conversación parecían incomodar bastante a Iker, a quien se le veía alicaído cuando hablaba de la distancia que le separaba de la que sin duda era la niña de sus ojos.

—Y Adrián, ¿qué dice? —Me miró y se interesó por el estado del peque ese día.

—Pues el renacuajo de momento está escuchando la conversación y terminando de disfrutar las tapas, pero no te preocupes que no tardará en decir “aquí estoy yo”.

La cara con la que me miraba Iker cuando hablaba de Adrián me hacía pensar que él daría lo que no tenía por poder disfrutar de la compañía de Clara. Y, como futura madre, yo me ponía en sus zapatos a la perfección...

—¿Y si le preguntas al renacuajo qué tal le parecería que nos fuésemos a la playita los cuatro el fin de semana? —Me miró fijamente y, si yo abrí los ojos como un búho, no digamos ya Selena.

—¿A la playa? No sabes lo que me gusta, pero me has cogido de improviso —le contesté.

—Claro y tienes que ir a moderar este fin de semana la cumbre del G7, ¿no, hermanita?

Selena lo comentó con tal normalidad, que hasta dudé de si tenía ese compromiso o no. Era la monda...

—Pues también tienes razón—claudiqué.

Sería mentirme a mí misma el no aceptar que Iker me estaba viniendo muy bien, así como el cuarteto que formábamos las dos parejas. Pensar que la felicidad de mi hermana pudiera venir del mismo círculo que la mía era una idea que me emocionaba y me ilusionaba a partes iguales.

Al fin y al cabo, por mucho que yo me quisiera hacer la dura, ya era un hecho constatado que cada vez me sentía más atraída por Iker y que el

dueño de aquella sonrisa de anuncio estaba logrando derribar a martillazos el muro que yo había construido entre los hombres y mi persona.

—Entonces hay poco más que pensar, primo, tú también necesitas un fin de semana de descanso, no se hable más...—le comentó a Sergio.

—Sí que lo necesito, he trabajado como un condenado estos meses y ahora la tapería ya está abierta y el personal formado. Creo que podrán apañárselas un par de días sin mí, ¿o no, Enrique? —le preguntó al ver que pasaba por detrás de él.

—¿Sin ver tu cara fea? No sé, le preguntaré al resto del personal, a ver qué podemos hacer.

—¿Fea? Oye tú, si mi chico es lo más bonito que ha parido madre, ¿o es que no tienes ojos en la cara? —le contestó Selenia como si tuviera un resorte en el culo.

—¿Has dicho “mi chico”? Ven aquí que te como enterita. —Sergio se levantó y se dieron un besazo de rosca ante nuestras risas.

—Estos dos nos han cogido la vez, pero bien. —Iker se quedó caer en plancha en ese instante.

—Eso parece. —Yo no sabía ni qué contestarle, aunque lo cierto es que también me hubiera tirado a sus brazos en ese mismo momento.

Pese a ello, yo le estaba de lo más agradecida por no lanzarse conmigo de una forma tan evidente. No en vano, yo hacía mía la frase de “despacito y buena letra” en lo que a las cuestiones amorosas se refería y estaba segura de que esa era la única receta para no salir huyendo presa del miedo.

—¿Y dónde se supone que vamos a pasar tan idílico fin de semana?

La imaginación de Selena ya estaba volando, aunque la mía no se quedaba atrás. Vaya, que nuestros cuerpos serranos estaban sentados en aquella mesa con los chicos, pero en lo tocante a nuestras mentes, esas andaban por ahí sueltas cuales cometas, entrelazándose y dando imaginarios saltitos.

—Yo tengo una casita en Altea, en Alicante. La compré hace unos años con idea de disfrutar de la niña y de la playa a la vez. Es bastante espaciosa y creo que podríamos estar de maravilla los cuatro, ¿qué os parece, chicas?

—Sí, sí, yo la conozco. Y como todo lo que tiene el pijo de mi primo, está en una urbanización de esas de lujo en las que parece que echan champagne en vez de agua en la piscina, de lo que cuesta vivir allí. Tenemos que ir sin dilación, ya estamos tardando —Sergio era de lo más explícito.

—Anda, primo, que eres la discreción en persona.

—¿Champagne? ¡Qué glamur! Yo estoy con Sergio, ya estamos tardando en sumergirnos en esa piscina. —Mi hermana tampoco era de perder el tiempo.

—Tú estás conmigo, pero ¿cómo, bombón? Porque se me ocurren un par de formas—le contestó él.

—Y a mí otro par, y con el champagne más, que por algo dicen que es afrodisíaco. —Aquellos dos iban a saco total.

—Pues creo que solo quedo yo y digo que sí, claro, que si no me vais a odiar. —Sonreí y pensé que me había quedado de lo más diplomático, pero miré al cielo y me vi en forma de cometa, brincando con mi hermana.

—No se diga más entonces, el viernes al mediodía nos ponemos en marcha.
—Iker era la felicidad personificada.

El resto de la velada la pasamos haciendo planes, a cada cual más atrayente, para un fin de semana que no podía pintar mejor. La sonrisa de cada uno de

nosotros era la mejor prueba de ello y hasta mi niño parecía estar hecho un saltimbanqui en mi interior. Y es que yo no tenía la más mínima duda de que le gustaría la playa tanto como a su mami.

Un rato después, en casa, Selena y yo estábamos insomnes, soñando en alto con un fin de semana para el que ya contábamos las horas.

—Debo ir a comprar un bañador premamá, que de esos no tengo.

—Cuidadín, querrás decir un bikini que te deje esa preciosa barriguita entera fuera, ¿no? Que a mi sobri le tiene que dar el sol directamente en la cabecita.

—Hombre claro, a ver si te crees que me voy a comprar un bañador de esos que llevan más metros de tela que los trajes de actuar de Falete, hermanita —me queje´.

—Efectivamente, que esos acompañados de unas buenas bragas sobaqueras son un antídoto contra los maromos total y esa no es la idea, ¿eh?

—No, no, que a mí Iker me hace tilín, aunque vaya más despacito que tú...

—Sí, sí, tú si eso le vas cogiendo la mano dando paseítos por la playa y me dejas a mí la casa, que Sergio y yo vamos a probar todos los rincones...

—Loquilla eres...

—¿Qué loquilla ni que ocho cuartos? Que la vida son dos días hermanita, y yo una oportunidad así para ser feliz no la rechazo ni harta de vino.

Capítulo 12

Amanecí con un patadón de Adrián que debía estar oliendo las tostadas que preparaba Selena.

—Pero bueno chiquitín, ¿tú crees que es plan de darle así los buenos días a tu mami? —Acaricié mi barriga.

—Loquilla, ¿hablas con mi sobrino? —Selena bailaba en la cocina cogiendo la escoba a modo de micrófono.

—¿Y con quién si no? Oye, no deberías hacer desayunos tan ricos, que al final voy a engordar...—Me senté en la mesa, reconocía que me estaba dejando mimar.

—No, si siempre es bueno tener hermanas mayores en casa a quien echarles la culpa de todo.

—Eso se dice de los niños pequeños, no de las hermanas mayores, so cafre...

—Bueno, lo que pasa es que, en mi caso, soy una hermana mayor con alma de niña pequeña, ¿no?

—Bueno, algo de eso sí hay, no te lo niego...

—¿Cuál es el plan para esta mañana? Podíamos ir al mercado a comprar alguna fruta de temporada de esas que parecen gustarle a mi sobrino y un poco de pescado para hacerlo a la plancha, que tanto picoteo con los chicos nos va a engordar al final.

—Ni que lo digas, que ya los escuchaste. Esta noche vamos otra vez donde Sergio.

—Sí, sí, cuesta abajo y sin frenos va esto ya. Y el finde va a ser la requetebomba.

—Sí, sí, todavía no me creo que nos vayamos a ir con ellos. El caso es que esta mañana vas a tener que salir tú a la compra, porque yo me tengo que llegar a ultimar unos papeles de la baja maternal.

La primera en salir de casa fui yo, pues quería llegar prontito y dejar finiquitados los trámites administrativos. Además, me hacía una tremenda ilusión tomarme un café con Rita, que estaba de turno de mañana.

—Pero mírate, si estás hecha una súper mamá de esas que anuncian productos para el embarazo...

—No seas exagerada, aunque me encuentro fenomenal. Y eso que el finde me dio la lata la ciática, aunque también es que me pasé un poco; bailé y trasnoché...

—¡¡No!! Ya me estás contando todo con pelos y señales...

—Es que hace unos días que no hablamos, y todo se ha puesto un poco patas arriba...

—Para bien, te lo veo en la sonrisa. Tú has ligado y no vayas a negarlo, ¿conozco yo al afortunado?

—No solo que lo conoces, sino que me lo recomendaste tú. Es Iker.

—¿Iker el ginecólogo bombón? ¡No puede ser! —Rita, que era muy cómica, se llevó las manos a la boca.

—El mismo, ¿a que no lo esperabas?

—Pero hija de mi vida, ¿cómo iba a esperarlo? Te lo recomendé para una ecografía, pero no para que te hiciera una exploración tan a fondo. —Volteó los ojos, de lo más graciosa.

—No, no, no te hagas películas que todavía no nos hemos tocado un pelo, pero nos vamos el fin de semana a su casa de Alicante...

—¡No jodas! Bueno, bueno, esto es de película.

—Y en el “nos vamos”, incluyo a mi hermana Selena y al primo de Iker, Sergio, que es otra monada como él...

—Pero bueno, estáis hechas dos devorahombres, ¿cómo es la cosa? ¿Dónde hay que apuntarse para ir así a la caza del buenorro? —Ella lo decía en broma porque tenía pareja estable.

—Han sido todo coincidencias...

—¿Coincidencias? Madre mía, pues a mí no se me ha dado una carambola así en la vida... Si encima el tío está forrado, yo lo sé por una prima suya que es conocida mía. Te vas a llevar el premio gordo...

—Sabes que a mí lo económico no es lo que me interesa...

El café pasó en un soplido, mientras yo la ponía al día de los avances de mi vida amorosa y ella me contaba lo que me esperaba en cuanto me estrenara como madre, pues su bebé no paraba.

Después de despedirme de ella prometiéndole verla a mi vuelta de Alicante, para pasar un buen rato también en compañía de mi hermana, nos despedimos y dejé listo el tema del papeleo.

Un mensaje mañanero de Iker me sorprendió entonces y lo abrí con una sonrisa boba en los labios.

“¿Cómo se han levantado hoy la chica más bonita, su bebé y su abuelo?”

De lo más completo el mensaje y, sobre todo, de lo más emocionante, porque cada vez que sonaba el teléfono y era él mis hormonas se ponían a bailar imitando las coreografías de Selena.

“La mamá y el bebé, de lujo. En cuanto al abuelo, justo me iba a pasar a verlo”.

Antes de hacerlo, le compré unos churros de esos que él nos traía de niñas y, con ellos todavía calentitos, llamé a su puerta.

—Estoy oliendo a churros desde aquí—me comentó cuando mi padre abrió la puerta.

—Abuelo, ya quisieran muchos perros policía tener tu olfato, ¡toma ya!

—Sí, sí, pero vengan esos churritos, que desde que pusiste el mensajito de que venían me estoy relamiendo.

—Ya veo que a ti el apetito no te lo quita una caída, abuelo.

—Tiene que ser desde un precipicio y que me haga pasar a mejor vida, hija, pero mientras yo esté vivito y coleando, estaré engullendo.

—Papá, ya sabemos de dónde nos viene el hambre que siempre tenemos, mejor no resistirnos, es genético.

—Sí, cariño, asunto concluido, ¿y tu hermana?

—Se ha quedado en casa y después iba a la compra. La veo a la hora de almorzar.

—Muy bien, un día de esta semana os preparo perdiz estofada, que ella siempre deja limpio el plato cuando se la cocino, y hace mucho que no la come con nosotros.

—Va a estar encantada, papá, ¿y ves cómo solo pensamos en comer? Pero que da gloria cuando dejáis vuestras cabezonerías a un lado y acercáis posturas.

—Sí, sí, la próxima vez que uno de los dos se ponga farruco, le canto las cuarenta antes de que llegue la sangre al río, que no sé a quién salen estos dos tan cabezones. —El abuelo engullía churros de dos en dos, mientras miraba la tele, pero no se le iba una.

Mi padre y yo nos miramos y nos dio un ataque de risa. ¿Y decía que no sabía de dónde salían? Pues menudo era él también cuando se le metía algo entre ceja y ceja...

Adorable, el abuelo era adorable, por lo que me pasé un buen rato haciéndole arreglos, hasta que el reloj me indicó que era hora de llegar a casa para hincarle el diente a ese pescadito que, a buen seguro, ya Selena estaría preparando en la barbacoa de la terraza.

Abrí la puerta y comprobé que la casa estaba en silencio. Aquella taruga se habría entretenido con algo, pues una mosca que pasaba, una mosca que atraía su atención. Por no hablar de la mucha gente que se encontraba por la calle y que le preguntaba por su vida y milagros. Y claro, como buena actriz, escenificaba sus últimos años fuera y se liaba tela.

Muerta de hambre como estaba, abrí el frigorífico y eché mano de una sandía fresquita que teníamos cuyo vivo color rojo parecía estar llamándome. La corté a taquitos y me la serví en un bol, mientras le enviaba un mensaje a Selena.

¡Era tremenda! Ya sonaba en su cuarto, se había dejado el móvil, era el despiste personificado mi hermana.

Nada, un poco de paciencia. Me senté a degustar la sandía en la terraza y disfruté de los rayos de sol que me acariciaban el pelo. Tan relajada me quedé que incluso cabeceé un poco el sueño en la tumbona, cuando caí en la cuenta de que eran las dos y media de la tarde, razón por la que comencé a inquietarme.

Miré a la calle por si la veía venir, pero no. Enseguida pensé que era muy probable que también se hubiera planteado pasar a ver al abuelo, y mi padre le hubiera servido un aperitivo. Le telefoneé para comprobarlo, pero su respuesta fue negativa.

A las tres de la tarde, mi inicial inquietud se estaba convirtiendo en una cierta desazón que me obligaba a dar vueltas de la terraza a la cocina y viceversa. Nosotras solíamos almorzar temprano, ¿dónde estaría?

Una hora después, la desazón dio paso al temor. Aquello tardanza sí que pasaba ya de castaño a oscuro y era impropia de mi hermana, más sabiendo que por mi estado yo estaba más susceptible que nunca y me iba a asustar bastante.

Dando tumbos de acá para allá por la casa, me llamó la atención, al pasar por la puerta de su dormitorio, que el armario estuviera abierto. Ella era muy meticulosa y aquello como que no me cuadraba mucho.

Un tanto temblorosa, pues comenzaba a tener la certeza de que algo le había pasado a Selena, pasé y lo que vi impidió que el oxígeno entrara de forma natural en mis pulmones; su armario estaba totalmente vacío y había una nota sobre la cama.

“Querida Silvia, ya me conoces. El abuelo siempre dice que soy un culillo de mal asiento y él lo sabe mejor que nadie. He intentado sosegar mi alma farandulera, pero al final la cabra tira al monte y me apetecía mucho volver al teatro. No sé exactamente qué rumbo voy a tomar, pero sé que os voy a echar mucho de menos a ti y a Adrián. No obstante, debo seguir los dictados de mi corazón y volver a darle libertad a esta alma mía que me la pide a gritos. Yo no he nacido para tener una vida convencional y permanecer siempre en el mismo lugar, yo necesito un chute de adrenalina que solo pueden darme el teatro y la vida itinerante. Lo he intentado, topillo, de verdad que lo he intentado, pero no puedo. No me busques, necesito estar un tiempo a mi aire. Cuando tenga las ideas claras, te buscaré yo. No dudes, que te adoro, topillo”.

No me quedé muerta, sino lo siguiente. Y no ya por la carta en sí, sino por el hecho de que utilizara, y no una, sino dos veces, la expresión “topillo”. Cuando éramos niñas, esa era nuestra palabra clave para el caso de que nos metiéramos en problemas. Y ella se había encargado de dejar constancia de que así era en aquellos renglones.

¿Qué explicación podía tener su proceder? Me devané los sesos... ¿Cómo era posible que me hubiera dejado por escrito esa especie de petición de

socorro sin llamarme y sin explicarme nada más?

Cielo santo. Era para volverse loca. Ciertamente que mi hermana era un alma libre y que su felicidad siempre se había basado en recorrer mundo haciendo sus funciones, pero ahora estaba cambiada y, por mucho que fuera una actriz estupenda, lo que había hecho en los últimos días no era un paripé.

De ninguna manera, no me lo tragaba. Por una vez en su vida, Selena se había replanteado las cosas y quería vivir cerca de su familia. Ni en mil vidas que viviera iba yo a creer que mi hermana se perdería el nacimiento de su sobrino y verle crecer, con lo ilusionada que estaba; ni que se marchara sin darle un enorme abrazo al abuelo; ni que renunciara a Sergio sin haber un porqué... Pero si aquella misma mañana habíamos estado hablando del finde con los chicos y ella se mostraba de lo más emocionada...

Era imposible que, en cuestión de unas horas, hubiera decidido hacer trizas la vida que estaba comenzando a construir y darle la espalda como si los últimos días no hubieran sido realidad, como si fueran el producto de un sueño...

Y, como guinda del pastel, estaba lo del doble “topillo” que eso era una señal de SOS evidente. ¿Qué podría hacer que Selena tuviera que dejar una nota de despedida falsa con petición de auxilio incluido? No hacía falta ser detective privado para entender que debió escribirla coaccionada.

¿Y quién podía coaccionar a mi hermana hasta el punto de llevársela de nuestro lado e indicarle que debía advertirnos de que no nos pusiéramos en contacto con ella para ganar tiempo? Solo una sabandija se me venía a la cabeza y tenía nombre francés; debía ser Antoine.

Capítulo 13

Aquella rata miserable se las prometía muy felices. Habría ganado la primera batalla, de forma subrepticia, como él lo hacía todo, pero si quería guerra, guerra iba a tener. Yo ya estaba preparando los carros de combate para pasarle por encima.

Ni corta ni perezosa y, pensando que no había tiempo que perder, llamé a Iker y me dio el encuentro de forma inmediata con su coche.

—Vamos a comisaría, pero pasemos antes por Sergio o no nos lo perdonará en la vida.

Le recogimos en la puerta de su casa, sin que supiera el motivo de aquel encuentro improvisado. Se acercó hasta el coche con la sonrisa en los labios, pensando que le íbamos a dar una sorpresa, pero la misma se borró de su cara en cuanto vio nuestros rostros serios.

—¿Y dices que ella lo había denunciado? No sabía nada. —Cabizbajo, apenas acertaba a decir palabra camino de la comisaría.

—Son temas para tratar con delicadeza y cuando hay un poco más de confianza, entiéndelo, mi hermana te lo hubiera contado más adelante.

—Por supuesto, lo único es que me siento un poco capullo por haber ido a por ella a degüello, de haberlo sabido hubiera tenido más tacto.

—Selena es más fuerte que un chicle de ajo, no te preocupes que ella está súper a gusto contigo. Ese es uno de los motivos que me hace pensar que esta decisión de marcharse no ha sido voluntaria.

—Es que me llevan los demonios, solo de pensar que ese crápula la pueda estar obligando a hacer algo que no quiere, no sé lo que le haría...

Sergio estaba desesperado, al igual que lo estaba yo. Iker nos miraba y parecía estar concentrado.

—No debemos dar palos de ciego, estas primeras horas pueden ser cruciales...—nos dijo mientras se dirigía a la comisaría.

Llegamos a las dependencias policiales y expusimos el caso. Por desgracia, el hecho de que Selena hubiera dejado una carta de su puño y letra en la que indicara que se iba por su propia voluntad no nos favorecía. Y, claro, mi teoría de que el término “topillo” fuera una declaración formal de auxilio, como que no tenía demasiada consistencia.

Las cosas cambiaron cuando la jefe de la Brigada de Violencia de Género salió, dado que saqué a relucir la denuncia que Selena había interpuesto contra Antoine en Francia.

—De momento no tenemos suficientes indicios para saber si su hermana está siendo o no coaccionada, pero vamos a hacer todo lo posible porque su expareja sea localizada en su lugar de residencia, al objeto de interrogarla.

—Sí, por favor, mueva todos los hilos. Sé que no tengo pruebas, pero sí una corazonada muy fuerte y estoy segura de que mi hermana no ha salido de mi casa voluntariamente.

—Haremos todo lo que esté en nuestras manos. Déjeme sus datos y la localizaremos en cuanto tengamos cualquier información.

Mientras la policía hacía sus pesquisas, yo no estaba dispuesta a quedarme de brazos cruzados, ni los chicos tampoco. Lo malo es que la situación era de locos porque no teníamos ni un teléfono en el que poder ponernos en contacto con Selena.

Intentando no perder los nervios y pensar con claridad, salimos de comisaría.

—Sergio, mira salida de vuelos en dirección a Toulouse, que es donde vive el desgraciado ese, por favor. —Yo me mareaba si miraba el móvil con el coche en marcha.

—Sale uno de Barajas en dos horas. —Lo acababa de mirar en su aplicación.

—¿Iker...? — No me dio tiempo a preguntar nada más.

—Vamos para allá—me respondió mientras pisaba el acelerador.

En poco más de una hora, Iker se quedaba aparcando en el parking mientras que Sergio y yo entrábamos a toda pastilla en el aeropuerto.

—Va a ser como buscar una aguja en un pajar. —Me miró preocupado, viendo que aquello era un hervidero de personas.

—No creo que vayan a facturar, mi hermana porta muy poco equipaje. Y ese indeseable debe haber venido con lo puesto, solo para conseguir su

objetivo...

—Vayamos directos a la zona de embarque, entonces. Y si no los encontramos, hablaremos con las autoridades del aeropuerto y diremos que tenemos razones fundadas para pensar que Selena está coaccionada, para que indaguen en las listas de pasajeros.

Con esa idea, nos dirigimos a la zona de embarque y, diez minutos después, el corazón casi se me sale de la boca cuando vi a una triste Selena avanzar de la mano de aquel criminal, que efectivamente era Antoine.

—Están ahí, Sergio, están ahí. —Los señalé.

—¡Maldito sea! Déjame, por favor, que le voy a partir la cara...

—No, no, si nos ve avanzar hacia él es capaz de hacerle daño a mi hermana, no sería la primera vez.

—¡Hijo de p...! —Sergio estaba fuera de sí cuando Iker llegó hasta nosotros.

—Yo lo distraeré, y mientras tú llévate a Selena a un lugar en el que podáis hablar a solas, Silvia—me comentó Sergio.

—¿Cómo vas a distraerlo? Él no habla castellano...

—Pero yo sí hablo francés, no te preocupes que será pan comido. —Me dijo Iker, que acababa de unirse a nosotros.

Iker avanzó entre la multitud y llamó la atención de Antoine solicitándole alguna información y mientras yo, que iba parapetada por él, di un fuerte tirón de la mano de Selena y me la llevé, perdiéndonos entre la gente.

—¡Silvia! Me has encontrado. —Lloraba y me abrazaba mientras yo le hacía una señal a Sergio para que avisara a la policía.

—Cariño, ¿qué ha pasado? —le pregunté sin poder creer que estuviera a salvo.

—Se presentó en tu casa, me pilló en el descansillo de la escalera justo cuando iba a salir y se metió conmigo allí a la fuerza. Me dijo que si no le acompañaba de vuelta a Toulouse te haría daño cuando llegaras y yo no podía consentirlo, hermanita. Le hubiera acompañado al fin del mundo con tal de que no os hubiera dañado ni a ti ni a Adrián.

—Has sido un “topillo” muy listo, ya todo pasó, cariño...

En cuestión de dos minutos y mientras Iker lo entretenía, la policía engrilltó a Antoine, llevándoselo detenido.

—Esta vez va a pagar por todo el mal que te ha hecho, cielo, ya nos encargaremos.

—¿Selena, estás bien? —Sergio la encontró hecha un mar de lágrimas.

—Ahora sí, formamos un equipo de impresión, chicos. —Abrazó a Sergio, que lo había pasado fatal durante aquel rato.

—No sabía que tenías un pasado así, de haberlo sabido hubiera ido más con pies de plomo contigo. —Le acariciaba el pelo y ella se dejaba querer.

—¿Y eso por qué? Si tú sabes que me gusta que seas un descaradillo total, así nos lo pasamos mejor. No te vayas a volver ahora un tiquismiquis, que vas a perder todo el sexapil, ¿eh? —bromeaba entre hipos y llantos.

—¿Estás bien, Selena? ¿Y tú, Silvia? —Iker llegó hasta nosotros con cara de infinito alivio y suspiró cuando ambas asentimos.

—Son dos campeonas, primo—le soltó Sergio.

—¿Y Adrián, se ha asustado mucho? —Me puso la mano en la barriguita y él debió sentirla porque empezó a moverse en su interior.

—Bueno, él más que asustado, parece contento por escuchar a su tata, ya le conoce la voz muy bien.

—Hombre, claro, si es que yo a mi renacuajo le canto y le bailo por bulerías si hace falta...

—Y él te va a adorar hermanita, no te íbamos a dejar ir de ninguna forma. ¿Quién me lo iba a malcriar entonces?

—Yo, yo, ese sitio no me lo quita nadie. Yo te lo voy a acostumbrar a los brazos, le enseñaré a hacer pedorretas con la boca y gamberradas varias.

—Pura sensatez, tú verás, ella es así. —Miré a Sergio que a su vez la miraba embelesado.

—Ven aquí insensata mía, ahora ya me has vuelto más loco todavía, ¿eh? Solo de pensar que te pudiera pasara algo... —Comenzó a besarla como si no hubiera un mañana.

—No, no, que yo tengo mucha guerra que darte. Prepárate para el fin de semana que ese va a ser apoteósico, ahora sí que tenemos cosas que celebrar...

Los chicos salieron andando cogidos de la mano y yo me quedé anonadada, mirando la estampa desde detrás.

—Todo ha salido bien, pequeña, ya puedes respirar tranquila. —La voz de Iker provenía de mi espalda, desde donde me estaba abrazando fuerte, fuerte...

Nunca un abrazo me había sentado mejor. Era la primera vez que su piel y la mía se rozaban de aquel modo y concluí que casaban muy bien.

Cuando los chicos nos llamaron, pues nos habíamos quedado como dos pasmarotes, yo me di la vuelta. Sin pensarlo, mis labios fueron a parar a los de Iker y aquel primer beso nos supo a poco. Aprovechando la coyuntura, me llevó hacia él y, sin más, depositó en mi boca un segundo, un tercero y un cuarto, que fui atesorando...

Capítulo 14

El resto de la semana transcurrió sin más sobresaltos. El jueves, una vez totalmente recuperadas del susto, Selena y yo salimos y nos pasamos toda la mañana de compras.

—Menos mal que íbamos a por un bañador para ti, hermanita. Madre mía, nos hemos traído la colección entera de ropa y complementos de baño de la

firma...

—Pues mira sí, Selena, que para eso nosotros lo valemos, después del miedo que hemos pasado, tú y yo vamos a estar como dos marquesas.

—Di que sí, Silvia, ¿y qué me cuentas del conjunto de marinerito que hemos pillado para Adrián?

—Pues que va a estar sembradito con él, ¿qué te voy a contar?

Por la tarde, y con complejo de perchero, llegamos llenas de bolsas al curso de preparación al parto, en el que aquel día echamos de menos la charlita de Iker. Eso sí, hicimos gran cantidad de ejercicio y salí de allí con un dolor de costillas increíble de lo que me pude reír con mi hermana.

—Tenías que haberla visto, casi se marea de lo aplicada que estaba—le comentó a Iker a la salida, cuando quedamos para tomar algo en la tappería de Sergio, lo que se había convertido ya en un ritual diario.

—No le hagas caso, es que hacía mucho calor, que el aire acondicionado se había estropeado y claro, con tanto jadeo...

—¿He escuchado jadeo? Ummm, ¿dónde habéis estado? —Sergio venía con la bandeja de bebidas fresquitas, pues ese día me sentía especialmente sofocada.

—No te emociones que no es ese tipo de jadeos, es mi hermana, que está asistiendo al curso de preparación al parto. Y yo la ayudo, claro. —Selena cazó al vuelo la caña de la bandeja.

—Madre mía, cómo me pones, si es que tienes más reflejos que un puma. Yo si quieres, te hago uno de esos, para que no te quede pena—le sugirió él en un ataque de guasa de esos de los suyos y arrancó su risa.

—Tú no seas tan rapidito que aquí vamos a disfrutar de mi sobri. Después ya se verá...—le advirtió ella.

—¿No te ha saltado a ti todavía el reloj biológico ese que llaman? —le preguntó él.

—¡Qué va! El mío creo que se debe haber quedado sin pilas.

—Bueno, ya lamparás por tener un mini Sergio...

—Dicho así, no suena mal del todo. —Rio ella.

—Claro, y otra cosa, yo chapo esta noche y ya me quedo libre. Primo en cuanto salgas mañana al mediodía vamos de camino a la playita, que estoy loco por ponerme morenito para conquistar a cierta señorita...

—¿A mí? Pero si ya me tienes más que conquistada, bribón—le contestó ella, en el colmo del choteo.

Mientras nos estábamos riendo, Iker me cogió la mano por encima de la mesa. Y es que los besos que nos dimos a la salida del aeropuerto habían marcado un antes y un después en lo nuestro. Tanto era así, que ambos, aunque no lo hubiéramos hablado, teníamos grandes expectativas puestas en un fin de semana que, pese a que se presentaba en común, estábamos seguros de que también nos dejaría multitud de momentos en los que poder disfrutar cada oveja con su pareja.

El verdor de los ojos de Iker se clavaba en mis pupilas y sus miradas cada vez parecían demandar más algunos ratos de intimidad que los dos estábamos deseando. Y es que, el dueño de aquellos ojazos se había propuesto acabar con mis miedos y lo estaba logrando en tiempo récord.

A decir verdad, ya no había noche en la que, al acostarme, no imaginara sus fuertes brazos rodeándome y sus jugosos labios ofreciéndome aquellos

besos que me hacían pasar a una nueva y maravillosa dimensión.

El brindis con chupitos se había convertido también en un clásico del final de todas nuestras noches, que para eso el verano estaba anunciando su llegada en forma de largas y calurosas tardes, que daban paso a unas veladas en las que disfrutar al aire libre era toda una delicia.

Los dulces besos de Iker al despedirnos, cuando fue a acompañarnos a casa, fueron el prolegómeno de un fin de semana que se me antojaba absolutamente idílico.

La mañana del viernes se convirtió en una verdadera revolución en casa, en la que una cantarina y saltarina Selenia regaba todas las estancias con confeti de contagiosa alegría, por lo que preparar nuestras maletas de mano se convirtió en todo un espectáculo.

—A mí Sergio me tiene loquita, yo me muero por probarlo ya. Mucho estamos tardando. —Rio.

—Pues yo os alabo el gusto, pero creo que nosotros vamos a tener que esperar, porque yo con la panzota como que no me veo, déjate.

—Pero ¿qué dices? No me seas lacia, ¿eh? Que yo observo cómo te mira Iker y ese tiene unas ganas de cogerte por banda que no son normales, vamos que te tiene preparados unos fuegos artificiales de aúpa.

—Deja, deja, que no me veo, de veras. Me siento hinchada y...

—¡Y menudas tetas que tienes! Vaya envidia me das, pero de la mala, ¿eh? —bromeó—. Es como si te hubieras hecho un aumento de tres tallas, pero en natural, sin plástico y gratis, ¿de verdad te vas a quejar? Mira que es para darte.

—No, no, del escote no me quejo. Es más, me hago fotos chulas y eso, para el día que se desinflen acordarme de este esplendor.

—A ver, has dicho “el día que se desinflen” como si nosotras tuviéramos dos brevas caídas, guapa. Que yo soy la primera que digo que tú tienes ahora una delantera que ni Lorena Durán y sí, que no nos han fichado en Victoria’s Secret como a ella, pero que tampoco vamos descalzas en normalidad...

—No, cotorra, si yo no digo nada, sobre todo porque no me da tiempo. Lo dices tú todo...

Y es que Selena iba a todo gas desde el intento de secuestro por parte de Antoine. Según me había contado, era tanta la pena que sintió por tener que dejar ese entorno tan ideal que estábamos creando entre todos, que ahora estaba por sacarle el máximo jugo a la vida.

Nuestras coloridas y veraniegas maletas parecían todo un catálogo de bikinis, túnicas, pareos y sombreros de playa. Además, nos habíamos comprado también unas gafas de sol último modelo de lo más favorecedoras con las que esperamos a los chicos en la puerta de casa.

El claxon del coche de Iker, conforme voltearon la esquina, nos indicó que el jolgorio comenzaba y que teníamos por delante un fin de semana de ensueño que disfrutar con los chicos.

—*“Toda la noche rompemo’, al otro día volvemo’...”*, Selena y yo comenzamos a cantar “Ritmo” y los chicos empezaron a bailarla camino de un destino costero que nos moríamos por alcanzar.

Unas horas después, con las gargantas rasgadas de tanto cantar, llegábamos a la casa de Iker en Altea.

—¿Qué os había dicho? He aquí la chabolita de mi primo. —Nos señaló Sergio según nos bajamos del coche.

—Calla, mentecato, que vas a anunciar nuestra llegada a toda la urbanización y que no es para tanto...

—¿Dices que no es para tanto? Baste el dato de que yo he actuado en teatros más pequeños que esto. —Selena silbó viendo la casa.

—¿Te gusta? —Iker me abrazó desde atrás, en ese gesto que tanto me reconfortaba y comenzamos a avanzar juntos hasta la puerta.

—¿Bromeas? Es una verdadera cucada...

Entramos y la decoración de la casa nos dejó patidifusas. Y es que fue poner un pie en ella y no saber si estábamos en Alicante o en Ibiza, pues el de la isla era el estilo escogido por Iker para decorar una casa clara y luminosa que invitaba al relax total. No en vano, el blanco nuclear reinaba en todas las estancias, estando presente tanto en las paredes como en la mayoría del mobiliario, razón por la cual la casa rezumaba paz, frescor y armonía.

Mientras los chicos se perdían por el resto de las estancias, incluso jugando a un picante “pilla pilla” que resultaba de lo más contagioso, Iker me llevó de la mano hasta su dormitorio, donde el blanco y el azul ponían la nota dominante en un estilo eminentemente mediterráneo.

—Este es mi dormitorio, para mí sería un honor si te quieres instalar aquí conmigo, pequeña, pero si tú tienes otra idea, soy todo oídos. —Iker era la delicadeza hecha persona y esa era una de las cualidades que más me atraían de él.

—Podría tener otra idea, pero seguramente no le llegaría a esa ni a la altura del zapato. —Me senté en aquella mullida cama y no tardó en hacerme enmudecer con un aterciopelado beso.

—¡Primo, voy a enseñarle a Selena la piscina! —Sergio y mi hermana recorrían aquella como Pedro por su casa.

—¡Toda vuestra! —exclamó él—. Bueno, es un decir, que la piscina es comunitaria, pero no deja de ser una buena opción para cuando no estemos en la playa.

—¿Has dicho playa? Mañana en cuanto amanezca ya estoy allí. Es una de mis grandes pasiones—le confesé.

—Pues te voy a llevar a desayunar a un sitio en el que se respira pura magia, aunque esa también la exhalas tú preciosa. —Nos tumbamos en la cama e Iker se apoyó sobre mi barriga, mientras me hacía arrumacos.

—Adrián, ¿estás ahí? Soy el pesado que va a darte un poco de lata a partir de ahora. Si en algún momento me paso, chiquitín, me cortas el rollo, ¿eh? Das un patadón de esos tuyos, que yo las capto al vuelo, no te preocupes.

—Pero bueno, ¿lo has notado? —Me reí porque Adrián parecía haberle contestado y sí, igual consideraba que se pasaba, porque considerable había sido su patada, valga la redundancia.

—¿No lo voy a haber notado? Si me ha dado en toda la oreja, lo mismo me ha reventado un tímpano. Te voy a denunciar por daños y perjuicios...

—¿Sí? Lo mismo podríamos llegar a un acuerdo... —Nos tumbamos en la cama y empezamos a besarnos y hacernos arrumacos.

—¡Que corra el aire! —exclamaron los de fuera, que acababan de entrar—. Venga, dejad el pasteleo para luego, que tenemos hambre.

Después de una rápida ducha, tras la que Selen y yo nos pusimos unos vestidos ibicencos monísimos y los chicos se enfrascaron en sus bermudas y camisetas petadas, salimos en dirección al paseo marítimo y al Puerto de Altea, donde nos encontramos con un sinfín de restaurantes.

—Os voy a llevar al de mi amigo Alonso, que siempre me atiende de lujo—nos comentó Iker.

En su coqueta terraza nos sentamos y desde allí contemplamos un bullicioso ambiente que nos animaba más y más. Tras cenar como reyes, estuvimos recorriendo el casco antiguo que nos enamoró a Selen y a mí a primera vista, con aquella deliciosa arquitectura de casas con tejas azules y unas tiendas de artesanía que nos invitaban a perdernos en ellas.

—Mala idea, primo, están a un tris de olvidarse de nosotros—le comentó Sergio, viendo el percal.

Ambos nos ponían ojitos desde las puertas de las tiendas mientras nosotras les sacábamos la lengua y nos sumergíamos en aquella amalgama de monerías que nos dejaran exhaustas, tras lo cual fuimos en búsqueda de un buen helado que degustamos como ya era habitual entre nosotros, entre bromas y risas.

A eso de las doce de la noche, dado lo intenso que había sido el día, volvimos a casa de Iker.

—Aviso a navegantes: una vez traspasemos esa puerta, lo mismo dormir, dormir, no es que durmamos mucho—nos advirtió Selen—, lo digo por aquello de que posiblemente por la mañana no nos levantéis ni con una grúa. Y dicho esto, que os den...

La muy loquilla casi que nos dio con la puerta en las narices y, a partir de ese momento, escuchamos un tremendo bullicio en la habitación que

comenzó con carreras y chillidos y terminó en algunos otros sonidos algo más comprometidos de describir.

Iker y yo llegamos a su dormitorio y, desde el mismo momento que cruzamos el umbral de su puerta fuimos conscientes de que el deseo contenido que ambos estábamos sintiendo por mitad luchaba por liberarse. Y no íbamos a ser nosotros quienes le pusiéramos trabas...

La delicadeza de la yema de sus dedos al recorrer mi cuerpo mientras me despojaba del vestido fue el detonante para que cientos de miles de pequeñas explosiones estallaran sobre mi piel, que erizada, pedía más y más una cercanía que se me antojaba exquisita.

Ruborizada por mi prominente barriguita, la pasión con la que Iker me recorrió de arriba abajo con la mirada me hizo olvidarme de cualquier atisbo de duda; me deseaba tanto como yo a él.

Con sumo cuidado, me fue despojando de mis prendas íntimas y lo voluptuoso de mis senos le hizo lanzarse a ellos para degustarlos con devoción. Contraída por el placer que su lengua me estaba proporcionando, me entregué no solo a ella, sino también a sus dedos, que comenzaron a acariciar mis zonas erógenas haciéndome vibrar como nunca lo había hecho y llamando a un primer orgasmo. Aquel sería el primero de muchos de una noche en la que la lujuria y la pasión sellaron una alianza para hacernos dormir con el mejor sabor de boca posible; el que solo degustan los enamorados.

Una vez pusimos final a un festival amatorio que podríamos calificar de épico, me ahuequé en su pecho, buscando el confort que tanto anhelaba.

—Sabes demasiado bien, pequeña, después de esto no voy a poder dejar que te vayas, lo entiendes, ¿verdad?

Aquellas palabras me derritieron y le pedí, mimosa, que me las repitiera. Escucharlas de sus labios fue el mejor regalo de un fin de semana

inolvidable en que los momentos como aquellos se apilaron durante el tiempo que permanecimos en Altea.

Paseos a solas con Iker, instantes para compartir con los chicos, risas por doquier, bromas, buen rollo y pasión a raudales, fueron los ingredientes que conformaron un cóctel al que él ni yo íbamos a renunciar; el cóctel del amor.

De vuelta a casa, exhaustos y con la satisfacción de llevarnos de Altea una colección de momentos inolvidables, solo hacía falta mirar en el interior de aquel coche para saber que dos parejas acababan de nacer. Y la felicidad de los rostros de cada uno de nosotros parecía ser una señal indicativa de que aquellas eran más que aventuras pasajeras.

Al despedirnos en la puerta de mi casa, Iker me tomó por la cintura y me estampó un largo beso, tras el cual se agachó y besó también mi barriguita.

—Mañana te veo, campeón. Mucho me temo que no vas a poder deshacerte de mí tan fácilmente. —Lo acarició y su sonrisa me llevó a concluir que Iker podría ser el padre que mi niño se merecía.

Capítulo 15

Las semanas siguientes literalmente volaron. Tras volver de Altea, poca duda cabía de que lo que sentíamos era amor y a partir de ahí, la vida comenzó a sonreírnos a Selenia y a mí como nunca lo había hecho.

—Me voy para la tappería, ¿estarás bien? —Me tocó la barriguita y se despidió de Adrián.

—Estaré de lujo, no te preocupes, nos vemos después, hermanita.

Aquel fin de semana añoré a Iker. De congreso en Las Palmas de Gran Canaria, era el primero que pasábamos separados. Sin embargo, eran mis hormonas las que parecían haber puesto rumbo a esa bonita isla y haberlo hecho en barco, porque como si estuvieran mareadas, me traían loca.

Añoraba sus caricias, arrumacos y mimos y, aunque solo hacía dos días que se había ido y en dos más estaría de vuelta, yo estaba de lo más tontorrón. En cuanto a Selenia, ella sí que estaba mejor que quería pues, mientras no encontrara trabajo de lo suyo en septiembre, Sergio la había empleado durante el verano como a una camarera más, que para eso ella era muy mirada y no quería gozar de ningún privilegio.

De ocho meses, con los pies más hinchados que dos peces globos, con mi hermana trabajando y con Iker fuera, estaba un poco de bajón, así que ese día me dedicaría a hacer un poco el vago.

Pensándolo bien, dado que Selena me había dejado preparada comida para un regimiento, mi única obligación era la de pasar por casa de Iker a regarle las plantas, que menudo era él para que se le secaran, y poco más. Pero eso lo haría por la tarde, que el mediodía estaba para echarse una buena siesta en una de las dos hamacas que él me había regalado para mi terraza.

—Nos están llamando Adrián—miré a una de ellas, que estaba a la sombrita, pues lucía un sol de justicia.

Plácidamente tumbada en ella, recordé las muchas veces que me había dicho Iker que le apetecía muchísimo que le hubiera podido acompañar, pero con buen juicio concluyó que lo avanzado de mi embarazo desaconsejaba un viaje en avión.

Pues nada, un bañito de sol antes de almorzar, en el que no descartaba dar una cabezadita y a esperar que la tarde pasara rapidito, que para eso Iker me llamaba por las noches desde el hotel, pasando de salir y hablando largas horas conmigo. ¿Podía ser más adorable?

—Silvia, ¿has almorzado? —Selena me despertó y la miré incrédula.

—¿Ya has vuelto? Pero ¿qué hora es?

—Son las cinco de la tarde, Sergio te envía un táper con anchoas, que sabe que son tu delirio, pero cuando he ido a meterlo en el frigo me he percatado de que estaba toda la comida intacta.

—¡Me he convertido oficialmente en una marmota! Me eché un ratito y se ve que han pasado horas...

—Ainss, Adrián, ¿qué vamos a hacer con tu madre? Ella lo que tiene es que le faltan los mimitos de Iker, y mira que la tengo en palmitos, pero se ve que no es lo mismo—suspiró.

—No seas boba, sabes que me encanta tu compañía y lo mucho que me cuidas, pero sí que lo echo de menos, es que es tan entrañable...

—Sí, que lo es. Está contigo que no caga y no digamos con el niño. ¿Sabes que antes de irse de viaje le dijo a Sergio que ahora que está a punto de nacer siente la misma ilusión que si fuera suyo?

—¡¡¡¿Qué dices?!!! —Me llevé las manos a la boca. Por algo Iker se había metido en mi corazón con la amenaza de no salir. Es que no podía ser más lindo...

—Como lo oyes, así que yo de ti le cuidaría bien las plantas, que para eso él a ti te tiene bien cuidada y... regada. —Me guiñó el ojo con gesto libidinoso.

—Sí, sí, no me voy a quejar. Dicen que el sexo no es solo satisfactorio sino además beneficioso en la última etapa del embarazo y nosotros somos muy bien mandados.

—Me alegro, hermanita. Venga, te pongo algo de comer y luego te acompaño a su casa antes de entrar en el turno de noche.

—De eso nada, que tú vienes reventada y yo estoy más fresca que una lechuga. Échate un poco y ya te llamo yo al final de la tarde para que te des una ducha y vuelvas a la tapería.

—Bueno, pues no te voy a decir que no. Menudo trasiego hemos tenido hoy al mediodía, un poco más y llegan los platos sucios al techo. —Volteó los ojos y se fue a dormir.

Un rato después, mientras hablaba al mismo tiempo con Adrián y con las plantas, me llegó uno de los mensajes de Iker, con los que solía sorprenderme a distintas horas del día.

“Preciosa, ¿cómo estás? No sabes el lío que tenemos aquí hoy. Ha habido un error por parte de la organización y vamos con retraso. Otra cosa, me ha surgido un tema y esta noche me va a ser imposible llamarte. Te prometo que te lo compensaré”.

Por absurdo que pudiera parecer, una lagrimilla resbaló por mi mejilla. ¿Se podía estar más susceptible? Ni que acabaran de anunciar el holocausto mundial. Desde que estaba en la isla, Iker no podía estar más pendiente de mí. ¡Si ni siquiera había salido una sola noche a cenar! Lo normal sería que sus compañeros hubieran insistido y que él hubiera aceptado, que para eso era un congreso lleno de colegas que además eran amigos y amigas.

No, no iba a caer en eso. Lo único que me faltaba, según estaba de revolucionada con la barriguita, era que me diera un ataque de celos. Por el amor de Dios, no tenía ningún motivo. Además, no tenía duda de que al menos me llamaría antes de salir a cenar y hablaríamos un ratito.

—Iker vendrá pronto—les dije a sus plantas mientras hacía desaparecer esa lagrimilla con el dorso de la mano—, ¿le echáis de menos? Porque yo un montón, pero no os preocupéis que en nada estará aquí. Pero oye... ¿qué pasa?, ¿tú también le extrañas? —Adrián acababa de moverse para manifestarse al respecto...

Nueve y media de la noche y mis neuronas como patinando por una pista de hielo... El mismo hielo que me había servido en aquella piña colada que degustaba a solas, de nuevo en mi terraza.

Selena me había insistido en que pasara por la tapería y que tomara algo allí, pero preferí quedarme en casa por si Iker me llamaba antes de salir. El avance de las manillas del reloj empezó a indicarme que igual iba demasiado pillado de tiempo y me iba a quedar con las ganas de escuchar aquella voz varonil que tanto me ponía.

“No, Silvia, no sigas por ahí” dijo aquella vocecilla interior que sabía que no era buena idea que me revolucionara también pensando en él en esa

faceta, en la de la cama... No en vano, después de probar a Iker, el sexo anterior había bajado y mucho de nota. Dicen que las comparaciones son odiosas y desde luego que en ciertos casos sí, porque mi chico había dejado a Raúl a la altura del betún.

En aquella noche veraniega estaba saliendo a relucir mi parte más traviesilla y hasta se me pasó por la cabeza hacerme una foto provocativa que enviarle. Yo sabía que Selena lo hacía con Sergio y que siempre decía que, cuando las recibía no se ponía palote, sino hiperpalote.

Por una vez, estaba sintiendo ganas de entrar en ese juego. ¿Qué me pasaba? Sí, algo de celos sentía, imposible no negarlo... Entré en mi cuarto y me miré el escote. Estaba mal que yo lo dijera, pero en ese último tramo del embarazo mi delantera era imponente. Y a Iker no se le había pasado por alto, que para eso siempre estaba alabándola.

Probé diversas posturas hasta encontrar una que creí lo bastante sexy. Dejada de caer de lado, con un bonito pareo de cintura para abajo, mis prominentes senos desnudos eran la máxima expresión del erotismo.

¿Qué cara pondría Iker cuando la recibiera? Llevada por el afán de provocarle hasta desear fervientemente llegar y arrancarme la ropa de un bocado, tomé algunas más, en distintas posturas. ¡Si hasta mi trasero había salido favorecido! Sí, sí, reconozco que me tomé fotos desde algunos ángulos que ni siquiera yo sabía que podían ser tan sugerentes.

Entre risas, así como una hora después comprobé que me había hecho un catálogo completo de esas modernas fotografías *boudoir* que tanto éxito tienen entre los hombres.

Increíble el poder que tiene la mente y lo mucho que puedes dar una vuelta de rosca a tus percepciones con solo una dosis de positivismo...

Con una pícaro sonrisa en la cara seleccioné varias imágenes para enviarle. Una vez hecho eso, lo más importante sería mandarlas al teléfono correcto.

Sí, sí, era una novata total en esos temas y solo faltaría que, por despiste, las enviara a otro destinatario, o peor todavía, a un grupo completo como el que tenía con Rita y el resto de mis compañeros del trabajo...

Aquella idea hizo que, con los deditos muy finitos, me cerciorara de enviárselas a mi chico. Por Dios que hubiera pagado por ver su cara cuando las recibiera...

Le di al botón de enviar con la satisfacción en los labios. Iker estaba sacando una parte de mí que, obvio que estaba en mi interior, pero que no me habían presentado antes.

Ahora solo quedaba esperar que las viera y, ponía la mano en el fuego porque me llamaría en el momento, si es que el temblor que le asaltaría súbitamente se lo permitía.

Había sido un poco malilla... O un mucho, pues para una noche que estaba ocupado con otras personas, iba yo a distraerlo, pero no lo había podido evitar.

Estaba aburrída, las horas pasaban con lentitud sin él y por primera vez había sentido unos celos que precisaban medidas urgentes. Y yo las había tomado.

En mi contra jugaba que yo también había ido muchas veces de congreso y sabía que en ese escenario a veces las situaciones se iban de las manos. Que no es que se me hubieran ido jamás a mí, pero sí lo había visto en múltiples ocasiones en compañeros de ambos sexos que habían llegado sin mayores pretensiones y habían salido con extra de sexo sin siquiera haberlo pedido...

En cualquier caso, mi Iker no era así. Se notaba que aquel galán de cine que me había caído en suerte era un hombre de palabra y que solo tenía ojitos para mí. Es más, después de lo que me había comentado Selena aquel día, yo ya tenía claro que lo nuestro marchaba sobre ruedas y que en él había

encontrado a ese extraordinario compañero de vida con quien también podría compartir la aventura de ser madre.

Media hora después de haber enviado las fotos, mi descripción era la del Emoji triste, porque él ni siquiera había abierto el WhatsApp. Bueno, primera vez que mi Iker perdía algún puntillo conmigo, pero qué se le iba a hacer... Aquel bombón tampoco podía ser perfecto, por mucho que hasta aquel día todo apuntara a que sí...

Ese mismo gesto fue el que encontró Selena en mi cara cuando volvió, varias horas después, y me vio despierta.

—¿Qué te ha pasado? No me digas que has acompañado las anchoas que te envió Sergio con pepinillos de esos tan fuertes y te ha dado una indigestión...—Iba hacia la nevera a comprobarlo.

—No, es solo que Iker no me llamó esta noche.

—Pero ¿tienes motivos para estar preocupada?

—No, me avisó esta tarde de que no le daría tiempo, se ve que le habría surgido algo, supongo que una cena...

—Pecado capital, entonces... Anda, no me seas bobita, seguro que no has comido helado esta noche y te ha entrado la depre...

—Un poco sí, porque incluso me he echado algunas fotos eróticas y se las he enviado, pero no las ha visto.

—¿En serio, hermanita? Esto sí que es una novedad... Pues como las hayas tomado de tus tetas no cabrían en la pantalla, habrás tenido que hacer encajes de bolillos...

—¡¡Qué tonta eres!! Y tú, ¿qué haces aquí y por qué no estás con Sergio? Es sábado, deberíais haber acabado la fiesta en su casa...

—¿Y dejarte sola a pocas semanas de que nazca mi sobri? De eso nada, que claro que teníamos ganas de fandango, pero ese podemos bailar otro día, yo no te dejo sola ni por todo el oro del mundo...

—Oro en polvo es el que te has perdido. —Reí, aunque no tuviera demasiadas ganas de nada...

—Muy aguda, hermanita, muy aguda. Anda, duérmete que ya verás cómo Iker te despierta mañana con uno de esos WhatsApp suyos que más que un mensaje parece un testamento, que no podéis ser más empalagosos los dos...

Capítulo 16

Dormir, sí que dormí, pero no fue un sueño reparador, pues la inquietud y la inseguridad se habían apoderado de mí aquella noche.

El sonido de un WhatsApp terminó por despertarme a eso de las ocho de la mañana, pero no era de Iker sino de un número que yo no tenía agendado.

“Buenos días, aunque creo que igual cuando me leas ya no serán tan buenos. No me conoces... me llamo Rosa y soy compañera de Iker. Tú y yo tenemos algunas cosas en común, como habernos acostado con él. Yo lo hice por última vez anoche, después de confesarle que el bebé que llevo en la barriga desde hace cinco meses es suyo. ¿Ves? Otra cosa en la que nos parecemos... Ah, no, que el tuyo no es de Iker. Que tengas suerte buscándole un nuevo papi a tu enano. Por cierto, no tengas mucha prisa en llamar a Iker hoy, que lo tengo entretenido...”

Escuché el sonido de mi móvil al chocar con el suelo y lo siguiente que vi fue una cascada de lágrimas inundando mis ojos. Del impacto, noté cómo Adrián se removía en mi interior como si él también estuviera conmocionado.

El sonoro hipo de mi llanto despertó a Selena, quien corrió veloz hasta mi cama.

—Silvia, ¿qué ha pasado? —Se sentó a mi lado para consolarme.

—Míralo tú misma. Anoche tenía un mal palpito, Selena, vale que no pudiera hablar conmigo durante horas, pero ni siquiera se acordó de enviarme un mensajillo ni de ver mis fotos... No era normal.

—A ver, que seguro que no es tan grave.

—Ahora me lo cuentas. —Volví a llorar como si no hubiera un mañana.

—¡¡Maldita bruja!! ¿Y él? No entiendo nada, ¿cómo ha podido permitir que se pusiera en contacto ella contigo? Todo esto es muy raro, me huele a chamusquina. —El gesto de Selená indicaba la gravedad del asunto.

—Me la han vuelto a jugar. Con la sola diferencia de que este ha hecho bueno a Raúl, aquel por lo menos me lo contó él. Pero se ve que a este su elegancia le impide mancharse las manos con temas así... Me quiero morir, Selená.

—No, el que se va a querer morir es él cuando se ponga en contacto contigo. Te juro que Iker se va a arrepentir y no se va a volver a reír de ninguna mujer en su vida. Desgraciado vendeamores de las narices...

Nunca había visto a Selená tan alterada. En cuanto a mí, había pasado en unas horas de sentirme rematadamente feliz a creerme un guiñapo que lo único que deseaba era llorar hasta que mis ojos dejaran de fabricar lágrimas, mientras me hacía un ovillo en la cama. Se hizo el silencio durante unos interminables minutos.

—Silvia, no te preocupes, mi vida, que en peores plazas hemos toreado. Yo voy a estar contigo, no te voy a dejar sola ni un momento. De esta salimos, hermanita. —Me apartó el pelo de la cara y me dio un beso.

La cabeza me daba vueltas y vueltas. ¿Por qué tenía que haber aparecido Iker en mi vida para poner de nuevo en marcha la maquinaria del dolor? Haberlo conocido suponía una crueldad del destino que apenas acertaba a entender. De no ser por él, a esas alturas yo ya tendría superado el dolor que me infligió la marcha de Raúl y me dispondría a afrontar mi maternidad en solitario.

Pero no. Tenía que haber puesto en mi camino a aquel sapo disfrazado de príncipe azul que me convenciera de que todos los hombres no eran iguales y de que no me arrepentiría de darle una oportunidad. Y se la di. A cambio,

él había utilizado el martillo con el que yo derrumbé el muro que había construido y se había dedicado a romper con él en mil pedazos mi corazón. Ya le valía. No quería volver a saber de él en mi vida, no quería escucharle el eco de la voz, no quería recordar ni su nombre...

—Gracias, Selena. No sé lo que haría sin ti, te acabas de convertir oficialmente en mi persona favorita...—mascullé entre lágrimas.

—Sí, pero mucho me temo que pronto cierto renacuajo va a venir a arrebatarme ese título. —Se tumbó junto a mí en la cama y me acarició.

—Nunca más, Selena, no voy a poder volver a confiar en un hombre nunca más... Lo entiendes, ¿verdad?

—No pienses ahora, Silvia, no pienses...

Es más fácil decirlo que hacerlo, claro. ¿Quién era Rosa? Iker jamás la había mencionado. ¿Desde cuándo tendrían una relación y de qué tipo? ¿Era posible que él supiera de su embarazo y se lo tuviera callado? Y, por último, ¿de verdad habría jugado todo ese tiempo a doble banda con aquella carita de no haber roto un plato?

Selena dio a ignorar incluso a las llamadas que Sergio le hizo aquella mañana. ¿Estaría él también en el ajo y sería cómplice de su primo? No podíamos saberlo y queríamos creer que no, pero lo cierto era que no le apetecía hablar con nadie... La sensación que teníamos era que el alegre color que había invadido nuestra casa en los últimos meses se había convertido en negro, el negro del duelo por el que yo ahora tendría que atravesar.

Al mediodía, alarmado por la falta de respuesta de Selena, Sergio pasó por casa y nos pareció sincero cuando quedó ojiplático ante las explicaciones de su novia. Claro está que también nos había parecido sincero en todo momento Iker y nos la había dado con queso.... En cualquier caso, habría

que concederle el beneficio de la duda, que tampoco era cuestión de que pagaran justos por pecadores...

En cuanto al pecador en cuestión, mejor sería que yo no me lo echara a la cara porque ese iba a pagar a la vez por su infame comportamiento y por el de Raúl; se iba a llevar lo suyo y lo de su prima la del pueblo.

Y es que ya veía a Iker como a otra asquerosa sabandija que se había cruzado en mi vida, todavía más mísera que Raúl, porque este lo había hecho en versión pija y cubierta de unos valores que no le correspondían. Al menos el otro siempre fue “más de normal”, pero el doctorcito se había presentado como la hostia en verso y no era más que un infeliz mentiroso que iba de galán y no llegaba a patán.

En ese instante, compungida por el llanto, noté la tripa más dura de lo normal y pensé que debía ser que Adrián estuviera captando mi mala baba y expandiéndola por la barriguita, cuya tersura era evidente.

—Tranquilo, chiquitín, nosotros no vamos a necesitar a nadie, mami está aquí y te va a cuidar...

—¿Y la tita qué? —se quejó Selena, que acababa de despedir a Sergio.

—¿No tenías que irte con él a trabajar?

—¿Hoy? Estás pero que muy equivocada si crees que te voy a dejar sola, te lo advierto desde ya. Sergio me ha dado el día libre y dice que volverá esta tarde. Se ha quedado en “shock”, creo que es de veras que no sabía nada...

—Mejor así, cariño, a ti te va a ir de fábula con él y...

—¿Qué ha sido eso? —Selena lo había visto igual que yo.

—No sé, se me ha movido la pierna sola, ha sido totalmente involuntario.

—Ya me he dado cuenta, suerte que me he movido, porque si no me hubieras arreado una coz de campeonato, zopenca. Que vale que estés alterada, pero atentar contra la sangre de tu sangre...—Me enseñó la muñeca como en señal de que la compartíamos...

No hacía falta. La presencia de Selenia se había convertido en un imprescindible en mi vida, y eso que yo estaba ajena al giro de ciento ochenta grados que iba a sufrir aquel fin de semana.

Maldito destino que repartía reveses a diestro y siniestro y a mí me debía haber visto cara de tonta, porque todo lo que me tocaba era igual...

—¿Ni siquiera te ha llamado? —me preguntó antes de insistir en que debía comer algo.

—Ni que lo haga. Ese debe estar escondido como el cobarde que es...

—Cuánto lo siento, hermanita. Pero tú tienes que comer algo, hazlo por Adrián...

—Por mi niño sí lo voy a hacer, ¿me prepararías un gazpacho fresquito?

—Eso está hecho, cariño...

Me levanté de la cama y salí a la terraza, mi niño necesitaba sol y yo no le iba a privar de nada por culpa de un sin escrúpulos que no merecía ni que pronunciara su nombre.

Evidentemente que no se atrevía a llamarme, mi lengua se iba a enredar diciéndole a ese todo lo que se merecía, todo lo que probablemente nadie le hubiera dicho hasta el momento. Tanto quejarse de su ex y seguramente él sería peor. Al saber cuáles fueron las verdaderas razones de su marcha.

Ahora ya no podía creer ni una sola de las palabras que hubieran salido por su rastrera y sucia boca.

—Aquí tienes tu gazpachito, ¿qué más puedo hacer por ti, mi niña?

Jamás había visto a Selenia más cariñosa y servicial. El sueño de “dos primos para dos hermanas” se había reducido a cenizas, la obra había terminado y el telón se había cerrado.

—Nada, cariño. Que no se crea ese adúltero de mierda que va a acabar con mi felicidad, pienso reírme mucho con mi niño, contigo, con el abuelo...

—Es que ni se te ocurra otra cosa, vamos eso te lo digo desde ya. Tú vas a ser feliz quieras o no quieras, hermanita...

Aquella noche fui consciente de que conciliar el sueño iba a convertirse en toda una odisea para mí, pues era mucha la paliza mental que había recibido en tan poco tiempo. Por si fuera poco, fue acostarme y notar un sospechoso dolor que comenzaba en la espalda, para extenderse a la zona de los riñones, irradiándose hasta la pelvis y las ingles...

—Selenia, me encuentro un poco indispuesta, ¿te importaría quedarte esta noche en la cama conmigo?

—Eso no hace falta que lo pidas, Silvia, pero ¿qué te pasa? Oye, tienes la cara un tanto desencajada, ¿tú no estarás de parto?

—¿De parto...?

Capítulo 17

De parto, sí. Aunque faltaban varias semanas para que saliera de cuentas, el inmenso sobresalto que había sufrido tras recibir el WhatsApp de la tal Rosa debió ser el culpable de acelerar el nacimiento de mi Adrián.

Lo supe cuando, dos horas después de acostarme, un río de agua descendió desde mi entrepierna y no era precisamente el Tajo. Fui consciente de que tenía por delante una noche toledana y nunca mejor dicho, porque a mi niño le habían entrado las prisas. Sería seguramente por acompañarme, a sabiendas de que la tristeza se había instalado en mi vida.

—¡Selena, corre! Tenías razón... He roto aguas.

—¿Qué dices de agua? Yo he cerrado todos los grifos, ¿eh?

—Que no es eso, espabila, que no te has equivocado, que estoy de parto...

—¿De parto? Por Dios, espera, que voy a por el coche...

Los nervios que le asaltaron hicieron que estuviéramos a un tris de comernos una de las columnas del garaje.

—Selená, tranquila, que es cuestión de llegar de una sola pieza, por lo que tú más quieras...

—Lo que yo más quiero es a ti y a mi sobri, pero es que llevo mucho tiempo sin coger un coche. —Temblorosa, iba al volante del mío.

—¿Cuánto tiempo exactamente? —le pregunté.

—Mejor no quieras saberlo—resopló.

Llegamos al hospital como en las películas, agitando el pañuelo blanco por la ventanilla del coche.

—Ainss, Silvia, qué emoción, que voy a ser tita esta noche. —Ella estaba más nerviosa todavía que yo, que ya era decir...

—Sí, mucha emoción, pero no sabes cómo está empezando a doler esto. —Yo ya sentía las primeras contracciones y daban un gustirrinín increíble, dicho sea con toda la ironía del mundo.

—No te preocupes, que yo he traído un abanico—me soltó, mientras le hacía señas al celador para que nos echara una mano.

—¿Un abanico? ¿Tú eres mi hermana o la flamenca del WhatsApp? —Hice memoria y caí en que no, en que esa no llevaba abanico. Entonces sería la flamenca que tenían mis abuelos encima del televisor cuando nosotras éramos pequeñas...

Como si de un mecanismo de defensa se tratara, me aferré a pensar en todas aquellas tonterías de la flamenca, incluida que la pobre se había visto desbancada cuando se acabaron los televisores de culo y llegaron las pantallas planas... Joder, es que, para poder haberse mantenido en su anterior ocupación, tendría que haber sido equilibrista...

Todo aquello como si a mí me importara el flamenco en aquel momento, cuando lo único que deseaba era que se fuera el dolor de aquella nueva contracción que me asaltó a traición justo cuando me iba a bajar del coche y me dejó sin sentido.

—¿Estás bien, Silvia? —me preguntó Selenia cuando vio que no podía echar un paso.

—Estupendamente, lo único que estoy imitando las poses del Pequeño Saltamontes, ¿tú te haces una idea de lo que esto duele? —La ironía habló.

—Ella no, pero yo probablemente sí.

¡Otro que mejor bailaba! No me lo podía creer, pero el universo me iba a permitir berrear soltando la mala leche contenida por el dolor de mi corazón y por el que ahora sentía en mis partes bajas.

—Pero mira quién ha venido, Selenia, el sucio caracol baboso poncuernos del doctorcito, el muy desgraciado. ¿Se puede saber qué haces aquí? Debes haber llegado de una patada en el culo, porque esta mañana todavía estabas dándole al metesaca con la segunda dama en Canarias. ¿O la segunda soy yo? Espera que te juro que todavía no lo pillo...

—Tú, mierda pinchada en un palo, ni se te ocurra acercarte a mi hermana, que te lo está dejando bien clarito. Y como no hagas caso te vas a tener que poner la antirrábica porque te vamos a morder las dos al mismo tiempo...— Selenia estaba también susceptible.

—Sí, y fíjate a la altura que he quedado yo—añadí.

El celador me acababa de traer una silla de ruedas y eran las partes nobles de Iker las que quedaban a la altura de mi cara. Aunque esas debían ser lo único noble que aquel sinvergüenza tuviera.

—Un poquito de por favor, Silvia, mi vida, todo esto tiene una explicación...

—Selena, encima viene con cuentos chinos, este no sabe lo que duelen las contracciones... Pero por Dios que yo lo entero.

Intenté agarrar una de sus manos y demostró que él también tenía reflejos de atleta, porque se zafó que era un gusto.

—Primero escúchame. Y luego, si quieres seguir mordiéndome, te prometo que me presento voluntario.

—Dale, venga, pero dale también a la silla y vamos para adentro, que Adrián está más interesado en ver mundo que en escuchar tus explicaciones y no sé yo si estará muy por la labor de esperar.

—Lo entiendo. Sé lo que debes estar pensando, pero yo no he pasado la noche con Rosa...

—¿Ni quedaste anoche con ella? ¿Ni está embarazada? ¿Ni ese niño es tuyo? —Fruncí el ceño.

—Vamos por partes, que pareces una metralleta. —Iker corría con la silla.

—Ni se te ocurra censurarme, que no tienes ni idea de lo que es esto. —Fui a caer en la tentación de decirle que el dolor era por su culpa, cuando reparé en que él no era el padre. Para una culpa que no era suya y también iba a cargar con ella...

—Sí. No te pude llamar anoche porque estaba muy preocupado y tenía que hablar con ella. Es cierto que es una compañera que llevaba varios meses de baja. Yo me había acostado con ella, una sola noche y antes de conocerte, por supuesto. Total, que se coló en el congreso y...

—¿Y...? Venga dale, que al final vas a tener niños repartidos por todo el mundo.

—No, no te hagas películas.

—¿Películas? Que viene otra contracción. Dios mío, pero ¿cuánto mide el parking de este hospital?

—Es que tu hermana debió llevarte hasta la puerta de urgencias del materno...

—No, si al final la culpa la tengo yo, si no cobras por parte de mi hermana, cobrarás por la mía. —Selena corría a la par de Iker y de la silla—. Y termina, hombre, que estamos deseando saber...

—Pues resulta que esa mujer estaba desaparecida en combate. Yo después de aquella noche no quise saber más de ella porque me di cuenta de que se estaba obsesionando. Y no volví a verla hasta el congreso, en el que comprobé que, o se había vuelto una zampabollos o estaba embarazada.

Aquella explicación iba como por fascículos de esos que ofertan semanalmente para que hagas colección de todo tipo de cosas de diversa naturaleza a partir de septiembre. En ese momento, habíamos entrado en urgencias del materno y me estaban pasando a una camilla.

—¿Has roto aguas? —me preguntó, supongo que con la tranquilidad de que la presencia de otros compañeros impediría que yo le mordiera. Qué bonita es la inocencia.

—No, he venido esta noche porque me apetecía fiesta y no había nada abierto a esta hora. Igual tenía que haber buscado un *after hours*, más tonta yo...

—¿Va a atender usted este parto, doctor? —le preguntó una compañera de lo más cotilla que yo conocía desde hacía años.

—¡¡Sí!! —exclamó.

Tal exclamación quedó solapada por un sonoro ¡¡No!! Y sí, este último había salido de mi boca.

—Pues pónganse ustedes de acuerdo, que no es plan de que el niño nazca aquí en el pasillo.

—¿Nos dejáis un minuto a solas, por favor? —preguntó Iker.

—No te lo has creído ni tú, a mi hermana no le vas a comer el coco con tus malas artes solo porque esté imposibilitada en este momento.

—¿Imposibilitada? No te preocupes Selena, que le muerdo la nuez si es necesario.

Pues menudos bríos me estaban dando el parto. Durante las clases de preparación, Ana nos comentó que a la hora de nacer el bebé podría liberarse adrenalina y en mi caso tal liberación se estaba produciendo a cañonazo limpio.

A regañadientes, Selena nos dejó a solas y también el resto del personal se apartó, si bien con cara de querer dejar la oreja puesta.

—Silvia, Rosa me dijo ayer que teníamos que hablar por la noche, que el niño era mío, aunque a mí no me cuadraba nada porque había tomado medidas...

—¿Y por qué no me lo dijiste por la tarde? Ni siquiera te dignaste llamarme un momento...

—Porque no quería mentirte, pero tampoco decirte que tenía pendiente una conversación de lo más embarazosa y nunca mejor dicho...

—Termina de desembuchar, que viene otra contracción...

—Cielo, por lo visto ella está trastornada. Lo hemos sabido hoy, cuando hemos contactado con su psiquiatra, después de que yo saliera del hospital...

—¿Has estado en el hospital? Sí, su embarazo solo era psicológico, ella lo fingía con una prótesis bajo su ropa. Según he sabido, cuando comenzó a...

—¡¡¡Ah...!!! Cómo duele, tira para el paritorio que ya te voy creyendo...

—Te lo resumo, que cuando supo que yo tenía una relación con una mujer embarazada se obsesionó y fingió un embarazo con el que se presentó allí. Y para colmo, yo que no sabía nada, le comenté a mi compañero Javier, al lado de ella, que estaba deseando pedirte que te vinieras a vivir conmigo.

—¿¿Cómo??? —Mis ojos se llenaron de lágrimas, y no solo por el dolor de la contracción, sino por la felicidad que me embargó al escuchar esas palabras....

—El resto te lo explico luego, que Adrián viene con prisas...

—Selena, ven—le grité para que nos acompañara al paritorio.

—Silvia, ¿vamos todos juntos en comandita?

—Sí... Creo que Iker es inocente de todos los cargos, ya te contaré, que yo todavía no sé el final de la historia. ¡Pero me voy a vivir con él!

—¿Qué dices? —exclamó ella.

—¿De verdad, mi vida? —preguntó él, sin poder contener las lágrimas.

—Sí, pero no te me vengas arriba y te pongas como un flan que tienes un parto que atender.

—¡Y menudo parto! Nada más y nada menos que el de mi hijo...

Puedo prometer y prometo que aquellas palabras suavizaron por unos segundos el mortificante dolor que sentía. Escuchar a Iker decir que era el padre de Adrián fue la mejor manera de borrar de mi cabeza unas sospechas que sus explicaciones habían prácticamente disipado.

—¡Empuja, cariño! Que ya casi lo tenemos aquí.

—No, Iker, si no tengo puesta la epidural, no seas loco...

—¿La epidural? No nos va a dar tiempo, Silvia, ya has dilatado demasiado, ya casi lo tengo.

—¿Casi lo tienes? Sí, ya le veo la cabecita, la tiene llena de pelo como la de mamá.

—Venga Silvia, que tú puedes, que eres una guerrera y vas a tener a un pequeño indio *sioux*, yo también le estoy viendo ya la cabellera. —A Selena

le temblaba la barbilla.

—Esto es por tu culpa—le dije a Iker—. Si no me hubieras tenido que explicar nada, me habría dado tiempo y esto dolería menos...—De algo tenía que acusarle, no se iba a librar.

—Eso lo acepto, pero venga, un último empujón...

El grito que di en aquel momento se mezcló con el llanto de Adrián y tuve que apartar las lágrimas que volvían a salir a chorros de mis ojos para verle la carita.

—Aquí lo tienes, mi amor, es nuestro niño. Y es sencillamente maravilloso...

Iker depositó un beso en mis labios al mismo tiempo que a Adrián en mi pecho.

Acompasando los latidos de mi corazón con los de mi niño y, dándole una mano a Iker y otra a Selena, pensé que por fin la suerte se había hecho mi amiga, porque era imposible sentir un ápice más de felicidad.

Como era de esperar, Adrián, cuyo rostro me pareció lo más bonito que había visto en mi vida, tendría que permanecer algunas semanas en la incubadora, pues había nacido antes de lo previsto.

Lo importante era que estuviera en perfecto estado de salud y ese extremo fue el que me corroboró Iker en cuanto terminaron de hacerle algunas pruebas.

Por fortuna, y pese a que el parto se había acelerado más de la cuenta, en breve podríamos tenerle en casa. Y es que, aunque acepté la petición de Iker de irme a vivir con él, el primer año de vida de Adrián sería él quien viviría

con nosotros en la mía, por aquello de que el niño disfrutara del cuarto que con tanto amor le preparé.

En cuanto a Selena, dijo que nanai de la China a eso de vivir con nosotros, que ella se iba a vivir con Sergio, que él se lo había pedido y que ella estaba más callada que en misa por aquello de no dejarme sola.

Durante el primer sueñecito que echó nuestro Adrián en la incubadora, después de cogerse a mi pecho como un jabato, Iker me pudo terminar de explicar el periplo. Aquella noche había quedado para hablar con Rosa, para intentar disuadirla de que él no era el padre de la supuesta criatura y ella, perturbada como estaba, se las agenció para echarle un somnífero en la bebida y robarle el móvil, desde el que se hizo con mi teléfono. A la mañana siguiente, él terminó en el hospital, mareado y con vómitos, después de lo cual y sin poder siquiera llamarme por no saberse de cabeza mi número, tomó el primer avión que pudo. Y ella fue detenida. Una vez en mi casa y, viendo que no había nadie, temió que algo me hubiera pasado y se dirigió al hospital.

—Y mira que te he dicho veces que eras demasiado confiado por no ponerle un patrón ni nada. ¿Dices que tu móvil lo tiene la policía? Espero que no hayan visto las fotos que te envié...

—¿Qué fotos? No me digas que eran fotos....

—Sí, sí, justo lo que estás pensando.

—Madre mía, espero que no. Solo de pensarlo me hierve la sangre. Debías estar absolutamente deliciosa y muy, muy...

—Muy sexy... Créeme.

Las risas que nos echamos fueron interrumpidas por la entrada en la habitación de mi padre en compañía del abuelo Adrián, que venía a paso

ligero con el bastón.

—Lo hemos visto con tu hermana Selena y con ese muchacho, Sergio. El niño es muy parecido a ti, ha abierto los ojitos cuando lo estábamos mirando, es el bisnieto más bonito del globo, Silvia. —Se sentó en mi cama, pues venía exhausto de la carrera.

—¿Lo has visto abuelito? —le pregunté cuando terminó con aquella retahíla, pues el hombre rezumaba emoción.

—¡Cómo para no verlo, hija! Cuando se enteró de que ya había nacido quería venir sin bastón y sin nada...—nos comentó mi padre, mientras me daba un enorme abrazo y la enhorabuena por haber agrandado la familia.

Si las semanas previas al nacimiento de Adrián se me hicieron cortas, las que mediaron entre su nacimiento y el momento en el que pudimos llevarlo a casa, fueron un suspiro.

Aquella mañana de viernes, pletórica de felicidad, Iker, Adrián y yo nos hicimos un selfi en la puerta de la clínica, mientras Rita venía a decirnos adiós, pues estaba de guardia.

—Rumbo a casa, hijo, ¿cómo se va en brazos de mamá? En el coche tendrás que ir en el maxi-cosi, pero enseguida te vuelve a coger. —La dulzura de la que hacía gala Iker con nuestro niño me parecía el mejor de los regalos.

—¿Has visto? Ya te conoce la voz. Si hasta juraría que se ha reído cuando has hablado.

—Claro, ¿no va a conocer a su padre? Y hablando de eso, quería hacerte una propuesta...

—Dime...

Acababa de depositar a Adrián en el cuco y él, que era más bueno que el pan, se había conformado mientras jugaba con su mano.

—Iba a esperar para preguntártelo en un ambiente más romántico, pero sé que ahora, entre pañales y tomas, quizás se complique un poco más...

—Suéltalo ya, por favor...

—¿Qué te parecería si me convierto oficialmente en el padre de Adrián?

—¿Te refieres a adoptarlo? —Ya acababa de abrir de nuevo el grifo de mis ojos.

—A eso justamente.

—¿Sabes que acabas de hacerme la mujer más feliz del mundo?

—¿Y puedo mejorarlo si te digo que estoy deseando casarme conmigo?

—¿Si puedes mejorarlo? Te quiero Iker León y me casaría contigo una y mil veces, ¡yupiiiiiiiiiiii!!!!

Reía, lloraba y saltaba, todo a la vez. Miré al que iba a llamarse Adrián León y se lo conté. En mi nueva y magnífica vida, estrenaba hijo y ahora también iba a estrenar marido; un marido que era una versión muy mejorada de cualquier otra que yo hubiera podido imaginar hasta el momento. Un único pensamiento invadió mi cabeza ¡Vivan los novios!

